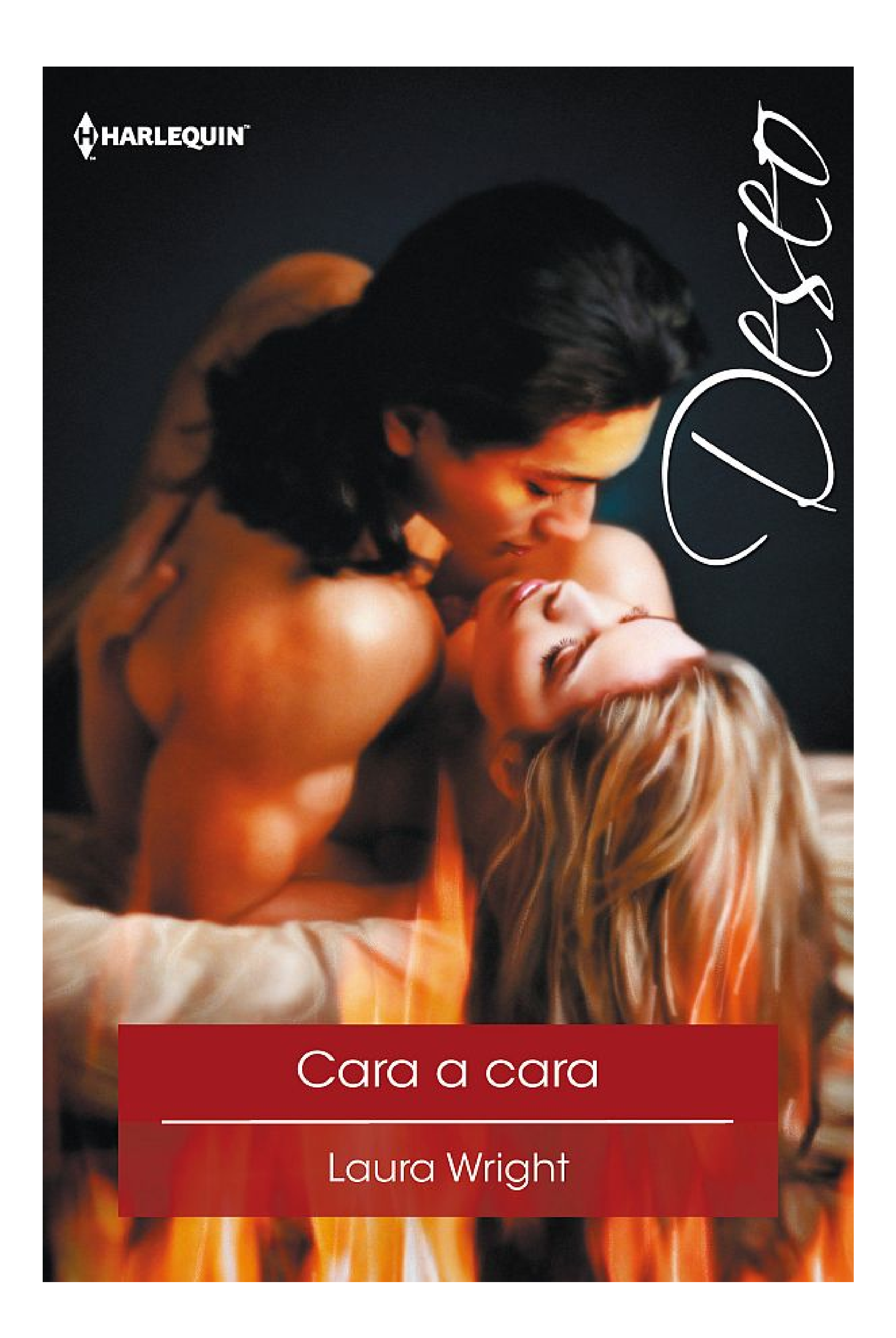

HARLEQUIN
Deseo
Cara a cara
Laura Wright

Sabía que ella debería haber sido suya para siempre.

Hacía ya cuatro años que Ava había abandonado a Jared para casarse con otro hombre. Ahora ella había regresado y Jared estaba empeñado en averiguar el verdadero motivo por el que se había marchado. Su reencuentro se hizo aún más increíble cuando Jared descubrió su secreto: ¡tenía una hija suya!

Ava sabía que Jared no era de los que perdonaban y olvidaban, pero también sabía que no estaba dispuesto a volver a perder a la pequeña. A pesar de sus deseos de escapar, no podía dejar de recordar todas las noches maravillosas que había compartido con él. ¿Conseguiría hacer que se olvidara de su orgullo y admitiera que ella era la mujer de sus sueños?



Laura Wright

Cara a cara

Deseo - 1327

Serie:(Thompson / Al-Nayhal 01)

ePub r1.0

LDS 19.12.16

Título original: *woman*
Redwolf’s
Laura Wright, 2004
Traducción: Daniel García Rodríguez
Publicado originalmente: Mills and Boon Desire 2-in-1 (MD2) - 117 /
Silhouette Desire (SD) - 1582
Protagonistas: Jared Redwolf y Ava Thompson.
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

a vuelto.

Al oír las palabras de Rita, Ava Thompson sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¿Quién?

—Jared Redwolf —respondió Rita con una sonrisa.

Desde lo alto de su pedestal enmoquetado de blanco en la trastienda de *Bridal and Formalwear*
Benton's
, Ava se tambaleó hacia los lados y soltó un aullido cuando la señora Benton la pinchó accidentalmente con un alfiler.

—Estate quieta —le dijo la anciana señora.

Sin apenas oír la suave reprimenda, Ava miró a su hermana con sus grandes ojos verdes.

—¿Qué quieres decir con que «*ha vuelto*»? ¿Ha vuelto adónde?

—Aquí, a Paradise —dijo Rita con calma, retocándose sus largos rizos castaños frente al gran espejo de cuerpo entero—. Cuando fui por café, lo vi entrar en el restaurante… ¿Y quién puede culparlo? —añadió con una maliciosa sonrisa—. ¿Sabías que hoy sirven empanada con patatas fritas y refresco de cereza por sólo dos con noventa y cinco?

—Esas empanadas están hechas con carne de caballo —declaró la señora Benton mientras sujetaba el dobladillo del imponente vestido que su hermana menor había diseñado para que llegara hasta el tobillo.

—¿Carne de caballo? —Rita se echó a reír—. Eso no es cierto.

La señora Benton negó tristemente con la cabeza.

—Y pensar que vivimos en un país de ganado…

No estaban engañando a nadie con su tranquila discusión sobre las empanadas de caballo y los refrescos de cereza, pensó Ava al ver las miradas furtivas que se intercambiaron las otras dos. Desde el momento en que Rita mencionó a Jared Redwolf, Ava había sentido los dos pares de ojos fijos en ella, observándola como dos conspiradoras, esperando ver su reacción a las noticias y preguntándose si su vida estaría pasando ante ella.

Una vida que todo el mundo en Paradise conocía. Una vida que Ava había abandonado cuatro años atrás.

Una vida en la que había pensado cada día en su pequeño apartamento de Manhattan.

El anticuado aparato de aire acondicionado renqueaba y vibraba mientras el asfixiante calor de Texas invadía lentamente la habitación. Ava miró a su hermana en el espejo.

—Creía que habías dicho que iba a estar en Dallas las dos semanas, Rita. «*Lo sé de buena tinta*», dijiste. «*Te lo juro, no te tropezarás con él*».

Rita se encogió de hombros.

—Eh, ¿qué puedo decirte, hermana mayor? Eso fue lo que dijo Pat Murphy en la oficina de correos —esbozó una sonrisa y se puso un velo de novia sobre el rostro—. Tal vez haya oído que has vuelto al pueblo para mi boda y ha cambiado de opinión.

La señora Benton respiró hondo y miró expectante a Ava.

—Ni hablar —dijo Ava mirando a una y otra mujer—. Él me desprecia.

—Desprecio es una palabra muy fuerte —dijo Rita.

—Creo que deberíamos dejar de hablar de ese hombre por un momento —le dijo la señora Benton a Rita—. No para de moverse y necesito sujetarle el dobladillo aquí. No quiero ser yo quien tenga la culpa de que tu dama de honor se tropiece con su vestido en el pasillo de la iglesia.

—¿Qué tal si le echamos la culpa a un dios cheyenne de metro noventa y sonrisa letal? —sugirió Rita sin dejar de sonreír.

—Es medio cheyenne, tan solo —dijo Ava con una mueca de exasperación.

—Y menuda mitad… —dijo la señora Benton con un suspiro.

Nada había cambiado, pensó Ava. Las mujeres de Paradise seguían babeando por Jared Redwolf. Pero ¿seguían temiendo demostrarlo?, se preguntó. Ahora que él era millonario y un genio de las finanzas con clientes famosos, ¿estarían dispuestas las mujeres del pueblo a pasar por alto su herencia india?

El olor de un viejo ramo de novia que colgaba del techo impregnaba el cada vez más húmedo ambiente. La voz de Johnny Mathis canturreando una lastimera canción de amor salía por una pequeña radio en un rincón. Y Ava sentía que se estaba sofocando dentro del bonito vestido de satén. Jared estaba en el restaurante. Tan cerca que casi podía sentir su presencia y respirar su embriagadora fragancia a sol y sudor. Quería verlo, pero sabía lo peligroso que podría ser eso. Él tendría muchas preguntas y querría respuestas. ¡Oh, Dios! ¿Y si ya sabía que ella estaba en el pueblo?

Unas gotas de sudor le resbalaron por el cuello. Tenía que salir de la tienda. No podía arriesgarse a encontrarse con él, en todo caso aún no. No hasta que estuviera lista para hablarle de…

Tragó saliva y miró a la señora Benton.

—Lo siento mucho, señora Benton, pero tendré que volver más tarde.

—¿Qué? —La anciana frunció el ceño—. ¿Por qué?

—Tengo que ir a casa de Rita.

—¿Por qué? —se apresuró a preguntar su hermana.

—Necesito comprobar…

La campanilla situada sobre la puerta de la tienda repicó alegremente, interrumpiendo la falsa explicación de Ava. Levantó la mirada hacia el espejo para ver quién había entrado. A través de la rendija entre las cortinas, vio a un hombre caminando por el local como si fuera el dueño de la tienda.

Ava se quedó petrificada, pero su corazón empezó a latirle violentamente. Diez segundos más y hubiera escapado de él.

Jared Redwolf.

Sin pensar, se quitó la goma con la que se había sujetado su pelo largo y rubio toda la mañana.

Jared estaba allí. Aunque para Ava nunca se había ido del todo, siempre había estado presente en sus pensamientos durante los cuatro años que ella había pasado lejos de Paradise.

El tiempo pareció detenerse. Se llevó una mano a la boca y

exhaló, jurando que aún podía sentir la presión de sus labios en los suyos mientras sus palmas callosas le recorrían la espalda desnuda.

Intentó tragar y respirar con normalidad, pero le supuso un tremendo esfuerzo. Después de todo, hacía mucho tiempo que no lo veía cara a cara y no se había imaginado así el reencuentro.

—Enseguida salgo —dijo la señora Benton en voz alta, sin levantar la mirada mientras colocaba otro alfiler. Sin duda quería acabar el vestido de Ava antes de que ésta se fuera.

Pero Ava no iba a ir a ninguna parte en esos momentos. Estaba clavada en el pedestal, viendo cómo Jared se detenía a contemplar una muestra de corbatas. Se sentía segura para observarlo porque sabía que él no la había visto a través de las cortinas.

Segura, sí, pero no precisamente cómoda.

De espaldas a él, miraba fijamente al espejo, siguiendo a Jared con la mirada como un animal hambriento. Como el primer día que lo había visto conduciendo al ganado en el rancho de su padre… Músculos fornidos cubiertos de sudor, a lomos de un palomino salvaje que él mismo había domado.

La había dejado sin respiración.

Y ahora en la tienda parecía incluso más atractivo de lo que ella recordaba, si tal cosa era posible. Vestido más como un vaquero que como un multimillonario hombre de negocios, con su camisa azul, sus vaqueros desgastados y sus botas, podría ser perfectamente el hombre más guapo de Texas. O del mundo… Medía más de un metro noventa, su cuerpo era robusto sin un gramo de grasa. Su espeso pelo negro le llegaba por los hombros, sus pómulos eran prominentes y sus ojos de color gris acerado encantaban, hechizaban y aterrorizaban a la vez a quien estuvieran mirando.

Pero aún no la había visto a ella.

—He venido a devolver el esmoquin, señora Benton —dijo él.

Rita ahogó un gemido al oír aquella voz; una voz tan seductora como Ava recordaba. Y lo mismo hizo la señora Benton, antes de recuperar rápidamente la compostura.

—Puedes traerlo aquí, Jared. Estamos todas muy decentes.

—No —susurró Ava llena de pánico.

Rita le dio un apretón tranquilizador en la mano, pero el gesto ayudó muy poco, Ava sentía que el pecho iba a estallarse. No podía verlo en aquel momento, ni nunca.

Buscó con la mirada algún sitio para esconderse, pero no había tiempo. Jared estaba entrando.

Todo su cuerpo se tensó.

«*Ahora no. Así no*».

Las blancas cortinas se separaron y Jared Redwolf entró en la sala circular con una bolsa negra colgada al hombro. A Ava se le hizo un nudo en la garganta al verlo, tan moreno y varonil, rodeado de la pura y blanca feminidad de los vestidos de novia. ¿Qué pensaría cuando la viera?, se preguntó, temiendo ahogarse por la aprensión. ¿Qué diría?

El único signo de que Jared Redwolf no era un cheyenne de pura raza eran sus generosos labios, pero cuando su mirada se posó en Ava, aquellos labios se contrajeron peligrosamente.

La señora Benton se aclaró la garganta.

—Me llevaré el esmoquin y te traeré la factura, Jared. Enseguida vuelvo, chicas.

Ava apenas la oyó marcharse. No podía apartar la mirada del hombre que había gobernado sus hormonas desde la pubertad. Lo miró fijamente, en silencio, mientras el único sonido de la habitación procedía de la radio, que en ese momento anunciaba la hora y el tiempo.

Las diez de la mañana y un calor infernal.

Ava sintió que otra gota de sudor le resbalaba por la nuca y se deslizaba como una serpiente por su espalda.

Se dijo a sí mismo que era el calor, no su reacción al ver a Jared, quien la miraba echando fuego por los ojos y con la mandíbula contraída.

Finalmente, hizo acopio de valor y habló:

—Hola, Jared.

Pero él no dijo nada; siguió mirándola como si ella fuera una aparición… muy mal recibida, por cierto. Ava se sintió como un animal enjaulado en su bonito traje de satén rosado.

Fue el turno de Rita de carraspear.

—Jared, has vuelto pronto de Dallas, ¿no?

—Parece que demasiado pronto —dijo él, con un tono casi venenoso.

A Ava se le hizo un doloroso nudo en el estómago, pero entendía el enfado de Jared, por lo que intentó una vez más iniciar una

conversación educada.

—Jared, escucha yo…

—Por cierto, Rita —interrumpió él, ignorando a Ava—. Enhorabuena por tu boda.

Rita sonrió sin entusiasmo y miró a su hermana.

—Gracias.

—Me gustaría regalaros algo a ti y a tu novio, pero…

—Te habríamos invitado, Jared, pero no sabía que estabas en el pueblo —explicó torpemente Rita—. Sin embargo, ahora que has vuelto, serás más que bienvenido.

Ava se quedó boquiabierta. Aquello no podía estar sucediendo.

—Aprecio tu invitación —dijo él—. Pero creo que no —su penetrante mirada volvió a Ava.

—A Sakir y a mí nos encantaría que vinieras —insistió Rita.

Él negó con la cabeza.

—Gracias, pero no puedo. Tengo mucho trabajo pendiente y un cliente viene a verme esta noche.

—Sólo serán unas horas.

Ava le puso a su hermana una mano en el hombro.

—Si él no quiere venir, déjalo. No lo presiones.

La humedad en el ambiente no fue nada comparada con la tensión que se respiró entre Jared y ella. Ava sintió aquella convulsión tan familiar en el estómago; esa que esperaba no volver a sentir.

Jared podía sacarla de quicio con aquella mirada suya. Siempre había podido.

—¿A qué hora has dicho que es la ceremonia? —le preguntó a Rita, pero si apartar la mirada de Ava.

—A las dos en punto.

Él asintió.

—Tal vez me pase por allí.

Rita juntó las manos y los miró a los dos.

—Puedes pasarte por casa y recoger una invitación, si quieres.

A Ava se le secó la garganta. ¿A qué estaba jugando su hermana? Jared no podía ir a casa.

—Puedes enviársela, hermanita. Estoy segura de que el cartero no la perderá —respiró hondo y añadió—: Si se la mandas hoy, le llegará…

—Me pasaré a recoger la invitación —declaró Jared con firmeza.

En aquel momento se oyó el ruido metálico de la vieja caja registradora de la señora Benton.

—Dadme un minuto más, chicas —gritó desde el mostrador.

Pero Ava no tenía más minutos que dar.

—Tengo que irme —dijo. Unos años antes, se habría quedado hasta el final de esa tortura. Unos años antes había sido una idiota, pero ya no. No iba a permitir que esas tres personas acabaran con la poca seguridad que había conseguido tener en sí misma—. Te veré en casa, Rita —sin mirar a Jared, bajó del pedestal, agarró su bolso y salió de la sala justo cuando entraba la señora Benton.

—Pero el vestido… —empezó a decir la anciana, pero Ava no la escuchó. Necesitaba aire, necesitaba…

* * *

Tan obsesionada estaba por escapar, que soltó un grito ahogado cuando oyó la profunda voz tras ella:

—¿Otra vez huyendo?

A medio camino de la salida, a medio camino de la salvación, se quedó helada. Aquella vez cargada de sarcasmo le había dicho una vez lo hermosa que era.

—Siempre se te dio bien escapar, Ava.

Lentamente se dio la vuelta y lo miró.

—No me has dirigido la palabra ahí dentro. Creía que no te importaba si me iba… ni siquiera si te darías cuenta.

Los ojos de Jared se oscurecieron y su mandíbula se tensó.

—Me he dado cuenta.

Ella no supo si se refería a ese momento o a lo ocurrido cuatro años antes.

—¿Qué puedo hacer por ti, Jared?

—Absolutamente nada.

—Entonces me voy.

—¿Ha venido tu marido a la boda?

El pulso se le aceleró al recordar la mentira que había estado obligada a contar antes de abandonar Paradise.

—Ya no estamos juntos —dijo tranquilamente.

—¿También escapaste de él?

Ava respiró hondo. Jared tenía derecho a estar enfadado con ella, pero todo tenía un límite. La vida en Nueva York, una hija y un lucrativo trabajo como diseñadora de interiores la habían cambiado. Ya no era un pelele en manos de su padre, de Jared… de nadie.

Dio un paso hacia él.

—Comprendo que estés enfadado conmigo, pero no hay razón para ser tan cruel.

—No estoy enfadado contigo, Ava —le clavó su mirada—. Para enfadarte con alguien tienes que preocuparte de verdad por esa persona.

Ava sintió el picor de las lágrimas que amenazaban con afluir. Se dio cuenta de que a lo largo de los años había alimentado la fantasía de volver a verlo. Y aquello estaba tan lejos de esa fantasía que casi resultaba cómico. Jared y ella nunca volverían a estar juntos. Él la despreciaba y ninguna explicación ni disculpa supondrían mucha diferencia. Aquel hombre se había vuelto frío y distante.

Pero ya no se trataba tan sólo de sus sentimientos y su corazón. Ahora tenía algo más que proteger.

—Mira, está claro que no quieres verme ni hablar conmigo. Vamos a fingir que esto no ha pasado y que no nos hemos vuelto a encontrar. Sólo estaré aquí un par de semanas, así que no será muy difícil evitarnos mutuamente.

—¿Me estás diciendo que no vaya a la boda de tu hermana?

Ava tragó saliva con dificultad.

—No te lo estoy diciendo. Sólo te lo estoy pidiendo.

Él asintió rígidamente.

—En ese caso no iré.

Ava dudó por un momento y entonces se giró para marcharse. Pero él ya estaba tras ella, con su enorme mano cubriéndole la suya sobre el pomo de la puerta. Ava se quedó sin aire al sentir su tacto. El olor a piel y calor masculino emanaba de él, intensificando la sensación de alarma. Era como si el tiempo no hubiera pasado, pensó Ava mirando aquellos dedos bronceados entrelazados con los suyos.

—¿Ava? —dijo él. Retiró la mano y ella alzó la vista.

—¿Sí? —Estaba tan cerca que podía sentir la sólida pared de

músculo rozándole el hombro. Aquella combinación de calor y fuerza la había marcado demasiadas veces.

Él pasó la mirada desde su cuello hasta su boca y luego la subió hasta sus ojos.

—Apártate de la puerta —le dijo con una ceja arqueada—. Esta vez quiero ser yo quien se marche primero.

* * *

Jared condujo su camioneta por el polvoriento camino como un loco. Aunque era precisamente eso, ¿no? Un loco. Acababa de enfrentarse a la única mujer a la que no podía olvidar… la mujer que lo había traicionado.

Esa belleza salvaje… así la había llamado tiempo atrás. Y a los veintiséis años no había cambiado mucho, tan sólo se había redondeado lo justo en las partes adecuadas. Unos pechos erguidos, unas caderas maravillosas, un cuello blanco y esbelto que siempre lo habían vuelto loco. Las pecas que le cubrían la nariz seguían siendo visibles, aunque muchas ya habían desaparecido. Su pelo dorado estaba más largo y brillante de lo que él recordaba, pero seguía despidiendo la fresca fragancia de una mañana de verano.

Maldito fuera si no había tenido que haber un supremo esfuerzo de voluntad para no acariciárselo cuando estuvo a su lado en la puerta.

Sabía que estaría allí para la boda de su hermana, pero la idea de que Ava Thompson volviera a Paradise era algo en lo que no había querido pensar… En lo que ni siquiera podía pensar si quería sobrevivir a sus días y sus noches.

El primer año que siguió a su marcha había sido un infierno, recordó al sentir un dolor tan punzante como las espinas de los cactus que bordeaban el camino. Aquella fatídica mañana en la que Ben Thompson le había dicho que lo sabía todo acerca de él y de su hija y que ésta se había ido a Nueva York para casarse con otro hombre y que no iba a volver. Jared era entonces un pobre ranchero de veinticuatro años, que trabajaba duro para abrirse camino en los negocios y que lo único que quería era a Ava, unos pocos acres de tierra y un futuro económico. Pero por mucho que

luchara, no iba a conseguirla a ella.

Quería a otro hombre.

Y a él no lo había querido.

Ni tampoco lo había querido su padre. Tan sólo una semana después, Ben Thompson los había despedido a él y a su abuela del rancho.

Soltó una palabrota y giró bruscamente a la derecha, hacia su camino de entrada y a punto estuvo de echar abajo las puertas de hierro. Bueno, ahora lo tenía todo. Gracias a la ayuda de un cliente extremadamente fiel, que siempre había creído en el talento de Jared, se había convertido en un hombre rico y respetable en muy poco tiempo. Los ricos y famosos acudían a él cuando querían asesoramiento financiero. Sí, lo tenía todo.

O casi.

Por culpa de su horrible historia romántica y su intensa dedicación al trabajo, no había estado con muchas mujeres. Pero las pocas que habían llegado a su cama habían comprendido que unas cuantas noches de pasión eran lo único que él podía ofrecer.

Ahora era más rico de lo que nunca había imaginado, mientras que Ben Thompson luchaba por mantener en pie su rancho. Ese pensamiento lo hacía sonreír.

La casa que se levantaba ante él, sin embargo, le hacía fruncir el ceño. La enorme construcción de tres plantas debería ser un símbolo de su trabajo y éxito, pero cada vez que atravesaba las puertas y recorría el camino de grava, la casa le recordaba a Ava. La había hecho pintar del color de sus ojos, de ese verde tan suave. Cielos, tenía unos ojos en los que un hombre podría perderse durante días.

Apretó los dientes mientras contemplaba el lugar. Cuando ella lo abandonó cuatro años antes, una parte de él murió. Pero otra parte había permanecido viva para dedicarse por entero al trabajo. Trabajó muy duro y sin descanso para sacarse a Ava de la cabeza. Y más tarde, para impedir que volviera a invadir sus pensamientos.

Había creado aquel lugar para que pareciera alegre y hogareño. Y quizá lo era para su abuela, pero desde luego no para él. Era como si lo hubiera construido como una oda para Ava… con la esperanza de que algún día regresara y se quedara a vivir con él. Pero eso era una tontería y la casa se había convertido simplemente en el lugar donde descansar por la noche.

Pisó el freno, levantando una nube de polvo al detenerse. La fachada blanca y verde parecía burlarse de él a la luz de la tarde. Sólo podía ver a Ava, sólo podía pensar en ella. Maldijo en voz alta. Tiempo atrás, Ben Thompson le había dejado claro que su hija estaba fuera de su alcance. ¿Por qué demonios no lo había escuchado?

Ben Thompson.

Durante mucho tiempo había querido vengarse de ese hombre y si los rumores que circulaban sobre su ruina eran ciertos, parecía que la venganza estaba muy próxima.

—¿Vas a salir de la camioneta?

Jared miró hacia el porche, donde su abuela, Muña, estaba sentada junto a una mesita con té, libros, hierbas y sus cartas adivinatorias. Era su abuela materna y él era lo único que le quedaba de familia. Era una cheyenne de pura raza, con un rostro cubierto de arrugas, unas trenzas que le llegaban hasta la cintura, muy delgada pero nada frágil. A sus ochenta y cuatro años era como una mora agridulce. Dulce como nadie, pero terriblemente mordaz cuando tenía que serlo.

Jared recordó las historias que le contaba cuando él era niño. Había sido el chamán de la tribu, la mujer a la que acudían en busca de respuestas para los sueños, las visiones y el futuro. Algunos la llamaban «*La que habla*» y otros, «*La que ve*».

Pero ahora era algo más, notó Jared. Su abuela se levantó y empezó a barrer el porche.

—¿Qué ha pasado en el pueblo, Jared?

En el interior de la camioneta, donde el calor se iba haciendo insoportable, Jared se pasó una mano por el rostro. No quería responder a esa pregunta, de modo que intentó cambiar de tema.

—¿Por qué estás barriendo? Tenemos un ama de llaves.

—Yo no la pedí —fue su respuesta habitual en su tono indignado habitual.

Jared negó con la cabeza. Lo único que quería para su abuela era que pasara el resto de sus días en la mayor comodidad posible. Su madre y ella habían luchado toda su vida, aceptando cualquier trabajo donde pudieran ganar un salario justo, sólo para llevar comida a casa. Y cuando su madre murió, había sido Muña quien se hizo cargo de él. Jared era entonces un niño de ocho años que no

hacía más que buscarse problemas. Pero Muña lo había enderezado, lo había alimentado y lo había obligado a convencerse de que incluso un pobre de sangre mezclada podía ser alguien. Ella tenía más de setenta años cuando vivían en la tierra de los Thompson y aún tenía energía para barrer y fregar el suelo y cocinar.

Ahora, con más de ochenta años, todo lo que tenía que hacer era sentarse, relajarse y disfrutar de la vida. Pero ella no era así.

—Jared —lo llamó desde el porche, con calma pero con firmeza —. Será mejor que me cuentes lo que ha pasado en el pueblo.

—Me encontré con una vieja… amiga. Nada de lo que preocuparse.

Ella negó con la cabeza, nada convencida.

—Tuve un presentimiento, pero las cartas no revelaron mucho esta mañana. No me han dicho nada de esa vieja amiga.

—Ni los espíritus de tus animales podrían haber predicho esto — dijo él, sin salir de la camioneta.

Ella se encogió de hombros.

—Tal vez no. O tal vez querían que las cosas se revelaran a su debido tiempo.

Cuatro años era mucho tiempo para esperar a que las cosas se revelaran, pensó Jared.

Su único contacto con Ava en todo ese tiempo había sido una breve llamada telefónica poco después de que ella se marchara, pero él no había querido oír sus excusas… no había querido oír cómo había elegido a otro hombre.

Giró la llave en el contacto y arrancó el motor. Aquellos días y aquellos sentimientos habían pasado. No iba a dejar que pasara más tiempo. Algo en su interior no le permitiría apartarse igual que había hecho ella cuatro años atrás, igual que había hecho él en la tienda una hora antes. Habría sido distinto si no hubiera vuelto a verla. Pero así había sido. Ella le debía una explicación y una vez que la tuviera, podría liberarse del pasado. Finalmente podría olvidarlo todo.

—Volveré —le dijo a Muña mientras metía la marcha atrás—. Tengo que ver a esa vieja amiga por última vez.

Apenas le llegó la voz de su abuela cuando se alejó por el camino de entrada. Pero las dos palabras que pronunció la anciana se le clavaron en el pecho como una daga.

—Ava Thompson.

Capítulo 2

En el dormitorio azul oscuro del modesto apartamento de su hermana, Ava miró por la ventana a su hija de tres años y medio, Lily, quien estaba riendo y jugando en el jardín con la encantadora vecina y sus dos nietas. Las tres niñas estaban apiñadas en el gran cajón que Rita había llenado con arena.

Ava sintió que se le encogía el corazón al ver a su hija. A Lily le encantaba retozar al aire libre y hacer amigas. Pero Nueva York no era el sitio adecuado para una niña amante de los espacios abiertos y los animales. Ni tampoco el mejor lugar para hacer amistades.

Su hija tenía problemas de adaptación dentro y fuera del jardín de infancia. Era una niña muy diferente al resto, decidida y apasionada. Algún día, su curiosidad innata le haría preguntarse quién era su papá… y dónde estaba.

Era una posibilidad que asustaba a Ava, pero sabía que su hija necesitaría y merecía conocer la verdad.

Las mejillas de Lily resplandecían de salud y felicidad mientras jugaba. Tenía el pelo largo y castaño rojizo, unos ojos almendrados enmarcados en un dulce rostro con una nariz respingona y cubierto de pecas. En muchos aspectos era una versión en miniatura de su madre. Pero también tenía rasgos de su padre: el color gris oscuro de sus ojos, que miraban directamente al alma, unas piernas largas y un temperamento terrible cuando se enfadaba.

Con un suspiro, Ava se apartó de la ventana y agarró la guía telefónica de lo alto de la pequeña cómoda blanca. Necesitaba otro lugar para quedarse… algún sitio por donde no existiera la menor

posibilidad de que Jared Redwolf se pasara.

—Hola, ¿qué haces?

Ava alzó la mirada y vio a su hermana entrando en la habitación. Llevaba una caja de galletas bajo un brazo y un vaso de leche en cada mano. Rita siempre había creído que las galletas y la leche eran una cura efectiva para todas las depresiones. Era la más soñadora, impulsiva y romántica de las dos, mientras que Ava era la responsable y la precavida. Eran todo un carácter, para delicia de su madre.

A Ava siempre le había encantado la historia de su nombre y el de Rita. Su madre, Olivia Thompson, había sido la doble de las actrices Ava Gardner y Rita Hayworth durante una breve temporada en Hollywood. Un verano, conoció a Ben Thompson en una convención en Las Vegas, se enamoró perdidamente de él y dejó atrás el *glamour* y sus amistades. Pero Olivia nunca olvidó esos días y cuando disfrazaba a sus hijas con trajes antiguos y les empolvaba la nariz, les contaba cuánto echaba de menos la vida y la gente de Hollywood.

Unos años después, Olivia murió.

—¿A quién llamas? —le preguntó Rita, devolviendo a Ava al presente.

—A todos los moteles del pueblo.

—¿Cómo? No irás a abandonarme justo antes de mi boda, ¿verdad? Además, sólo hay un motel en el pueblo y está lleno de gente del rodeo —dejó la leche y las galletas en la mesita de noche —. Está también el *Bed and Breakfast* de Carolyn, pero Carolyn no alquila habitaciones ahora por culpa de la inundación.

—Sus habitaciones están en la planta superior —dijo Ava con el ceño fruncido.

—No a causa de las lluvias, sino de una cama de agua —replicó Rita mordiendo una galleta. Ava levantó una mano para que no dijera nada más—. Por favor, no te vayas. Siento mucho lo de hoy. He sido una hermana horrible.

—Horrible no. Sólo exasperante, entrometida y una espina en el…

—Vale, vale. —Rita se dejó caer en la cama—. Mira, te quiero y deseo que seas feliz. Lo que papá hizo hace cuatro años estuvo mal y fue demasiado injusto. Sólo pensé que si Jared y tú hablabais, tal

vez se sanaran las viejas heridas.

Ava sonrió sin mucho entusiasmo.

—Lo aprecio, hermanita, de verdad, pero tú viste cómo me miró en la tienda. El daño está hecho. Se acabó —la miró seriamente—. Y por cierto, lo que papá hizo no fue culpa tuya.

Rita se ruborizó y apartó la mirada.

—Podría haberte ayudado.

—No, no podrías haberlo hecho. Eras demasiado joven —dejó escapar un suspiro—. No había otra solución menos dolorosa. Si me hubiera quedado con Jared, él y su abuela habrían acabado en la calle. Eso mismo me prometió papá. Y yo no iba a dejar que eso ocurriera.

—Ahora tienen una casa muy grande, ¿sabes? —dijo Rita en tono esperanzador—. Y ningún problema económico.

—Lo sé —respondió Ava tranquilamente y señaló las galletas—. ¿Puedo tomar una?

Rita se echó a reír y le alargó la caja.

—Tómate dos —se puso seria por un momento—. ¿Vas a ir a ver a papá mientras estés aquí?

Ava sintió un atisbo de aprensión.

—Creo que no.

—¿Y no vas a presentarle a su nieta?

—Dejó muy claros cuáles eran sus sentimientos hacia Lily.

—Cambió cuando te marchaste. Bueno… después del accidente. Aquel golpe en la cabeza pareció volverlo más sensato y comprensivo. Seguro que le gustaría verte, Ava. Creo que se arrepiente de muchas cosas.

Ava negó firmemente con la cabeza.

—No puedo arriesgarme a que Lily sufra. Ya tengo bastante con Jared —asintió hacia la guía telefónica—. Por eso debo encontrar otro lugar para quedarme.

—¡Oh, vamos! Ha dicho que no vendría a la boda, ¿no?

—Exacto.

—Entonces ¿por qué te preocupas?

Ava se encogió de hombros. Jared había prometido que no asistiría a la boda, lo cual seguramente significaba que no se pasaría a recoger una invitación.

—Supongo que no debería preocuparme por nada, ¿verdad?

Las dos se sentaron juntas en la cama para comerse las galletas y beberse la leche.

—Aún siente algo por ti —dijo Rita al cabo de un rato.

—Oh, lo sé. Odio, desprecio, rencor…

—Sea lo que sea, tienes que contarle la verdad.

—Ya lo intenté una vez, ¿recuerdas?

Rita la rodeó con un brazo.

—Tienes que volver a intentarlo.

—No creo que esté preparado para escucharla.

—¿Él no está preparado? ¿O tú?

Ava tomó otra galleta y se acercó a la ventana para ver a su hija. Ni siquiera quería considerar la sugerencia de Rita. Jared la odiaba. Y después del enfrentamiento en la tienda, seguro que no se acercaría a menos de un kilómetro de ella…

Se le hizo un nudo en la garganta y las manos empezaron a temblarle.

A través del cristal y la polvorienta mosquitera, se desarrollaba la escena que había imaginado mil veces en su cabeza. Lily había salido del cajón de arena y estaba de pie junto a los rosales, hablando con un cheyenne alto y atractivo.

—¿Tienes caballos?

Jared le sonrió a la pequeña de grandes ojos y pelo largo recogido en una cola.

—Siete.

La tarde estaba cayendo, pero el calor aún era sofocante. Era la clase de día en la que se agradecía un trago de agua helada o algo similar. La pequeña le tendió torpemente un vaso de limonada de la mesita de plástico que había en el jardín.

—Gracias, señorita —dijo él y se bebió el líquido fresco y ácido.

Se preguntó quién sería. Posiblemente una de las nietas de la señora Young… aunque no se parecía a las otras niñas de pelo negro. Y si lo fuera, ¿qué hacía en el jardín de Rita? ¿Una barbacoa, tal vez? Podría ser. Paradise era un pueblo muy fraternal.

Saludó con la mano a la señora Young, que parecía muy cansada y miró a la niña que le estaba tirando de los vaqueros. No era una pequeña damita mimada y con volantes quien lo miraba. No. La niña que se había presentado a sí misma como Lily llevaba unos vaqueros y una camiseta y sus mejillas y manos estaban llenas de

polvo. Era muy poco femenina, eso lo había sabido Jared desde que la vio saltar del cajón de arena con destreza y seguridad. Debía de tener unos tres o cuatro años, pero no había revelado su edad. En vez de eso lo había bombardeado a preguntas. A Jared no lo molestaba su curiosidad. Le gustaban los niños, aunque no conocía a muchos.

Al no tener hermanos ni hermanas no había tenido sobrinos ni sobrinas.

Lily le hizo con el dedo un gesto para que se agachara, como si quisiera compartir un secreto con él. Jared obedeció y la niña se adelantó para susurrarle algo:

—Mi mamá me está leyendo un libro sobre los appaloosas. ¿Tú tienes appaloosas?

—Dos. Pronto serán tres.

—¿Vas a comprar más?

—No. Mi yegua está a punto de parir.

—¿Qué es parir?

—Que va a tener un hijo.

La pequeña juntó las manos y dejó escapar un chillido.

—¿Un hijo?

—Sí —dijo él riendo.

—¿Cuándo?

—Espero que sea al final de esta semana.

—¡Oh, yo quiero verlo! ¿Puedo, por favor? —le pidió—. Puedo ayudar. Cuando sea grande voy a montar a caballo.

Una sombra oscureció la hierba entre ellos. Jared se irguió y vio a Ava caminando hacia la pequeña. Su expresión era de inquietud y nerviosismo.

—Mami —la llamó Lily con una amplia sonrisa—. Éste es Jared.

«*Mami*». A Jared se le hizo un nudo en la garganta que le impidió respirar. Aquella niña era… ¿hija de Ava? No soportaba la idea de que la hubiera tocado otro hombre que no fuera él. Sabía que había estado casada, pero había apartado ese pensamiento de su mente. Y sin embargo allí delante tenía la prueba.

—Ya sé quién es, Lily —dijo Ava, mirándolo fijamente con sus verdes ojos. Parecía preguntarse qué estaba haciendo él allí y cuándo iba a marcharse.

Veinte minutos antes, él iba dispuesto a plantar batalla con la

mujer que le debía explicaciones. Pero aquella niña lo había detenido, había aplacado su ira y lo había hechizado igual que tantas veces había hecho su madre en el pasado.

Y ahora su madre volvía a hacerlo. De pie en la hierba, observándolo, cruzada de brazos. Jared maldijo en silencio mientras la recorría con la mirada. Se había cambiado el saco de patatas rosa de la tienda por unos *shorts* y una camiseta blancos y unas sandalias, lo que realzaba su espléndida figura. Piernas largas y bronceadas, pechos redondeados y erguidos…

Jared sólo quería estar furioso, soltar la ira que había contenido durante tanto tiempo, pero aquella mujer tenía un poderoso efecto sobre él. El sol se filtraba a través de las tablillas del saliente como una lluvia de oro, iluminando a Ava por detrás. Parecía un ángel, demasiado hermosa para ser contemplada. Demasiado hermosa para que él la contemplara.

—Tu madre y yo nos conocíamos muy bien —le dijo a Lily.

Lily miró a su madre con ojos muy abiertos. Ésta le sonrió y miró a Jared.

—¿Has cambiado de idea con lo de la boda?

—No exactamente —se quitó el sombrero Stetson y arqueó una ceja. Aquello no iba según lo planeado. No podía interrogar a Ava con su hija delante. Tendría que ser en otro momento.

Madre e hija, pensó mientras las observaba a las dos sentadas en el césped, arrancando briznas de hierba. ¿Por qué no había pensado en la posibilidad de que tuviera un hijo? ¡Qué estúpido había sido! Ella se había ido de Paradise para casarse. Y los hijos eran una progresión natural en el matrimonio.

—¿Cuándo podré ir a ver los caballos? —preguntó Lily.

—Siempre serás bienvenida en mi casa —respondió él con una sonrisa.

—¿Ahora?

—No, Lily —se apresuró a decir Ava—. Ahora vamos a cenar.

—¿Mañana? —insistió Lily, sin dejarse intimidar.

Su madre negó con la cabeza.

—No. Tenemos… planes.

Jared percibió la nota de pánico en su voz. Estaba claro que no lo quería cerca de su hija. ¿Qué se pensaba que iba a hacer?

Apretó la mandíbula. Habían hablado de niños una vez, la

primera noche que hicieron el amor, en el pequeño cobertizo que él había preparado para que pareciera romántico. Habían hablado de todo, de un futuro en común, de los hijos… Luego, la había estrechado entre sus brazos, la había besado con pasión y había vuelto a hacerle el amor. Sacudió la cabeza para apartar las imágenes de los cuerpos sudorosos y las bocas ávidas. No estaba allí para rememorar el pasado. Ella le debía una explicación y al día siguiente sería la ocasión perfecta. Muña podría llevarse a Lily a ver los caballos y él y Ava podrían hablar.

—¿Qué vamos a hacer, mami? —preguntó Lily.

—¿Cuándo?

—Mañana —respondió Jared secamente.

—Oh, bueno… Pensaba llevarte al cine, Lil. Están echando esa película de dibujos animados que querías ver.

—No —dijo Lily frunciendo el ceño—. Quiero ver los caballos de Jared. Una va a tener un hijo.

Ava le puso una brizna de hierba tras la oreja.

—Jared es un hombre muy ocupado, cariño.

En otras palabras, pensó Jared, Ava quería que se fuera de allí cuanto antes. Estupendo, la dejaría en paz, pero no antes de conseguir una promesa para el día siguiente.

—Quiero ayudarlo con el bebé caballo, mami.

—Oh, Lil. Jared no hace eso. Llama a un veterinario para que…

—La verdad es que sí ayudo en el parto —interrumpió Jared.

—¿En serio? —le preguntó, escéptica.

—Que no te extrañe tanto —dijo él—. Se me dan bien otras cosas aparte de los negocios financieros. Hubo un tiempo en el que me desenvolvía bastante bien en un rancho.

—Lo sé —dijo ella avergonzada—. No quería decir eso. Simplemente, no sabía que ayudabas en los partos, eso es todo.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, Ava —replicó él volviendo a colocarse el sombrero—. Y hay mucho que yo no sé de ti.

No había lugar donde esconderse en el jardín, pensó ella. Miró a su alrededor, avergonzada por esa clase de pensamientos. Sabía mejor que nadie que la huida no resolvería nada. ¿Iba a escapar para siempre? ¿O alguna vez se detendría, respiraría hondo y se enfrentaría a la vida?

Tenía que admitirlo. Enfrentarse a la vida, al pasado y al futuro era parte de la razón por la que había vuelto a Paradise. Se encontró con la magnética mirada de Jared y supo que no tenía refugio posible.

Lily saltaba llena de entusiasmo.

—Tú también puedes ayudarnos, mamá.

—Escucha, Lily yo nunca he dicho que…

—¿Vamos, por fa, por fa?

¿Cómo negarse a la expresión «*por fa*»?, pensó Ava.

—Lo primero es lo primero —le dijo Jared a Lily—. ¿Por qué no venís mañana y luego vemos qué podemos hacer con la yegua? —le asintió a Ava—. ¿En mi casa al mediodía? No tiene pérdida. Toma el desvío de Wes Lamb en la carretera y sigue unos cuantos kilómetros.

Ava abrió la boca pero la volvió a cerrar y negó con la cabeza.

—Sé que estás muy ocupado. No podemos…

—Hay que ponerse al día con muchas cosas —dijo él arqueando una ceja—. Sacaré tiempo.

—¿Ves, mami? Dice que sacará tiempo.

Ava se sintió invadida por la frustración por segunda vez aquel día. Ahora sabía que Jared no había ido para conseguir una invitación para la boda. Había ido en busca de respuestas. Pero la intervención de Lily lo había descolocado, de modo que postergaba el interrogatorio para el día siguiente, cuando pudieran estar a solas.

—¿Puedo acariciar a los caballos, Jared? —preguntó Lily.

—No veo por qué no —le dedicó una sonrisa—. Les gustará ver una linda carita después de ver día tras día las feas caras de los trabajadores del rancho.

—¿Mami? Por fa.

—¿Ava? —la apremió Jared.

Era un desafío, pensó Ava… uno del que no podía librarse.

—De acuerdo.

Lily soltó un chillido de alegría.

—Voy a contárselo a tía Rita.

«*Sí, cuéntaselo. Seguro que le va a encantar*», pensó su madre.

—Es una niña maravillosa, Ava —dijo Jared cuando Lily se marchó corriendo.

—Gracias —respondió con una sonrisa forzada.

—¿Dónde está su padre?

—¿Cómo?

—Tu marido. ¿Dónde está?

—Ya te dije que no estamos juntos —le recordó rápidamente, poniéndose en pie.

—No puedo evitar preguntarme por qué has mantenido tu apellido de soltera —dijo él, clavándole la mirada—. Mira, iba a esperar hasta mañana. Pero tal vez podamos empezar ahora —arqueó las cejas, expectante—. ¿No crees que he esperado suficiente tiempo para saber la verdad?

—La… verdad —balbuceó ella. Se dio la vuelta bruscamente, buscando las palabras adecuadas en cualquier lugar menos en los ojos de Jared.

No llegó muy lejos.

Su mano chocó contra la mesa de picnic, derribando la jarra de limonada. Intentó guardar el equilibrio mientras el recipiente de cerámica se estrellaba contra las losetas y el líquido y el hielo se derramaban por el suelo. El pulso le resonó en los oídos. Al segundo siguiente, estaba arrodillada, recogiendo los fragmentos de loza con Jared a su lado. Su mente era un torbellino. Él quería saber la verdad. Pero ¿qué verdad?

Ahogó un grito y dejó caer un pedazo de loza. Se apretó la mano contra el pecho y bajó la mirada. El dedo índice le dolía y sangraba.

—Te has cortado —dijo Jared alargando una mano hacia la suya.

—Estoy bien —dijo ella, apartándose de él. Lo último que necesitaba era que la tocase.

—Déjame ver, Ava.

—No, no es nada.

Aun así él le tomó la mano y le hizo abrir el puño. Tenía un pequeño corte en el dedo índice. No era nada serio, pero Jared le puso toda su atención. Agarró uno de los cubitos de hielo del suelo y se lo aplicó en la herida.

—Lo siento —susurró, pasando el hielo en círculos por el corte —. No es profundo.

Sin poder evitarlo, Ava le miró el cuello abierto de la camisa, por el que se atisbaba una porción de pecho bronceado y

musculoso. Sintió un hormigueo en los dedos al recordar el tacto de aquella piel. Gotas de agua helada le caían por la muñeca, haciendo que el pulso empezara a calmársele.

—Ava, la cena está lista.

La voz de Rita sonaba muy lejana, pero se oía lo bastante para volver a la realidad. Apartó la mano y la mirada de Jared y se levantó. Él también se puso en pie.

—Deberías echarte agua oxigenada —le aconsejó. Ella asintió—. Y yo debería irme —se tocó el ala del sombrero y se alejó.

«*Oportunidad perdida*», pensó ella. ¿Para qué? ¿Para escapar, para huir de allí?

—Escucha, Jared, sobre lo de mañana…

—¿Qué pasa? —preguntó él, volviéndose y mirándola de reojo.

Ella se mordió el labio. Aquello era ridículo. No había manera de escapar a lo inevitable. Él merecía saber la verdad y ambos tenían la posibilidad de liberarse del pasado.

Respiró hondo, rezando porque él estuviera listo para escuchar lo que ella tenía que contarle.

—Estaremos allí al mediodía.

Capítulo 3

Jared se despertó con un sobresalto, empapado en sudor. Luchó por respirar mientras intentaba situarse. Estaba en la cama, con la mandíbula y los puños apretados. El sol de la mañana iluminaba la habitación. Miró el reloj. Las siete y media.

Otra vez. Se pasó una mano por la cara y soltó un gruñido. Hacía tres años que no tenía ese sueño. Ava montada sobre él, a la luz de la luna, acariciados por una suave brisa nocturna. Los dos besándose, acariciándose… y de pronto ella se detenía y decía que debía marcharse.

«*Más tarde*», decía él.

«*No*», respondía ella con voz firme y tranquila. «*No te quiero. Nunca te he querido. Hay otra persona*».

«*No*», gritaba él y entonces se despertaba, con todo su cuerpo y su mente deseándola.

Tenía que tomárselo con calma. Ella se iría en unas semanas. Desaparecería de su vida y de sus sueños para siempre, como tenía que ser.

Pero ¿y sus pensamientos?, se preguntó pasándose una mano por el pelo. ¿Alguna vez dejaría de pensar en ella?

Volvió a mirar el reloj. Las 7:33. Si aquel día todo salía según lo planeado, había esperanza. Y con un poco de ayuda de Tina Marie Waters, era aún más probable. La sensual pelirroja siempre estaba cerca y siempre que él la visitaba, ella le pedía que se quedara a pasar la noche. Él nunca lo había hecho, pero tal vez aceptara esa vez. Demonios, las reglas estaban para romperse, sobre todo en

circunstancias extremas.

Y Ava Thompson era una circunstancia extrema.

Cerró los ojos por un momento y la volvió a ver, con aquellas tiras rosas de encaje, aquella piel satinada, aquellos ojos verdes ardiendo de deseo…

—¡Maldita sea! —Abrió los ojos, apartó las sábanas y se levantó de la cama.

Después de ese día, Ava no sería más que un recuerdo vago y distante, incluso si eso significaba no volver a dormir nunca más.

* * *

-Creo que las zanahorias son la elección perfecta. —Ava tomó a su hija de la mano cuando salieron del supermercado—. Si fueras un caballo, ¿cuál sería tu comida favorita?

—Helado de chicle —respondió Lily sin dudarlo.

Ava siguió el ejemplo de su hija y saltó las grietas de la acera. Era una manía extraña de Lily, pero a su madre le encantaba jugar con ella. Ella misma no había disfrutado mucho de su infancia y Lily era una buena maestra para recuperar el tiempo perdido. Los juegos la ayudaban a despreocuparse de los problemas acuciantes, como aquel día…

En media hora irían a ver a Jared y sus caballos. Lily, al menos. Ella sólo iba para acompañarla. Odiaba admitirlo, pero ver la casa y el éxito que había conseguido Jared era una perspectiva muy tentadora, igual que verlo a él… aunque tuviera que decirle la verdad.

—No te sueltes de mi mano, cariño —le dijo a Lily mientras cruzaban la calle.

—Mami, ¿por qué nadie toca la bocina aquí?

Ava se echó a reír.

—Supongo que porque no tienen prisa —miró alrededor. La sombra de un gran arce las protegía momentáneamente del ardiente sol—. Es muy tranquilo comparado con Manhattan, ¿verdad?

—Me gusta estar aquí —dijo Lily asintiendo.

Ava se detuvo frente al coche y miró a hija.

—¿En serio, cariño?

Lily volvió a asentir; sus grandes ojos grises brillaban de anhelo.

Los ojos eran realmente las ventanas del alma y Ava se preguntó si alguien que mirara profundamente en los suyos podría ver que tampoco ella era feliz en Nueva York. No era su hogar y nunca lo sería.

Se apartó de su hija y abrió la puerta. En unas pocas semanas tendrían que volver a Nueva York lo quisieran o no. Su vida estaba en la gran ciudad. Tenía un gran trabajo y a muchos clientes que dependían de ella. No, su lugar no estaba en Texas.

—Ese viejo está mirando, mami.

Las palabras de Lily la sacaron de su ensimismamiento. Levantó la mirada y vio al viejo que Lily señalaba, al otro lado de la calle. No lo había visto en cuatro años, pero parecía que había pasado una eternidad. No había cambiado mucho, aunque las arrugas de su rostro eran más marcadas. Ava maldijo en silencio por preguntarse por qué su aspecto sería tan desgraciado, por preocuparse por él después de todo lo que le había hecho.

—¿Qué pasa, mami?

Ava apretó la mano de su hija, sintiéndose excesivamente protectora.

—Nada, Lil. Vamos.

«*Tengo que salir de aquí antes de que él o yo diga algo que…*».

—¿Ava?

Demasiado tarde. Se dio la vuelta y lo encaró.

—Hola, papá.

La familia y los amigos siempre habían bromeado diciendo que ninguna de las hijas se parecía a Ben y a Olivia Thompson. Dos niñas rubias nacidas de dos padres morenos. Ava estaba segura de que había heredado algunos rasgos de su madre pero ninguno de su padre. Sin embargo, en aquel instante, reconoció la expresión de duda y perplejidad de su padre. La había visto miles de veces en el espejo.

—Has vuelto —dijo él con una vacilante sonrisa.

Ella asintió sin decir nada. El nudo de la garganta le impedía hablar.

—Me alegró de verte —dijo él y miró a la niña—. ¿Ésta es Lily?

—Sí —respondió, agarrando a su hija con fuerza.

«*Por favor, que no diga nada cruel*», suplicó en silencio mientras

lo veía arrodillarse frente a Lily. Los huesos le crujían por la edad.

—Hola —la saludó él.

—Hola —respondió Lily, arrimándose a su madre—. ¿Quién eres?

Ava contuvo la respiración.

—Soy tu abuelo.

Lily sonrió y se encogió despreocupadamente de hombros.

—Vale.

El alivio invadió a Ava como una ola de calor, pero enseguida fue reemplazado por el miedo. Miedo de que Lily conociera a su abuelo y éste la rechazara algún día.

—Mi cumpleaños es dentro de estos meses —dijo Lily mostrando seis dedos en alto.

—Lo sé —dijo su abuelo con una sonrisa.

—¿De verdad? —preguntó ella con una risita.

Pues claro que lo sabía, pensó Ava. La próxima pregunta sería qué le gustaría a Lily como regalo de cumpleaños.

—Tenemos que irnos, papá. Nos están esperando.

—Voy a ir a casa de Jared a ver sus caballos —explicó Lily—. ¿Conoces a Jared?

Ben Thompson se puso en pie con una expresión grave.

—Sí.

Ava se dio la vuelta. Su padre no había cambiado nada. Seguía siendo un maldito xenófobo. ¿Y qué debía hacer ella? ¿Esperar a que volviera a hacerle daño?

—Súbete al coche, Lily —dijo, abriendo la puerta trasera.

Lily esperó un momento y se encogió de hombros.

—Adiós, abuelo.

—Adiós, Lily. —Ben le sonrió a la niña y luego rodeó el coche siguiendo a Ava—. ¿Podríais pasaros alguna vez por casa?

—No tenemos mucho tiempo —respondió ella sin mirarlo.

—¿Qué tal una cena rápida? Tú, Rita y Lily.

Ava tragó saliva con dificultad. ¿Por qué hacía eso su padre? ¿Por qué se comportaba ahora con amabilidad? ¿Qué quería?

—¿El jueves? —insistió él. Ella lo miró a los ojos y él pareció esperanzado—. ¿A las seis?

Ava miró a Lily, quien sonreía desde el coche. También ella parecía esperanzada. Sin un hombre en sus vidas a la niña le

encantaría tener un padre y abuelo… Pero Ava no podía permitir que el dulce rostro de su hija se tornara triste y lloroso cuando su abuelo acabara por rechazarla. No, jamás permitiría que su hija sufriera.

—Lo siento —dijo tranquila pero firmemente mientras se montaba en el coche—. Creo que no.

Arrancó y se alejó, dejando a su padre en la acera. El corazón le latía dolorosamente. Lily no dijo nada, se limitó a mirar por la ventanilla, lo cual fue de agradecer.

* * *

Minutos más tarde, estaba en la carretera en dirección a casa de Jared y preguntándose por qué se sentía tan culpable.

«*Porque sigues manteniendo los secretos y las heridas del pasado*», se recriminó.

Apenas veía la carretera, apenas oía la música *country* que emitía la radio. La vuelta a casa era como enfrentarse a todos los temores de su vida. Y ahora la aguardaba el peor de todos: encontrarse con Jared en su casa.

Sonrió mientras su mente volaba al pasado. Mucho tiempo atrás, en su pequeño dormitorio, se había sentado junto a la ventana y lo había visto. Jared estaba apoyado en la puerta del granero, a la luz de un farol, repasando unos informes y redactando las cartas a los clientes. Parecía tan seguro de sí mismo, tan serio y paciente cuando la situación lo requería…

En aquellos momentos, lo había imaginado volviendo a casa, a la casa de ambos y saludándola con un beso. Y no habría sido un casto beso en los labios. Nada de eso. Ni siquiera tras veinte años casados. Habrían sido diez minutos de besos apasionados en la puerta, ella de espaldas a la pared y él presionándole la rodilla entre sus temblorosos muslos.

Una brisa apacible se coló por la ventanilla, acariciándole el rostro. Disminuyó la velocidad y giró a la derecha en el desvío de Wes Lamb.

A pesar de sí misma y de los baches del camino, regresó a sus fantasías infantiles del señor y la señora Redwolf. Tras la exhaustiva

sesión de besos en la puerta, ella lo tomaría de la mano y lo llevaría al comedor. Él se comería dos raciones de la cena que ella tendría preparada. Le diría lo deliciosa que estaba la comida y con un guiño malicioso, añadiría que ella estaba aún más deliciosa. Luego, irían al dormitorio, sin poder estar un minuto más separados y se dedicarían a preparar la gran familia que ambos deseaban.

Miró por el espejo retrovisor a su hija y sonrió tristemente. Hermanos y hermanas para Lily…

—Mira, mami.

Ava detuvo el coche enfrente de un camino de entrada. Era un camino larguísimo, con dos enormes puertas de hierro. Una estaba abierta, mientras que la otra permanecía cerrada, con una R de bronce estampada en el centro. R por Redwolf, claro. Ava sintió cómo las palmas se le humedecían contra el volante. Era sólo el calor, se aseguró a sí misma.

Había oído que Jared había tenido éxito en sus negocios y que ahora tenía una gran mansión con muchas hectáreas de terreno. Pero por lo que veía allí, los rumores se habían quedado cortos. Jared había tenido algo más que éxito.

—¡Mira, caballos! —gritó Lily, señalando tres caballos castaños que pastaban en la distancia.

—Son preciosos, ¿verdad? —dijo Ava—. ¿Cuál te gustaría montar?

—Todos —respondió Lily riendo—. Como en el circo.

Siguieron charlando mientras Ava conducía lentamente por el largo camino de grava. Pero las dos se quedaron boquiabiertas cuando llegaron a la casa más bonita que habían visto jamás.

Protegida entre dos imponentes robles, se levantaba una inmensa mansión de tres plantas. Estaba construida con madera blanca y techo de pizarra, las flores rojas y púrpuras llenaban los maceteros y parterres, mientras que los alféizares de las ventanas estaban decorados con flores ambarinas. Pero la verdadera gloria de la casa era su inmenso porche. En él se veía un columpio de dos plazas y en sus postes había grabados signos y símbolos que Ava reconoció como cheyennes, pero no tenía ni idea de lo que representaban.

Al salir del coche, vio que los escalones del porche estaban adornados con aquellas cestas indias que tanto le gustaban, cada

una de ellas rellenas de hierbas y fresas. Y entonces vio a la mujer que hacía esas preciosas cestas bajando los escalones.

—Haahe —las saludó en cheyenne mientras se acercaba a ellas con la gracia de una gacela—. Es maravilloso volver a verte.

—Hola, Muña —las lágrimas le inundaron los ojos cuando la vieja mujer la estrechó con fuerza entre sus brazos.

—¡Jared! —exclamó Lily, cerrando con un portazo. Corrió hacia él y se abrazó a sus piernas—. He traído zanahorias —dijo con gran entusiasmo.

Ava levantó la vista y lo vio, el señor de la casa, increíblemente atractivo, de pie en la puerta principal. Y entonces lo vio hacer algo que le atenazó el corazón: agacharse y tomar a Lily en brazos.

Con sus vaqueros desgastados, su camiseta blanca y sus botas viejas, iba vestido como un típico vaquero de Texas, aunque era de todo menos eso. Era alto, musculoso e irradiaba autoridad. Tenía el pelo negro echado hacia atrás, dejando ver su rostro fuerte y bronceado donde brillaban sus penetrantes ojos.

Ava ahogó un suspiro mientras se acercaba a él.

Jared contempló a Lily con los caballos y se maravillo de lo valiente y vital que era la niña.

—Tiene un don natural, Ava.

—Gracias por permitirle venir hoy —dijo ella con una sonrisa.

—Me alegra tenerla aquí.

Los dos estaban en la puerta del granero, viendo cómo Muña le enseñaba a Lily a acariciar a la yegua appaloosa. El animal estaba atado a una argolla en el centro del granero y parecía muy tranquilo. Al principio Jared había estado un poco inquieto al dejar que la pequeña se acercara tanto. Tayka había estado un poco asustadiza últimamente, sin querer que se acercaran a ella. Pero en cuanto Lily le ofreció una zanahoria y le acarició el hocico, la yegua pareció caer bajo el hechizo de la niña.

—Mira a Tayka —le susurró Jared a Ava—. Qué tranquila está. Nunca la he visto así con nadie.

—A Lily le encantan los animales. Estaría con ellos a todas horas, si pudiera.

¿Por qué no lo miraba?, se preguntó Jared, fijándose en su rígida postura.

—Tiene un don, Ava. Es una lástima que viváis en una gran

ciudad. Lily debería rodearse de animales más a menudo.

—Me encantaría poder darle eso —dijo ella, contemplando a su hija.

—¿Pero? —preguntó él con curiosidad.

Ella se giró y lo miró a los ojos.

—Nueva York es nuestro hogar.

—¿Y quieres que esté cerca de su padre?

La tensión cayó entre ellos como una cortina de terciopelo. Ava se mordió el labio.

—Algo así.

Jared se dio la vuelta y se apoyó de espaldas contra la puerta del granero. Sabía que estaba hablando demasiado. Por mucho que le gustara Lily, era la hija de una mujer a la que no iba a volver a ver. Ni los niños ni Ava estaban en su futuro. Por supuesto, siempre había querido tener tres o cuatro, pero para eso tenía que casarse y el matrimonio tampoco entraba en sus planes. Los hijos merecían unos padres que los quisieran y que se amaran mutuamente.

Apretó los puños. Si alguna vez tenía hijos, se aseguraría de ser un buen padre. No como el suyo propio, que había abandonado a su madre en cuanto se enteró de que estaba embarazada.

Pero no quería empezar nada que durase más de un mes, por lo que formar una familia era algo muy improbable. Y prefería eso. Le gustaba permanecer soltero.

Muña se levantó de su taburete.

—Creo que es hora de que nuestras invitadas coman algo, Jared.

—No, gracias, Muña —dijo Ava rápidamente—. Lil, deberíamos irnos ya. Pararemos a comer algo por el camino.

Jared le puso una mano en el brazo y sintió cómo se estremecía.

—¿Te gustan las salchichas con queso, Lily?

—Son mis favoritas —respondió la niña, asintiendo con entusiasmo.

Jared se volvió hacia Ava, intentando no notar lo suave que era su piel… e intentando no recordar qué otras partes de su cuerpo eran igual de suaves.

—¿Por qué no vamos a la casa y preparamos unos *sandwiches*?

Ava le lanzó una mirada inquieta y apartó el brazo.

—Id vosotros dos —dijo Muña—. Yo me quedaré con Lily.

—¿Estás segura, Muña? —preguntó Ava, no muy convencida.

Jared la miró duramente, sabiendo que tenía miedo de quedarse a solas con él y preguntándose qué estaría pensando. Cuánto habían cambiado las cosas desde que se susurraban palabras de amor en la oscuridad…

—Completamente —le respondió Muña a Ava—. Nos estamos divirtiendo mucho, ¿verdad, Estrellita? —le preguntó con un guiño a Lily.

La pequeña esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—De acuerdo —aceptó Ava—. Tened cuidado. Enseguida volvemos.

¿Estrellita? Jared se extraño. ¿Por qué su abuela utilizaría un calificativo tan cariñoso y familiar con Lily?

—Tu casa es preciosa, Jared —dijo Ava mientras él le sostenía la puerta.

—Gracias, me siento muy orgulloso de ella —respondió él.

—Y con razón —lo miró al pasar junto a él—. Sobre todo por haberla construido.

Jared sonrió, inexplicablemente complacido por el halago.

—La cocina es por aquí —dijo. ¿Por qué tenía que ser tan guapa? ¿Tan tentadora con su pelo rubio y rizado recogido en lo alto de la cabeza, mostrando su largo y esbelto cuello? No podía evitar mirarla.

Era extraño, pero nunca había permitido que ninguna mujer, salvo Muña, traspasara el vestíbulo de su casa. ¿Por qué tenía que romper esa regla justo ahora, con aquella mujer precisamente?

Vio cómo se detenía para admirar la mesa que su abuelo había tallado muchos años atrás. Pasó una mano por la superficie lisa, deteniéndola en el arañazo que Jared había hecho por accidente cuando tenía seis años.

No quería que estuviera en su casa, viendo sus cosas, pero al mismo tiempo sentía la necesidad de explicarle el desperfecto de la mesa.

—Usaba esta mesa como cuartel general cuando era niño. Camiones, soldados, tanques, rocas afiladas… Me encantaba jugar al ejército. Me sorprende que sólo le hiciera un pequeño rasguño.

Ava vio cómo su expresión se tornaba infantil mientras le describía la escena. Nunca había creído que echaría tanto de menos estar con él, pero así era.

—Recuerdo que me lo contaste —le dijo suavemente—. Te gustaba apalear a los soldados y raptar a las mujeres indefensas, ¿verdad?

—Nunca he conocido a una mujer indefensa.

—Yo lo fui.

—Sí, claro —dijo él haciendo girar los ojos.

Ava se rió y se acercó para darle un puñetazo amistoso en el brazo, pero él se movió rápidamente y la agarró por la muñeca.

—¿Vas a comportarte? —le preguntó, tirando de ella hacia él.

Ava lo miró fijamente a sus penetrantes ojos oscuros y sintió que le costaba respirar.

—¿Y tú? —consiguió preguntar.

—No lo sé —la acercó aún más—. ¿Quieres que me comporte?

A Ava la invadieron los recuerdos. Aquella noche de verano cuando estuvieron nadando en el lago, desnudos, sus cuerpos presionados, sus piernas entrelazadas, sus labios desesperados por…

Tal vez Jared le leyó el pensamiento, porque antes de que ella pudiera responder, la apartó.

—Sí, la verdad es que estropeé bastante esta mesa —dijo en tono calmado—. Pero todos los críos hacen estupideces, ¿verdad? Apuesto a que tu padre tiene una o dos historias sobre Rita y tú.

Ella sonrió incómoda, intentando ignorar el calor que la recorría por dentro.

—Más bien cinco o seis —dijo, bajando la mirada—. Tendría que haberle pedido que me contara unas cuantas cuando lo vi hoy. Así no habrías sido tú el único en compartir las manías del pasado.

Jared respiró hondo.

—¿Cómo está? He oído que su rancho está en apuros.

Rita había mencionado algo así, pero Ava no había querido oír los detalles. Aquel lugar albergaba demasiados recuerdos, tanto buenos como malos.

—No sé lo que pasa con el rancho ni lo que va a hacer mi padre. Desde que me fui de Paradise no había vuelto a verlo hasta hoy.

Jared la miró sorprendido.

—¿No has hablado con tu padre en cuatro años?

—No —confesó ella apartando la mirada—. Será mejor que vayamos por esos *sandwiches*. Lily se enfada si tiene el estómago vacío mucho tiempo.

Jared deseaba obtener respuestas, pero decidió no presionarla. Además, los sentimientos de Ava hacia su padre no deberían ser asunto suyo. Pero mientras la conducía a la cocina, las preguntas seguían asaltándolo. ¿Por qué no había hablado con su padre en todo ese tiempo? Ella no podía saber lo que Ben les había hecho a él y a su abuela después de su marcha. De ningún modo Ben se lo hubiera contado.

¿Y por qué estaba tan nerviosa? ¿Tanto la había cambiado Nueva York? ¿O sería su marido?

Demonios, quería saber todo lo que le había pasado, empezando por la última noche que la había visto. Pero cuando la vio en medio de la cocina, se olvidó de su curiosidad. Ava miraba a su alrededor, con las manos en las caderas, la espalda arqueada y los pechos sobresaliendo y lo único que Jared se preguntó entonces, fue qué pasaría si la besara como estaba deseando.

—¿Qué puedo hacer? —le preguntó ella.

Buena pregunta, pensó él. ¿Cuántas veces se había imaginado a ambos en aquella cocina, tendidos sobre el frío suelo de baldosas rojas?

—Las salchichas están en la nevera —dijo, obligándose a hablar en tono impasible—. Yo sacaré el pan.

—Nunca había visto una cocina como ésta —se acercó al gran frigorífico—. Chimenea, cómodas sillas y una enorme mesa. Es impresionante y muy… hogareña.

—No es lo que esperabas, ¿eh?

—Desde luego que no.

Jared decidió valerse de lo único que podía sofocar el deseo que sentía por ella: el cinismo.

—¿Sorprendida de que el mestizo ya no siga viviendo en el granero de tu padre?

Ella cerró la nevera y se volvió hacia él.

—¿Por qué dices eso? Te hago un cumplido y tú me lo escupes a la cara. ¿Es sólo por el enfado? ¿Intentas malinterpretarme?

Él arrojó la bolsa de pan sobre el mostrador.

—Creo que empecé a malinterpretarte hace mucho tiempo. El día que te fuiste sin decir una palabra.

—De modo que sí es por el enfado —empezó a manosear el nudo de la bolsa de pan, sin abrirla—. Sabías dónde estaba, Jared y

no viniste en mi busca.

—Yo no voy detrás de las mujeres que no quieren ser perseguidas.

—Ni yo les suplico a los hombres que me sigan.

—Un simple adiós habría bastado —dijo él abriendo el envoltorio de las salchichas.

—Me sorprende que me echaras de menos.

Nunca sabría hasta qué punto, pensó él.

—No te preocupes por eso, cariño. Lo superé muy pronto. El modo más efectivo para olvidar a una mujer es buscarse a otra.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos, como si la hubiera abofeteado.

—¿Por eso no me respondiste a mi llamada aquella noche? ¿Porque estabas con otra?

Jared no había respondido a esa llamada, un año después de que ella se marchara, porque sabía que eso lo habría matado.

—Si prefieres decirlo así… —dijo, con una sonrisa forzada.

Ava se ruborizó.

—Tengo que irme.

—¡No vas a escapar otra vez, maldita sea!

—Estupendo —gritó ella—. ¿Por qué no dices de una vez lo que tienes que decir?

Jared se sintió invadido por la ira mientras cruzaba la cocina en cuatro zancadas.

—Quiero saber toda la verdad —declaró, deteniéndose delante de ella.

—No puedo contártelo todo, Jared. Y lo que puedo decirte no creo que te satisfaga.

—No estoy buscando satisfacción —replicó él entre dientes. Ella era la única mujer que le había dado verdadera satisfacción. ¿Por qué demonios tenía que ser la única que lo enfureciera tanto?—. Quiero saber por qué no acudiste a mí y por qué ni siquiera me dijiste que te marchabas.

Ella negó con la cabeza.

—Lo siento. No puedo.

—Eso no es una respuesta.

Estaban tan cerca que Jared podía ver los puntos dorados en sus ojos verdes y oler el perfume floral que usaba desde el instituto.

Maldijo en silencio. ¿Por qué quería zarandearla y besarla al mismo tiempo?

—Tuve… tuve que irme, Jared. Mi padre no me dejó elección.

—¿Vas a culpar a tu padre?

—No. Me culpo a mí misma, pero intento explicarte las circunstancias.

Jared se pasó una mano por el pelo.

—¿Qué circunstancias? Creía que había algo entre nosotros.

—Y lo había —dijo ella poniéndole una mano en el brazo.

—Pero hubo algo más con ese tipo de Nueva York.

—No —dejó caer la mano.

—¡Maldita sea, Ava! ¿Qué pasó entonces? ¿Qué era tan importante para que te marchases así?

—Tenía que irme… tenía miedo de…

—¿Mami? —llamó Lily desde la otra habitación.

Ava lo miró con la respiración contenida.

—Jared…

—Esto está lejos de acabar —murmuró él.

—¿Mami?

—Estoy aquí, Lil.

La pequeña apareció en la puerta, con Muña a su lado.

—Quiere enseñaros algo ahí fuera —les explicó la anciana, mirándolos a ambos.

—Jared tiene un *pony* —exclamó Lily—. Lo he paseado por el… por el… —Miró a Muña.

—El corral, Estrellita.

—Es fantástico, Lil —dijo Ava sonriéndole.

—Vas camino de convertirte en una experta amazona —dijo Jared con voz suave.

—¿De verdad? —preguntó la niña, sorprendida.

Él asintió y Ava fue hacia ella y la tomó de la mano.

—Tenemos que irnos, cariño. Tengo una cita con la señora Benton dentro de media hora. Te compraré algo para cenar.

—No tengo hambre. He comido zanahorias y Muña me ha dado pan con maíz —le dio a Muña un fuerte abrazo y luego corrió hacia Jared. Él la abrazó, sintiéndose triste por su marcha.

—¿Te lo has pasado bien hoy?

Lily se apartó y asintió vigorosamente con una sonrisa.

Después de que todos se hubieran despedido, Jared las acompañó al coche y se quedó mirando cómo se alejaban por el camino, levantando una nube de polvo.

Tal vez lo mejor fuera dejar las cosas como estaban, pensó mientras el coche desaparecía de su vista. Ava nunca le diría lo que más necesitaba oír… que no lo había amado y que nunca hubo nada entre ellos.

—Se ha convertido en una mujer muy hermosa —dijo Muña, acercándose a él.

—Sí.

—Su hija es muy parecida a ella.

Él asintió.

—Pero tiene los ojos de su padre.

Sorprendido, se giró y miró a su abuela. ¿Cómo demonios sabía ella que…?

—La verdad se esconde en el corazón, pero se ve en los ojos —dijo Muña, tocándole suavemente el rostro—. ¿No ves lo que tienes delante?

—¿De qué estás hablando?

—Lily es tu hija, Jared.

Capítulo 4

Ava levantó el rostro hacía el chorro de agua fría y suspiró. Era inútil. Seguía sudando.

Eran casi las diez de la noche y hacía un calor insoportable. El aire acondicionado de Rita funcionaba a medias, pero no era la única causa por la que Ava sentía tanto calor. Sabía que además estaba sufriendo las secuelas de la compañía de Jared… y de haber estado en sus brazos.

Dentro del plato de ducha, una tenue bruma la rodeaba mientras las gotas de agua le salpicaban e rostro y el cuello, como si fuera una flor en una tormenta de verano.

Y maldita fuera si no estaba a punto de marchitarse.

¿Cómo podían pasar tantas cosas en un día?, se preguntó mientras echaba la cabeza hacia delante para que el agua le cayera en la nuca. Había visto a su padre, quien había conocido a Lily y las había invitado a casa con una expresión de ternura en su fatigado rostro. Y había tratado a su nieta con respeto. Era sorprendente. Rita le había dicho que su padre había cambiado, pero ¿hasta qué punto? ¿Y ella podía creerlo?

De una cosa estaba segura: implicar a Lily y a ella misma en una nueva relación con Ben Thompson sería muy arriesgado.

Se dio una bofetada en la húmeda mejilla. Sólo quería que desapareciera el dolor de su corazón. El dolor que había recibido de su padre, el dolor que le había traspasado a Jared.

Jared…

Su guerrero cheyenne. El hombre a quien le había entregado su

amor y virginidad tantos meses atrás. En el rancho había estado sereno y tranquilo, pero ella percibía su tensión interior.

Aunque, para ser sincera, tampoco ella había estado muy tranquila. Sobre todo cuando estuvo a punto de besarla. Se maldijo a sí misma por su debilidad. ¡Había deseado que la besara! Se había derretido contra él, había querido saborear sus labios de nuevo… Pero Jared la había soltado rápidamente, quizá al recordar por qué estaba ella allí y había empezado a bombardearla con preguntas y a exigir respuestas.

Se dio la vuelta para empaparse la espalda. A la mañana siguiente volvería al rancho de Jared y le contaría la verdad de una vez por todas.

El miedo la invadió al pensar en eso, pero no la echó para atrás en su decisión. Se enfrentaría a él y soportaría las consecuencias.

Respiró hondo, cerró el grifo y salió de la ducha. Se sintió frustrada al no recibir un soplo de aire fresco por la ventana abierta, pero no se sorprendió. El ambiente estaba cargado de humedad.

Se secó rápidamente el pelo con una toalla y se puso su albornoz azul.

Cama, sueño… Qué palabras tan deliciosas, pensó mientras se dirigía en silencio a su habitación con cuidado de no despertar a Lily. Aunque semejante hazaña sería imposible, después del día tan fabuloso y agotador que había tenido su hija.

Al abrir la puerta del dormitorio, oyó un clic y una luz cálida y amarilla la cegó momentáneamente y llenó la pequeña estancia. Ahogó un grito cuando una brisa repentina entró por la ventana. Con el corazón desbocado, pasó la mirada por la habitación. Jared Redwolf estaba sentado en el sillón que había junto a la cama, con los brazos cruzados al pecho y el ceño fruncido.

—Se acabaron las huidas, Ava.

La voz de Jared era fría como el hielo y sus ojos, penetrantes y peligrosos. A Ava se le cortó la respiración. Quería escapar, pero no podía moverse.

—¿Qué… qué haces aquí? —balbuceó, mirando por encima del hombro antes de cerrar la puerta tras ella.

Él la miró con ojos entornados, como escrutándola.

—Muña mencionó algo interesante sobre mí después de que te marcharas.

—¿Ah, sí? —preguntó ella con voz débil.

—Algo sobre mí… y Lily.

A Ava le dio un vuelco el estómago.

—Lily…

—¿Puedes imaginarte de qué se trata?

Ava se mordió el labio. Sí, podía imaginárselo. Era muy fácil. Muña… «*La que ve*». ¿Era posible que la anciana hubiera visto demasiado?

—¿Puedes imaginártelo, Ava? —repitió él, esa vez con voz más ronca.

—¿Se trata de vuestra pasión compartida por los caballos? —preguntó con una risita estúpida.

—No —soltó un bufido—. Es algo más personal. Algo que me ha traído hasta aquí. Algo que me ha hecho escalar ese árbol seco y entrar por tu ventana.

Lo sabía. O al menos lo sospechaba.

—Podemos hablar de esto mañana —sugirió ella—. Iré a tu casa.

Jared no se movió ni apartó la mirada de ella. Las manos de Ava empezaron a temblar y las metió en los bolsillos del albornoz.

—Es tarde. Rita está en el piso de abajo y Lily a unos metros de aquí.

—Muña dijo que Lily se parecía a su padre —dijo él en tono amenazador.

Ava sintió que el color abandonaba sus mejillas. No estaba preparada para eso. La expresión de Jared, el tono de culpa en su propia voz, la absurda esperanza de que él la perdonara y quisiera aceptarla otra vez en su vida…

—Tiene los ojos de su padre, eso fue lo que dijo —continuó Jared, echando fuego por los ojos—. ¿A ti qué te parece?

—Jared yo…

—¿Lily es mi hija?

Ava ahogó un gemido y retrocedió inconscientemente un paso.

—Ayúdame, Ava. Si intentas evitar esto…

—No lo haré —cerró los ojos y negó con la cabeza. Su pelo húmedo le golpeó el rostro—. No es así como quería decírtelo.

—A mí me parece que no pensabas decírmelo de ninguna manera —su voz era cada vez más dura—. Dilo, Ava.

Ella se protegió con el albornoz.

—Sí —su voz apenas fue un susurro—. Es tu hija, Jared.

Él soltó una maldición. Y otra. Luego, se levantó y se acercó a la ventana.

—Lily…

El silencio y la tensión invadieron la estancia.

Jared miraba al vacío por la ventana y Ava lo miraba a él, con el corazón encogido de dolor.

—Esa pequeña —la voz de Jared se quebró por la emoción—, esa dulce y encantadora niña con pelo color cobre y ojos grises… ¿es mía?

—Sí —respondió Ava con los ojos llenos de lágrimas.

Jared se volvió y la miró. Su expresión era una máscara de furia.

—¿Tienes idea de lo que has hecho?

Ava se puso rígida. La ira empezaba a hacer mella en su interior.

—Sólo intentaba protegerla…

—¿Protegerla de quién?

—No me mires así, Jared.

—¿Protegerla del mestizo mugriento y pobre, demasiado indigno para cuidaros a las dos y para trabajar en el rancho de tu padre?

—¡No! —negó ella con vehemencia.

—No acudiste a mí ni me dijiste que estabas embarazada porque pensabas que no podría manteneros a Lily y a ti —espetó, lleno de rencor.

Ava lo miró fijamente, intentando encontrar las palabras adecuadas. Pero no se le ocurría nada, sólo la verdad. Sin embargo, decirle la verdad a Jared, decirle que su padre estaba dispuesto a echarlo a él y a su abuela del rancho, sólo serviría para reafirmar su convicción de que ella no lo creía capaz de mantenerla. Se le hizo un doloroso nudo en el estómago. Ella no quería que la odiara… que odiara a la madre de su hija.

—¿Qué pasa con él? —preguntó Jared.

—¿Quién?

—Tu marido, Ava —cruzó la habitación y se detuvo a escasos centímetros de ella—. ¿Lo sabe?

¿Que si lo sabía? Ava estuvo a punto de soltar una carcajada histérica. No había ningún marido. No había habido otro hombre en su vida. Sólo Jared. Pero no podía decirle eso. Para Jared, la razón de su marcha había sido otro hombre.

Cerró los ojos un momento. Necesitaba orientarse de nuevo. Ella y Jared habían acabado y la amenaza de su padre era agua pasada. ¿Qué diferencia habría en decirle que no había ningún marido? Lo más importante era Lily. Su pequeña merecía un padre y Ava estaba dispuesta a hacer lo que fuera para conseguirlo.

Cuando volvió a abrir los ojos, Jared seguía mirándola, esperando una respuesta.

—Mi marido lo sabe —dijo, sintiéndose más avergonzada con cada palabra.

—¿Así que sólo me has mentido a mí? —masculló él.

—Jared, lo siento mucho. Era joven y estaba asustada. No pensé que…

—Pues claro que no pensaste —se pasó una mano por la cara. La ira de sus ojos fue reemplazada por la tristeza—. No tuviste fe en mí, Ava. No te imaginabas que algún día conseguiría triunfar, que si te quedabas conmigo el tiempo necesario, acabarías teniendo todo lo que desearas —entrecerró los ojos y la miró con recelo—. Pero ahora lo ves, ¿verdad? ¿De verdad has vuelto por la boda de tu hermana?

Ava se quedó helada.

—¿Qué quieres decir?

—Ya no soy un pobre trabajador, cariño —dijo con sarcasmo.

—Jared, estás diciendo tonte…

—¿Sabes lo que has hecho, Ava? Me has convertido en mi padre. Con todo lo que he hecho en mi vida para diferenciarme de él, has conseguido que sea como aquel despreciable donante de semen que no quiso saber nada de su hijo.

Aquella acusación golpeó como un puño a Ava. Conocía la historia de Jared, su promesa de llevar una vida distinta al dolor que su padre les había causado a él y a su madre al abandonarlos.

—¿Por qué no me lo dijiste, Ava? —Sus ojos parecieron suavizarse por un momento.

—Lo intenté.

—Una vez. Lo intentaste una vez.

La culpa la traspasó. Jared tenía razón. Lo había intentado una sola vez. Y cuando él la rechazó, desistió por completo. Decidió entonces olvidar Paradise, a su padre y el amor del hombre al que nunca podría tener.

—Lo siento mucho. Quería decírtelo. Lo juro.

Intentó apelar a su lado sensible, pero él ya se había protegido tras el resentimiento.

—¿Lo juras? Qué gracioso. ¿Crees que voy a creer algo de lo que me digas ahora?

—Jared, los dos necesitamos…

—No hables por los dos. Eso se acabó —pasó a su lado y se dirigió hacia la puerta. El sonido de sus pisadas en el suelo de madera le trajo a Ava recuerdos del pasado, cuando iba hacia ella. Ahora, esos sonidos le decían que se alejaba—. Escúchame bien, cariño —le dijo fríamente—. No voy a dejar que me apartes de mi hija nunca más.

Ava sintió una punzada en el pecho. Se giró y lo vio salir por la puerta, cerrándola cuidadosamente a su paso. A pesar de su ira, Jared no olvidaba que su hija estaba durmiendo en la habitación de al lado. Habría sido un padre maravilloso, pero ella nunca le había dado la oportunidad. El miedo la había dominado y ahora tendría que vivir con eso el resto de su vida.

¿Tenía razón Jared?, se preguntó mientras se dejaba caer sobre las frías sábanas de la cama. ¿Había acatado ella las órdenes de su padre porque no había creído que Jared fuese capaz de mantener una familia?

No, no, no. Ella sólo intentaba proteger a su hija. Lágrimas de furia y frustración afluyeron a sus ojos. Su hermana nunca había entendido por qué se marchó de Paradise y ahora era obvio que Jared tampoco.

Se le encogió el corazón al pensar en las últimas palabras que le había dicho y en el tono vengativo de su voz. ¿Qué había querido decir con apartar a su hija de él? No estaría pensando en llevarse a Lily, ¿verdad?

Una lágrima ardiente le resbaló por la mejilla mientras se abrazaba a la almohada. Sólo se había permitido llorar una vez en los últimos cuatro años.

* * *

A lomos de su appaloosa favorito, Jared cabalgaba por la llanura

raudo como el viento. Se detuvo en una colina que dominaba el rancho de Ben Thompson, que estaba en estado ruinoso. Era tarde, casi las dos de la mañana y Jared no podía dormir. La conversación con Ava aún bullía en su cabeza, atosigándolo bajo el cielo abierto.

Tenía una hija. Una preciosa y encantadora hija a la que no había visto hasta el día anterior. Era un descubrimiento maravilloso, pero el resentimiento hacia su madre empañaba la alegría.

¿Cómo había podido Ava mantener un secreto así? ¿Cómo? ¿Por proteger a Lily, como alegaba? Eso era absurdo.

Al día siguiente, llamaría a un detective privado amigo suyo. No quería que Ava volviese a huir, llevándose a Lily con ella.

Y luego estaba su ex marido. Había que averiguar dónde estaba ese hombre y si había reconocido a Lily.

Mientras tanto, se cuidaría mucho de no presionar a Ava, pensó mientras contemplaba el lamentable rancho de Ben. No podía arriesgarse a asustarla y que se esfumara.

Bajo el cielo estrellado y la luna llena, miró el tejado del cobertizo donde tanto tiempo había pasado preparándose para su futuro. El lugar donde había conocido a Ava, donde le había hecho el amor… en donde se había refugiado cuando Ben lo echó de su propiedad.

Su caballo resopló, como si hubiera sentido lo que estaba pensando. Era obvio que Ben había sabido que su hija estaba embarazada de un mestizo y por eso no soportaba tener a Jared en su rancho. Tenía sentido.

Y ahora su rancho se caía a pedazos, pensó con una sonrisa. Bueno, desde hacía tiempo había querido vengarse de Ben Thompson, ¿no? Aunque ese deseo nunca había acarreado una sensación tan amarga como la que ahora experimentaba.

Sí, pensó mientras hacía girar al caballo y lo azuzaba para volver a casa, ver la destrucción de aquel hombre, de aquel lugar y de todos sus recuerdos saciaría su sed de venganza de una vez para siempre.

* * *

El sol de la tarde perseguía a Lily mientras ésta saltaba por la orilla. Vio una piedra particularmente brillante, la agarró y la lanzó al agua tan lejos como pudo. Entonces se giró y les sonrió a su madre y a Rita.

Las dos hermanas estaban sentadas en la colina cubierta de hierba. Rita saludaba con la mano y Ava sonreía con orgullo por haber criado sola a una hija tan maravillosa.

Su hija y de Jared.

Presionó sus piernas desnudas contra el pecho y apoyó el mentón en las rodillas. La noche anterior aún latía en su cabeza. El sentimiento de culpa por su cobardía y el miedo por lo que Jared pudiera estar planeando la habían acosado en la cama, pero ahora se sentía mucho más fuerte y protectora. Naturalmente, quería que Lily se relacionara con Jared, pero no iba a dejar que nadie la apartase de su lado. Ni siquiera su padre.

A su lado, Rita se echó a reír al ver cómo Lily perseguía una rana. Starring Lake era un lugar mágico, pensó. Casi la hacía olvidarse de sus problemas. Escondido entre las rocas y los arbustos y completamente desierto, el lago era de difícil acceso para los excursionistas, pero merecía la pena.

Era un paraíso dentro de Paradise. Un perfecto círculo azul rodeado por laderas salpicadas de flores. Era imposible acceder con barcas, de modo que el agua estaba limpia y llena de peces. Lo habían descubierto años atrás y desde entonces había sido su refugio, un oasis de paz y seguridad donde nadie podía encontrarlas.

* * *

-Han pasado tres horas, hermana —dijo Rita, sacando a Ava de sus pensamientos—. No creo que venga.

Ava asintió. Después del desayuno había llamado a Jared con la intención de encontrarse con él y discutir una solución. Pero nadie había respondido al teléfono.

—Tal vez no haya oído el mensaje del contestador —sugirió Rita.

—O tal vez sí —replicó Ava.

Rita tomó un sorbo de refresco de naranja.

—Podrías ir a verlo en persona.

—Lo pensé, pero no quiero presentarme sin avisar. Creía que éste sería el lugar perfecto. Tranquilo, sin gente… y él podría ver a Lily.

—Está enfadado, Ava.

—Lo sé y no lo culpo —se mordió el labio, pensativa—. Pero tengo miedo de lo que pueda hacer.

—Es un buen hombre. Necesita tiempo para asimilarlo. Convertirse en padre de la noche a la mañana es algo muy serio.

—Lo sé.

Empezó a recoger los restos del picnic. Se habían zampado toda la comida y habían jugado a una docena de juegos. Era hora de volver a casa, pero Lily no parecía dispuesta a marcharse, entusiasmada como estaba con la rana. Además quería chapotear en el agua y pescar. No había duda de que Paradise se estaba convirtiendo en un lugar muy querido para ella y Ava se preguntaba cómo iba a conseguir que quisiera regresar a Nueva York.

—Ava, mira —exclamó Rita, señalando la ladera.

Era él. El pulso de Ava se aceleró alarmantemente. Se puso unos *shorts* sobre el bikini y lo vio descender por la colina, vestido con unos vaqueros y una camiseta negra. No llevaba su sombrero Stetson y su cabello caía suelto por los hombros.

Lily corrió hacia él nada más verlo, llena de inocencia y adoración. Jared la aupó en brazos y cerró los ojos mientras la tristeza se dibujaba en su rostro. Al verlos a los dos juntos Ava sintió una punzada de dolor. ¿Cuántas veces había soñado con esa imagen?

Después de un largo minuto, Jared dejó a Lily en el suelo, le dijo algo y señaló a Ava. La pequeña asintió y volvió corriendo a la orilla.

Rita le tocó la mano a su hermana.

—Voy a darme un baño con mi sobrina. ¿Estarás bien?

«*No lo sé*», pensó, pero consiguió asentir con una media sonrisa. Rita se levantó y se dirigió hacia el lago, saludando a Jared de camino.

Jared le devolvió el saludo y llegó a donde estaba Ava.

—Quiero ver a Lily —fue lo único que dijo.

—Y yo quiero que la veas —dijo ella. La ansiedad amenazaba con cortarle la respiración.

—Todos los días.

—De acuerdo.

Jared asintió con la mandíbula rígida.

—Tráela de visita al rancho mañana al mediodía.

No iba a arrebatarle a Lily, pensó Ava con alivio. Sólo quería pasar tiempo con ella.

—Allí estaremos —le dijo alegremente.

Él la miró de reojo. Tenía unos *shorts* negros, dejando al descubierto las piernas, el vientre y la parte superior del bikini, también de color negro, a través de la cual se adivinaban los pezones. Ava sintió que las mejillas le ardían.

Jared se pasó una mano por el pelo y apartó la mirada.

—¿«*Estaremos*» dices? No te fías de dejarla sola conmigo, ¿verdad?

—No es eso —replicó Ava amablemente—. Lily no entenderá por qué va ella sin mí.

—Bueno, entonces contémosle la verdad.

—¡No! —exclamó agarrándolo del brazo. Fue una reacción tan violenta que ella misma se asustó.

—¿Por qué no?

—No quiero preocuparla.

Él la miró con desprecio.

—Lo que no quieres es que se enfade contigo. No quieres que sepa que la has mantenido apartada de su padre.

Al oír tan amarga verdad, estuvo a punto de echarse a llorar.

—Puede ser.

Los ojos de Jared volvieron otra vez a sus pechos. Maldijo y desvió la mirada.

—¿No podrías haberte puesto algo más decente?

—Estamos en el lago, Jared —se defendió ella, secretamente satisfecha de causar ese efecto en él—. Tienes razón, no quiero que mi hija se enfade conmigo, pero estoy intentando no basarme en ese temor.

Él se volvió para mirarla, pero no respondió.

—Jared, creo que primero deberías dejar que ella te conociera. Que se sienta cómoda y segura contigo antes de decírselo —él siguió sin responder—. Aunque tal vez estés demasiado enfadado conmigo para comprenderlo.

—Nunca le haría daño a mi hija —dijo él frunciendo el ceño.

—Lo sé —respondió ella intentando sonreír—. ¿Qué te parece si decidimos cuándo es mejor decírselo?

—¿Juntos?

—Juntos.

Él asintió y empezó a levantase. Sin poder detenerse, Ava le tiró del brazo.

—Me alegra que sepas la verdad, Jared —dijo sin pensar—. Muchas veces he querido…

—Vamos a dejar clara una cosa —la cortó él—. No voy a perdonarte por lo que has hecho. Mi único interés es Lily —se levantó y se alejó ladera abajo hacia la pequeña que jugaba en la orilla. Lily se lanzó a sus brazos y él la levantó en el aire, haciéndola reír.

El corazón de Ava se debatió entre la desesperación y la felicidad. Pero aquel día iba a concentrarse en la segunda emoción. Porque aquel día, su hija tenía un padre.

Capítulo 5

Jared apretó el torno en el gancho con más fuerza de la necesaria. ¿Acaso no decían que el trabajo duro y el sudor ayudaban a despejar la mente?

Se quitó el sombrero y se secó la frente. Con treinta grados a la sombra, no había modo de despejarse. Y a eso había que añadir la furia que ardía en su interior cada vez que pensaba en el engaño de Ava.

Agarró un trozo de papel de lija y empezó a frotar el caballo de madera que estaba haciendo para Lily. Quería dejarlo reluciente y que su hija supiera que aquel regalo representaba un comienzo. Demonios, quería que a su hija le encantara.

Como era de esperar, la noche anterior no había podido conciliar el sueño, de modo que se había levantado antes del amanecer y había ido al pequeño taller junto al granero. Las ideas para hacerle un regalo a su hija le rondaban por la cabeza. ¿Un columpio? ¿Una casita de muñecas? ¿Qué le haría más ilusión? Sabía que le encantaban los caballos y que quería aprender a montar.

Y entonces recordó cómo había aprendido a montar él en el caballo de madera que su abuelo había hecho para su madre. Era una de las pocas cosas que habían dejado atrás cuando su madre, Muña y él se trasladaron desde Oklahoma a Texas… cuando a su madre le quedó claro que su marido no iba a mostrar el menor interés por ellos.

El caballo que estaba haciendo ahora no era tan grande ni tan

bonito como aquél, pero no importaba. Lo importante era que Lily tuviera un regalo de él.

—¿Qué te está carcomiendo, Redwolf?

Jared levantó la mirada y vio a Tim Donahue, su robusto capataz, en la puerta del taller. Bajo su mata de pelo rubio canoso lo miraba con curiosidad.

—Nada me está carcomiendo.

—Seguro que sí —dijo Tim, riendo. Entró y pasó una mano por la madera—. ¿Para quién es esto?

Jared dudó. Le había prometido a Ava que no le diría a Lily que era su padre hasta que fuera el momento adecuado. Pero ¿esa promesa se extendía a otras personas? Después de todo, Tim era su amigo y aunque era veinte años mayor que él, se había ganado su total confianza. Sabía lo suyo con Ava y que ella había vuelto a Paradise.

Por otro lado, no quería arriesgarse a que su amigo se fuera de la lengua, por muy digno de confianza que fuera. Su hija no podía descubrir la verdad por nadie más.

—Es para una niña llamada Lily.

—Lily, ¿eh? —Tim sonrió, agarró un martillo y sin que Jared se lo pidiera, empezó a asegurar con tachuelas las correas de cuero—. ¿Cuántos años tiene? ¿Veintidós?

—Tres y medio.

Tim lo miró con perplejidad.

—¿Qué haces saliendo con niñas de tres años?

—Yo no estoy saliendo con nadie.

—¿Ni siquiera con Ava?

Al oír su nombre Jared se sobresaltó y aferró con fuerza el mango del torno.

—Ya te lo he dicho, Donahue. Ava es historia.

—Claro, claro. Y tanto que me lo dijiste —se rascó la barba incipiente—. Así que este caballo de madera es para congraciarte con la madre de la pequeña Lily, sea quien sea. Estupendo, bien por ti.

Jared suspiró de frustración.

—¿Querías algo, Donahue? ¿O sólo has venido a fastidiarme?

Tim se encogió ligeramente de hombros.

—Pensé que tal vez necesitaras ayuda, jefe. Eso es todo.

—Bueno, pues ponte a ayudar entonces.

—Eso hago, ¿no lo ves? —dijo Tim riendo, mostrándole el martillo que tenía en la mano.

—Si sigues haciendo preguntas estúpidas, voy a aplastarte la cabeza con eso.

—¿Tú y cuántos más? —lo retó Tim con una sonrisa.

La risa de Muña llegó hasta ellos.

—Siempre igual. Trabajando codo con codo y peleándose como dos pumas por un ciervo.

Tim se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla.

—¿Ne-tone tomota-he, Muña?

—Estoy bien, gracias —respondió ella con una sonrisa—. Hahoo, Tim.

Jared gruñó.

—No tienes que darle las gracias, Muña. Y no le enseñes más cheyenne.

—¿Por qué no?

—Porque lo usa para cazar mujeres.

—¿Qué hay de malo en eso? —preguntó su abuela.

—Sí, ¿qué hay de malo en eso? —preguntó Tim.

—¿Fingir ser lo que no se es? —replicó Jared. Llevó el caballo al exterior, seguido por Muña y Tim—. Se trata de mentir, así de simple.

—Tienes que alegrarte un poco la vida, jefe —dijo Tim frunciendo el ceño—. Mira, te doy mi palabra de que no usaré la lengua cheyenne para seducir a la madre de la pequeña Lily.

—¿Has conocido a Ava? —se apresuró a preguntarle Muña.

Tim puso los ojos como platos.

—Así que Ava es la madre de Lily, ¿eh? Ya lo entiendo… —le sonrió a Muña—. No, querida Muña, aún no he tenido el placer de conocerla, pero he oído hablar mucho de ella.

Jared le lanzó una furiosa mirada, pero se contuvo. ¿Por qué lo irritaba tanto que Tim bromeara con una mujer que ya no significaba nada para él?

En aquel instante, el coche de Ava cruzó las puertas de hierro. A pesar de su anterior pensamiento, Jared no pudo evitar una sonrisa. Allí estaba Lily, sentada en el asiento trasero, agitando las manos frenéticamente.

—Qué encanto de niña —dijo Tim mirando a Jared.
—Sí.
—Y su madre, Ava. Bonito nombre.
—Es una mujer preciosa —dijo Muña, protegiéndose los ojos del sol.
—¿Ah, sí? —preguntó Tim riendo.
—¿No tendrías que estar en otra parte? —mascullo Jared.
—No.
Jared vio cómo Ava detenía el coche en el camino. Maldición, tenía ganas de verlas a las dos. No sólo a su hija. ¡A las dos!
Bueno, tal vez fuera mejor así. No quería que Lily se enterara de su enfado con Ava. No. Sería cordial con ella e intentaría hacer la situación lo más cómoda posible.
Ava salió del coche con una sonrisa dubitativa y unos vaqueros que deberían estar prohibidos. Jared empezó a sudar otra vez, pero con una clase de sudor muy diferente. La desgastada tela vaquera se amoldaba perfectamente a las piernas y caderas de Ava, mientras que su top blanco revelaba una generosa porción de sus pechos.
Mientras se aproximaba a ellos, Tim dejó escapar un silbido. Jared no tuvo tiempo de darle un codazo, porque Lily se lanzó enseguida a sus brazos y él la levantó. Pesaba menos que una pluma y sus cabellos castaños despedían una fragancia deliciosa.
—Estoy empapado de sudor, Estrellita —dijo, usando el mote de su abuela para Lily.
—No me importa —se apretó fuertemente contra su pecho—. ¿Y Tayka? ¿Ha tenido ya su bebé?
—No, aún no. Te prometí que estarías aquí para verlo, ¿recuerdas?
La niña asintió y entonces vio algo detrás de Jared.
—¿Qué es eso?
—Es un caballo de juguete. Para ti.
—¿Para mí? ¿Por mi cumpleaños?
Jared se quedó helado. No tenía ni idea de que fuera su cumpleaños. El corazón se le encogió al pensar en los otros cumpleaños que se había perdido, pero se esforzó por disimularlo. Lily seguía en sus brazos y él no quería que percibiera su tensión.
—¿Cuándo es tu cumpleaños, cariño? —le preguntó.
—Cumpliré cuatro años en seis meses —dijo ella con orgullo.

—¿Ya eres tan mayor? —dijo él con una sonrisa, aliviado de saber que tenía tiempo de sobra para preparar el gran día.

—Mira, mami —gritó Lily cuando Ava se acercó—. ¡Es un caballo para mí!

—Es precioso, Lil —dijo su madre, sonriendo.

—Ven conmigo, Estrellita —dijo Muña ofreciéndole la mano—. Vamos a verlo.

Lily se soltó de Jared y corrió hacia Muña. Jared vio cómo iba hacia el caballito y se abrazaba a él. Entonces se volvió hacia Ava.

—No lo he visto al llegar —dijo ella—. ¿De dónde lo has sacado?

—Lo he hecho yo.

—Oh, Jared… —Le tocó el brazo, pero enseguida retiró la mano —. Es precioso. Has hecho un trabajo estupendo.

—Gracias —respondió él secamente—. Tuve algo de ayuda.

Ava miró a Tim, que estaba detrás de Jared pisando un hormiguero con la punta de la bota.

—Lamento mis modales. Soy Ava Thompson —le sonrió, con un ligero rubor en las mejillas. Fue una sonrisa tan radiante y arrebatadora que Jared sintió que algo sospechosamente parecido a los celos le hervía por dentro. Miró a Tim y vio que su capataz parecía hechizado.

—Tim Donahue, señorita.

—Mi capataz —añadió Jared.

Ava volvió a esbozar aquella sonrisa letal y le estrechó la mano.

—Encantada de conocerte, Tim.

—Lo mismo digo. He oído hablar mucho de usted y si me permite decirlo, la descripción que hizo Jared se ajusta fielmente a la realidad. Es usted tan hermosa como una puesta de sol en Texas.

Ava se ruborizó todavía más y miró a Jared.

—Será mejor que te vayas, Donahue —gruñó él—. Ahora.

Por suerte, Lily eligió aquel momento para volver corriendo hacia ellos.

—¿Puedo montar el caballo de madera, Jared? Por favor, por favor.

Jared miró a Ava y ambos mantuvieron la mirada. ¿Por qué demonios no podía moverse?, se preguntó él.

—Me aseguraré de que todo esté bien —se ofreció Tim.

—Mamá y yo y Jared vamos a jugar todo el día —le dijo Lily.

—Todo el día, ¿eh? —Miró a Ava por encima del hombro—. Suena divertido.

Jared apretó los labios. No necesitaba que su capataz animara a Ava. Tim sabía todos los problemas que había tenido con ella, ¡y aun así había expresado en voz alta lo que él había dicho de su aspecto! De no ser tan buen trabajador, lo habría despedido en el acto.

—Deberías ir con ellos —le propuso Muña—. Está muy entusiasmada por pasar el día contigo.

Él asintió, vacilante, pero no podía olvidar que era sólo Lily con quien quería estar.

—Bueno, puedes pasear por el rancho o…

—¿Te apetece un té helado, Ava? —le sugirió Muña.

Ava miró a Jared y esbozó una media sonrisa de alivio.

—Parece que estoy bien atendida.

Jared la vio alejarse por el césped, con sus caderas contoneándose al ritmo de la brisa que sacudía los árboles. Sintió un doloroso tirón en la entrepierna y se dio la vuelta. Ava y él volvían a estar separados. Pero esa vez no era por una huida. Era por una elección.

Su elección.

* * *

Ava tomó un sorbo de té helado y le sonrió a Muña.

—Menta y limón… Mi favorito.

—Lo recuerdo —dijo Muña—. No fue hace tanto tiempo.

—A mí me parece una eternidad —respondió ella, sintiendo un tirón en el pecho—. He echado mucho de menos todo esto.

—Ah… ¿a Paradise o a Jared?

Ava sonrió y negó con la cabeza.

—Ambas cosas —confesó—. Aunque puede que una más que otra.

Muña alargó un brazo sobre la mesa de roble y cubrió la pálida mano de Ava con la suya, morena y arrugada.

—Ahora estás aquí y eso es lo que importa.

En aquel momento, mirando a los ojos de aquella sabía y anciana mujer, fue como si el tiempo no hubiera pasado y la sólida conexión entre Muña y ella nunca se hubiera roto. Muña siempre había encarnado el ideal de bienvenida. Y siendo una chica que había perdido a su madre a una edad muy temprana, Ava siempre había encontrado cariño y seguridad en los brazos de aquella mujer. Por eso le había resultado tan duro irse de Paradise sin despedirse de ella y ahora no podía evitar una sensación de culpa.

Tragó saliva para intentar deshacer el nudo que se le había formado en la garganta.

—Muña, quiero decirte cuánto siento haber…

—No, no —la anciana levantó la mano y la agitó en el aire—. Nada de eso ahora. Tomaste el sendero que te pareció correcto… o el menos doloroso. Y quizá lo fuera, quizá no —un soplo de brisa se coló por la ventana abierta, a la izquierda de Muña—. Vive el ahora, el presente, sin arrepentimientos, nahtona.

—¿Nahtona? ¿Qué significa?

—Te lo diré otro día, querida —dijo Muña con una cariñosa sonrisa.

A Muña siempre le había gustado plantar semillas en las personas y dejar que florecieran por sí solas. De modo que Ava asintió y se giró hacia la ventana. Una sonrisa curvó sus labios. Fuera, entre las flores y los árboles, su hija montaba en el caballo de madera, con una mano en el palo y la otra en la improvisada brida. Jared la animaba gritando con su voz ronca y el pelo largo y castaño de Lily volaba al viento y su rostro brillaba de alegría.

De repente a Ava la invadió la tristeza y se volvió hacia Muña.

—Tengo que confesar una cosa.

—Dime —la animó Muña.

—No me siento orgullosa de haber tomado ese sendero.

—Entonces toma otro —dijo la anciana sonriendo—. Es mucho más fácil mirar atrás y ver los errores del pasado que verlos en el mismo momento de cometerlos —le sirvió otro vaso de té—. Tu padre sabe bien esto.

—¿Mi padre? —preguntó ella, sorprendida.

—Él también ha tomado otro sendero.

—Sí —respiró hondo—. Rita me lo dijo. Aunque no sé si podré creérmelo alguna vez.

—¿Por qué luchamos contra el perdón? —Muña formuló la pregunta como si no se lo preguntara a nadie en particular. Miró a Ava y sonrió—. Gracias por traer a Lily para que conociera a su padre. Y a su bisabuela.

—No lo había planeado así… En fin, la boda de Rita fue lo que…

—Es hora de que conozca todas tus verdades.

Ava se estremeció al oír aquello. ¿Sabría Muña que no había estado casada con nadie y cuál había sido la verdadera razón para marcharse de Paradise? Aquellas verdades flotaban en el aire como un enjambre de mosquitos.

—¿Quieres que te lea las cartas? —le preguntó Muña.

El calor de la cocina se volvió asfixiante. No importaba lo interesada que estuviera en saber lo que se avecinaba; Ava no creía que las cartas de Muña pudieran aclararle nada.

—Hoy no, Muña, pero gracias.

La anciana se limitó a asentir, con una expresión ausente en sus ojos.

* * *

Jared vio que Ava miraba su reloj de pulsera por segunda vez en media hora. Eran casi las ocho y media, fuera había oscurecido y hacía más fresco de lo habitual. No quería que Ava y Lily se marcharan, pero sabía que debían hacerlo. Su primer día con su hija había sido el mejor de su vida y más tarde, cuando Ava se unió a ellos en la hierba para tumbarse a contemplar las nubes, había rayado la perfección.

Muña había preparado una cena deliciosa y después Jared había encendido la chimenea en el salón y los cuatro se habían sentado a contar chistes y adivinanzas. Durante aquellas horas todos se habían olvidado del pasado, sobre todo cuando Muña relató una de las historias de su juventud en una reserva india. Fascinada, Lily se sentó a los pies de su abuela y no perdió detalle.

Al menos así fue hasta diez minutos antes, pensó Jared cuando vio que la pequeña cerraba los ojos y apoyaba la cabeza en el regazo de su madre.

Debían irse, se dijo a sí mismo. No formaban una familia, por mucho que lo parecieran. Y cuanto antes se convenciera de eso, mejor.

Miró a Ava, que mecía cariñosamente a Lily y ella vio que la estaba observando.

—Tengo que llevarla a casa —susurró.

—Puede quedarse aquí —las palabras salieron de su boca antes de que pudiera acallarlas—. Tengo una habitación para ella.

Ava bajó la mirada.

—Y para ti también —añadió él, sin saber cuál sería su reacción nocturna sabiendo que ella dormía cerca.

«No sigas por ahí, Redwolf. Ella está fuera de tu vida. Sólo importa Lily. Sólo Lily».

—Creo que no —dijo finalmente Ava—. Es una casa extraña y…

—Se ha dormido —dijo Muña. Se levantó y la tocó en el hombro —. Deja que se quede.

Ava miró a Muña y le sonrió.

—De acuerdo.

—Muy bien —dijo la anciana asintiendo—. Tengo unas cestas que acabar. Buenas noches, Ava, Jared —se inclinó y besó a Lily en la mejilla—. Buenas noches, Estrellita.

Lily estaba tan profundamente dormida que no se movió. Jared oyó los pasos de su abuela subiendo las escaleras y miró a Ava. El resplandor del fuego la hacía aún más hermosa. Su pelo rubio refulgía con el color de una tigresa. Se le vinieron a la mente tentadoras imágenes de sirenas. Había creído que Muña le enseñaría a Ava su habitación, pero ahora estaba sola con ella… y suya era la inquietante tarea de acompañarla al piso de arriba.

—Deja que acueste a mi pequeña, Ava —dijo—. Después, te enseñaré tu cama.

Ella lo miró a los ojos y asintió. Entonces él se arrodilló a su lado y deslizó los brazos por debajo de su hija. Por un breve instante, los tres estuvieron en contacto y Jared experimentó una fuerte sensación. El perfume de Ava se coló por sus fosas nasales y le invadió el cerebro. El pulso se le aceleró frenéticamente. ¿Por qué la atracción física no se había apagado después de cuatro años? ¿Por qué, aun sabiendo que lo había engañado, seguía deseándola?

Sus miradas se encontraron y se mantuvieron. Sólo se oían el

tictac del reloj de pared, el crepitar de las llamas y la respiración sosegada de Lily.

—Creo que iré a recoger la cocina —dijo Ava—. Muña no tuvo tiempo de hacerlo después de la cena.

—Ya está todo recogido. Tenemos un ama de llaves.

—¿En serio? No la he visto hoy.

—Se mantiene apartada de Muña. La contraté para que no tuviera que trabajar más, pero mi abuela es tan condenadamente cabezota que lo vio como un insulto.

Ava soltó una risa suave.

—Lily también es muy cabezota cuando quiere hacer algo por ella misma. Debe de haberlo heredado de su bisabuela.

Nada más decirlo, se puso pálida y un incómodo silencio se hizo entre ambos. Una expresión de tristeza y vergüenza cubrió su rostro, pues al apartar a Lily de su padre, también la había apartado de su bisabuela. Pero lo hecho hecho estaba y Jared tenía que velar ahora por el bienestar de su hija.

—¿Por qué no subes con nosotros? —sugirió él—. Como tú misma dices, es una casa extraña y una cama extraña.

Ella negó con la cabeza.

—Me quedaré un rato aquí abajo. Quiero que pases tu tiempo con ella.

«*Ava, es nuestro tiempo para estar con ella*», quiso decir él sin saber por qué. No tenía sentido. Iban a compartir a Lily, sí, pero en casas distintas, en temporadas distintas y en vidas distintas.

—Si cambias de opinión, es la segunda habitación a la derecha, en el piso de arriba —dijo y empezó a subir las escaleras.

—¡Oh, espera un segundo! —susurró ella.

Él se volvió y la vio revolver en su gran bolso azul y sacar un libro.

—Siempre que la acuesto se despierta unos minutos. Le gusta que le lean un cuento —se acercó a él en el tercer escalón y le tendió el libro. *El árbol generoso*—. Es su favorito.

* * *

Las estrellas salpicaban el cielo nocturno, como relucientes

diamantes contra un manto de terciopelo negro. Desde el amplio balcón de su dormitorio, Ava se apoyó en la barandilla y contempló la vasta propiedad de Jared. Cerró los ojos para deleitarse con el aire fresco que le acariciaba la piel y el aroma de los rosales.

Sonrió al recordar la conversación telefónica que había mantenido con Rita minutos antes. No se esperaba un sermón de su hermana por pasar la noche en casa de Jared, pero tampoco había contado con recibir tantos ánimos por su parte.

—¿Necesitas algo más?

Ava se giró y vio a Jared saliendo al balcón contiguo. Se quedó momentáneamente sin respiración. ¿Así que sus habitaciones estaban una al lado de la otra?

Quince minutos antes, Jared había parecido completamente distinto… más tierno, sentado en la cama de Lily y leyéndole *El árbol generoso* en voz baja.

Ahora, sin embargo, tenía un aspecto imponente estando allí de pie con su camiseta, sus vaqueros y descalzo, ocupando casi la totalidad del balcón. Era, sin duda, el hombre más *sexy* que ella había conocido… y estaría durmiendo en la habitación de al lado.

—¿Alguna almohada o manta extra? —preguntó él, pasándose una mano por el pelo.

—No, estoy bien. Mañana nos iremos. Gracias por tu… hospitalidad.

Él se cruzó de brazos y se apoyó contra la barandilla.

—Haces que esto parezca el Holiday Inn.

—En ese caso, me gustaría la llave del
mini-bar

.

—¿Tienes antojo de una barrita de chocolate?

—Estoy desesperada —dijo ella con una sonrisa torcida—. No puedo creer que te acuerdes de eso.

—Esos antojos eran muy serios —dijo él, también con una sonrisa—. Si no había barrita no había besos; si no había besos, no había…

Se calló de golpe y se metió las manos en los bolsillos. Ava sintió calor en la piel, a pesar de que soplaba una fresca brisa. Pensó en los recuerdos íntimos que había atesorado en su corazón. Cada noche, una barrita de chocolate había aparecido en su mesilla. Y

aquellas noches en las que podía escabullirse para ir a ver a Jared, le daba un prolongado agradecimiento. Después, compartían la barrita. Una vez, Jared le había llevado la barrita al hospital, cuando ella se rompió la muñeca.

—He estado pensando… —dijo él—. Las peleas entre los padres no son buenas para un hijo. Estoy dispuesto a ser correcto si tú lo eres.

En aquel momento, Ava haría cualquier cosa que él le pidiera.

—Me parece bien —dijo, tragando saliva.

De pronto, Jared se fijó en su mejilla izquierda y se acercó al borde del balcón.

—No te muevas —alargó un brazo hacia ella y le tocó la cara.

Ella estuvo a punto de soltar un suspiro y de derretirse contra su palma. Jared retiró la mano, con una blanca polilla entre el pulgar y el índice. La soltó en el aire y clavó su seductora mirada en Ava.

—Atrapada en Paradise —susurró.

Ava contuvo la respiración. No había palabras más ciertas que ésas.

Con mucha calma y serenidad, Jared se volvió y se alejó.

—Buenas noches, Ava —le dijo por encima del hombro.

Ella lo vio entrar en su habitación y le dio gracias a quienquiera que la estuviese escuchando más allá de las estrellas por que Jared le hubiera dicho «*Buenas noches*» y no «*Adiós*».

Capítulo 6

Ava yacía sobre él, su pelo echado hacia atrás, mirándolo con ojos suplicantes mientras presionaba su cuerpo desnudo…

—Jared…

Susurró su nombre, moviendo lentamente los labios, acariciándole los hombros y el cuello…

—Jared, por favor.

Cuando se lo pedía así, él no podía negarle nada. Rápido como un felino, se dio la vuelta y se colocó encima. Estaba tan duro como el granito, dispuesto a introducirse en ella.

—¡Jared! ¡Despierta!

Abrió los ojos de golpe, con el corazón desbocado. Los rayos de sol iluminaban las paredes del dormitorio como pintura amarilla y Ava estaba debajo de él, su cuerpo amoldado al suyo, tomándole el rostro con las manos. Por un momento pensó que seguía soñando, pero no era posible. Ava estaba vestida y en sus ojos no ardía el deseo que había visto un momento antes. Más bien expresaban inquietud.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó con voz ronca.

—¿Cómo que qué hago? Me has agarrado y te has echado sobre mí.

—¿Qué haces en mi habitación, maldita sea?

—Lily está enferma, Jared —dijo ella, intentando soltarse—. Creo que tiene fiebre.

—¿Qué? —Jared se apartó al instante.

—Tal vez sea por algo que comió ayer —explicó, poniéndose en

pie—. Le duele el estómago y…

Dejó de hablar y bajó la mirada. Los ojos casi se le salieron de las órbitas. Jared se miró y se dio cuenta de que estaba completamente excitado y sin una prenda de ropa. Maldijo y se cubrió con una sábana.

Ava se puso colorada.

—Hubiera ido en busca de Muña, pero no sabía dónde estaba su habitación.

—¿Para qué necesitas a Muña? —preguntó él duramente—. Yo soy el padre de Lily. Tienes que buscarme a mí.

—Eso he hecho y has… —Hizo un gesto hacia la cama.

—Estaba durmiendo, Ava. No sabía qué demonios hacía —arqueó una ceja—. ¿Puedes darte la vuelta un momento?

Con un profundo suspiro, Ava hizo lo que le pedía.

—Mira, iba en busca de Muña porque pensé que ella sabría dónde encontrar un termómetro. ¿Tienes tú alguno?

—No lo sé. Lo dudo —respondió mientras se ponía los vaqueros. Se le había formado un doloroso nudo en el estómago. Su hija estaba enferma y él no tenía algo tan básico como un termómetro —. Bueno, no voy a perder tiempo buscando uno.

—¿Qué quieres decir?

—Voy a llamar al médico.

—Yo también lo pensé, pero es muy temprano —dijo ella—. No estará en la consulta.

—Esto no es una gran ciudad, Ava. El doctor Ward es un amigo. Estará aquí en diez minutos —se puso una camiseta—. Vuelve con Lily. Yo iré enseguida.

Ella se volvió para mirarlo.

—No te preocupes tanto, Jared. Todos los niños tienen fiebre de vez en cuando. Es normal.

—¿Lo es? —preguntó con la mandíbula apretada—. No lo sabía.

La expresión de Ava se tornó de compasiva a fatigada. Asintió y salió de la habitación. Jared agarró el teléfono y marcó el número del doctor Ward. No sabía nada sobre cómo ser padre. Y la única persona que podía enseñarle y ayudarlo era la misma que lo volvía loco de deseo.

* * *

—Necesita mucho líquido y mucho descanso, pero en un par de días debería estar bien.

Ava miró al médico por encima de la mesita de centro. Era un hombre calvo y de cálida mirada, que le había detectado a Lily un ligero caso de gripe. Era lo mismo que ella pensaba, pero Jared había necesitado el análisis profesional. Ava pensó que debía de ser muy buen amigo además, porque Jared le había dicho la verdad sobre Lily y ella y le había pedido discreción.

Miró por encima del hombro a Jared, quien no había querido sentarse y estaba de pie tras el sofá, cruzado de brazos. A pesar de la opinión favorable del médico, seguía preocupado y por primera vez en mucho tiempo, Ava se sintió unida a él. Conocía demasiado bien aquella inquietud incontrolable. Era una lástima que no pudiera hablar con él del tema y ofrecerle un poco de consuelo.

—Entonces, ¿aparte del tylenol y de darle mucho líquido, no hay nada más que pueda hacer yo? —preguntó Jared, aferrándose al respaldo del sofá—. ¿Estás seguro de que no necesitamos más análisis o…?

Siguiendo un impulso, Ava alargó una mano hacia atrás y cubrió la de Jared. Casi inmediatamente él le capturó los dedos bajo su palma callosa y empezó a acariciarle la mano con el pulgar.

Ava tragó saliva. Su intención había sido tranquilizarlo, pero en vez de eso, sus íntimas caricias la estaban perturbando a ella… y excitando. Con un gran esfuerzo de voluntad, retiró la mano. Él apenas se dio cuenta.

—¿Tal vez alguna clase de hierbas? Muña conoce…

—Sólo es un virus, Jared —le aseguró el médico, levantándose y agarrando su maletín—. Dale el tylenol cada cuatro horas y asegúrate de que duerme mucho. Te doy mi palabra de que en tres días estará corriendo como una liebre.

—La arroparé bien antes de llevármela de vuelta a casa de mi hermana, doctor —prometió Ava con una sonrisa de agradecimiento.

—Se quedará donde está —declaró Jared en voz alta.

—Jared, espera un momento… —empezó a decir Ava, pero él la hizo callar con una furiosa mirada.

—Voy a estar con mi hija.

Ava frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Pero la gripe es contagiosa. Tú y Muña…

—¿Tienes que trasladarla, Ava? —intervino el médico—. Lo mejor sería que…

—No, no tiene que trasladarla. Lily se quedará aquí —el tono de Jared era de firme determinación. En ese momento sonó el timbre —. Debe de ser Rita. La llamé y le pedí que trajera tus cosas y las Lily —le dijo a Ava.

—¿Qué? —Ava se puso en pie, con la cabeza dándole vueltas—. ¿Nos disculpa un momento, doctor?

—Por supuesto —dijo el doctor Ward con una sonrisa.

Ava agarró a Jared de la mano y lo sacó del salón.

—Entiendo que seas el dueño de la casa —le espetó cuando estuvieron a solas—, pero no eres mi dueño. No puedes tomar decisiones por mí ni por mi…

Él la miró con una ceja arqueada.

—Las decisiones sobre nuestra hija deberían ser tomadas por ambos —siguió ella.

Él dio un paso adelante, cubriendo la distancia que los separaba.

—Tú te has encargado de tomar todas las decisiones por tu cuenta en los últimos cuatro años. Creo que ahora puedo tomarme un poco de libertad.

Ava apenas podía respirar. Un centímetro más y estarían tocándose. Sus pezones casi le rozaban el musculoso pecho.

—Jared, no podemos quedarnos en esta casa.

—Querrás decir que tú no puedes quedarte en esta casa.

—¿Qué imagen estaríamos dando si me quedara?

—Me importa un cuerno la imagen que demos. Quiero estar con mi hija.

El timbre volvió a sonar. Ava miró hacia la puerta con inquietud.

—No tienes que pasar la noche —dijo él—. Puedes volver a casa de Rita, pero creo que es importante para Lily tenernos cerca a los dos —aprovechó la oportunidad para inclinarse y susurrarle al oído —: Si te preocupa que vuelva a ponerte la mano encima, puedes estar tranquila.

Ella se estremeció de la cabeza a los pies. Los pezones se le endurecieron contra el sujetador. Su cuerpo recordaba muy bien

aquella fragancia masculina y ansiaba recibir más. Por supuesto que estaba preocupada, pero de perder la cabeza si no la tocaba.

—No quiero rescribir la historia —dijo él, antes de retirarse.

—Ni yo tampoco —mintió ella—. Pero no quiero causarte molestias. Además, podrías contagiarte y…

—No me importa si contraigo el sarampión o la varicela —le aseguró—. Quiero estar con mi hija —cruzó los brazos al pecho—. No me digas que estás dispuesta a desobedecer las órdenes del médico sólo porque no quieres estar cerca de mí.

—Pues claro que no. Siempre haré lo que sea mejor para mi hija.

—Y yo también.

Ava dejó escapar una exhalación, intentando calmar su mente y su cuerpo. ¿Qué debía hacer? No quería trasladar a Lily y Jared merecía cuidar de su hija, ¿no? Sólo serían unos pocos días. Podría soportarlo.

—Bien —dijo finalmente—. Nos quedaremos hasta que Lily esté mejor.

—Estupendo. Ahora ve a abrirle a tu hermana mientras yo acabo de hablar con el médico.

Después de que Jared se marchara, Ava se arrastró hasta la puerta y la abrió sin mucho entusiasmo.

—Ya era hora —dijo Rita. Llevaba dos maletas y sus azules ojos le brillaban—. ¿Qué estabas haciendo?

—Oh, vamos —salió, cerró la puerta tras ella y se sentó en los escalones del porche. Hacía una mañana espléndida, con un cielo azul y despejado y una suave brisa. Pero ni siquiera el día perfecto podía aliviarla.

—¿Cómo está mi sobrina? —le preguntó Rita, agachándose junto a ella.

—Durmiendo. El médico ha dicho que es sólo la gripe. Nada grave.

—Me alegro —le dio un codazo—. ¿Y cómo está mi hermana mayor?

—Puedes borrar esa sonrisa de tu cara. Esto no tiene gracia. Jared ha insistido en que me quede aquí hasta que Lily se recupere.

—Claro… Imagina mi sorpresa cuando en mitad de mi sesión de yoga matinal recibo una llamada del…

—No te atrevas a decirlo —le advirtió Ava.

—De acuerdo —dijo Rita, alzando las manos en un gesto de rendición—. No diré ni una palabra. No diré que hoy pareces distinta. Y tampoco diré que tus ojos brillan como brillaban cuando viste por primera vez al nuevo trabajador de papá.

—¿No tienes ningún jeque guapo con el que casarte? —murmuró.

—De momento no.

Ava vio cómo la expresión de su hermana se tornaba pensativa y le puso una mano sobre las suyas.

—¿Qué ocurre?

—Nada. —Rita negó con la cabeza y esbozó una sonrisa que no alcanzó sus ojos—. Eh, no quiero ser la única Thompson que esté casada. Tienes que conseguir que Jared se dé cuenta de que nunca ha dejado de estar enamorado de ti.

A Ava se le encogió el corazón.

—El recuerdo puede llevar a toda clase de situaciones emocionantes —siguió su hermana.

Sí, eso era cierto, pensó Ava. De hecho, después de su breve conversación la noche anterior sobre la barrita de chocolate, apenas había pegado ojo, acosada por las tentadoras imágenes de sus cuerpos desnudos y entrelazados.

—Deberías estar contenta de que esté tan preocupado por su hija —dijo Rita.

—Y lo estoy. Por supuesto que lo estoy. No es su cariño hacia Lily lo que me preocupa.

—¿Su cariño por ti, tal vez?

—No.

—¿Tu cariño hacia él?

—¿Quieres que sea tu dama de honor? —le advirtió Ava, mirándola furiosa.

—A propósito —se puso en pie y se sacudió el polvo de sus vaqueros—. No olvides mi almuerzo de compromiso el viernes por la tarde.

—Si Lily está mejor para entonces, sabes que estaré allí sin falta.

Rita le hizo un guiño.

—Puedes venir con un acompañante, si quieres —se despidió con la mano y bajó los escalones.

Ava soltó un gemido, se levantó, agarró la bolsa que le había

traído su hermana y se dirigió hacia la casa.

—Adiós, Rita —gritó por encima del hombro.

* * *

Era como admirar una pintura celestial, pensó Jared. Estaba en la puerta del dormitorio de Lily, viendo cómo Ava intentaba darle de comer a su hija. Le hablaba con palabras cariñosas en un tono dulce y tranquilo, que incitaba a Jared a unirse a ellas. Pero Ava le había concedido tiempo a solas con Lily aquella tarde, de modo que ahora era ella quien merecía la misma cortesía.

Sonrió al pensar en el rato que había pasado antes con Lily. Le había leído su cuento hasta que la niña estuvo dormida y entonces se quedó sentado en la silla, observándola, preguntándose qué aspecto habría tenido de bebé. ¿Habría cambiado su respiración desde entonces? ¿Se habría aferrado con ambas manos a la almohada igual que ahora? Y sus manos ¿habrían sido siempre iguales que las de su madre?

Lily levantó la mirada y lo vio.

—Hola, Jared.

Ava miró por encima del hombro y sonrió tímidamente. Sin duda se preguntaba cuánto tiempo llevaría él en la puerta.

—¿Qué es lo que huele tan bien? —preguntó él, entrando en la habitación.

—Mi mamá me ha hecho sopa de pollo con arroz.

—Mmm… —Se sentó al otro lado de la cama, frente a Ava—. Me encanta la sopa de pollo. Es mi favorita.

—La mía también —dijo Lily con el rostro repentinamente iluminado.

—¿Entonces por qué no comes?

—Cree que si come volverá a dolerle la barriga —dijo Ava.

—Ahhh —repuso Jared y miró a su hija. Era realmente preciosa, con su pelo castaño enmarcándole su rostro colorado, vestida con un pijama lleno de estampados—. Mi abuelo decía que cuando un niño se pone enfermo, es el momento para reconstruir su espíritu, para hacerlo más fuerte de cuerpo y mente y prepararse así para un viaje importante.

—¿Cuál es mi viaje, Jared? —preguntó Lily abriendo mucho los ojos.

—Podría ser ayudarme con Tayka cuado tenga su potro. Pero no podemos arriesgarnos… a menos que estés fuerte.

La pequeña ahogó un grito y miró a Ava.

—Quiero mi sopa, mami.

Ava miró a Jared con un brillo de aprobación en los ojos y él le hizo un guiño. Había dado su primer paso en el misterioso mundo de la paternidad y era como si hubiese ganado un millón de dólares.

Lily se comió medio cuenco de sopa antes de mirar a su madre con ojos cansados.

—Estoy cansada, mami.

—Muy bien, cariño. A descansar entonces.

Lily cerró los ojos y enseguida se quedó dormida. Jared le susurró las buenas noches al oído y recogió la bandeja, mientras Ava le daba a su hija un beso en la frente.

—La fiebre está bajando —le susurró a Jared mientras iba hacia la puerta y apagaba la luz.

—Estupendo. Recuerda dejar la puerta abierta una rendija. A Lily le gusta así.

—Sí, le gusta —afirmó Ava sonriéndole.

Lo precedió bajando las escaleras y él no pudo evitar en fijarse en el contoneo de sus caderas y sus largas y bronceadas piernas. Carraspeó y sacudió la cabeza. Tenía que apartar esos pensamientos.

—La sopa huele muy bien —dijo—. No sabía que tú cocinabas.

—Sí. Hay quien dice que soy toda una *gourmet*.

—¿Tu marido, quizá?

Ella se quedó inmóvil al pie de la escalera y no dijo nada. Jared sabía que no debía preguntar esas cosas, pero no podía evitarlo. Necesitaba saber quién había criado a su hija. Y aún no había conseguido nada. El detective que había contratado seguía investigando el paradero y la identidad del ex marido de Ava.

—Mis amigas me dicen que soy buena cocinera —dijo ella de camino a la cocina—. Una vez al mes preparaba una cena típica: italiana, mexicana, india…

—Qué bien suena eso —la siguió y dejó la bandeja en la encimera—. ¿A qué has dicho que se dedicaba tu marido?

—No lo he dicho —respondió ella secamente.
—Pensaba que sí. Bueno, ¿a qué se dedica?
Ava vertió el resto de sopa en el fregadero y empezó a lavar los cubiertos.
—¿Por qué quieres saberlo?
—Quiero saber cómo es el hombre que fue una figura paterna para mi hija.
—Lily nunca tuvo una figura paterna. Nosotros… bueno, no estuvimos juntos tanto tiempo.
—Magnífico. Entonces quiero saber cómo es el hombre que abandonó a una mujer y un bebé.
—¿Por qué estás tan seguro de que me abandonó?
—¿Te abandonó, Ava?
Ella no dijo nada y siguió frotando vigorosamente el cuenco.
—¿Te dejó cuando descubrió que estabas embarazada de otro hombre? —La presionó él.
—Más o menos.
—Maldito canalla —masculló Jared—. Tendrías que haberme llamado.
—Te llamé, Jared —cerró el grifo y se volvió hacia él con ojos llameantes—. Sabes muy bien que lo hice —un chorro de espuma voló por el aire y chocó contra la mandíbula de Jared.
Él se tocó la cara y recogió un puñado de espuma rosada. Ava se mordió el labio y su expresión cambió de enojada a animada.
—Quieres que deje este tema, ¿verdad? —dijo Jared, entornando los ojos.
—Sí, pero no pretendía llegar a este extremo —se tapó la boca, pero no pudo contener una sonora carcajada—. Lo siento.
Él sonrió, a pesar de sí mismo y se acercó al fregadero.
—Oh, enseguida lo vas a sentir de verdad.
Ella lo miró con ojos muy abiertos.
—¿En serio quieres seguir por ahí?
—Has empezado tú.
—Es muy inmaduro, ¿no te parece?
—No —dijo y agarró un puñado de espuma.
—¿Cómo lo llamarías, entonces? —preguntó ella, recogiendo su propio puñado de espuma.
Él dio un paso adelante, deteniéndose a unos centímetros de

ella, su objetivo.

—Venganza.

Antes de que pudiera decir nada, le arrojó la espuma al top. Ella se quedó helada, ahogó un gemido y se miró la prenda empapada.

—¿Qué decías? —preguntó él, arrinconándola contra el mostrador.

—Acabas de firmar tu sentencia, Redwolf —murmuró ella y con un rápido movimiento, le estampó la espuma en la cara.

Jared se apartó y Ava se lanzó hacia el fregadero a por más. Él hizo lo mismo y durante cinco minutos los dos estuvieron arrojándose agua y espuma, riendo como histéricos, hasta que los dos estuvieron completamente empapados.

—¿Has tenido suficiente, Thompson?

—De eso nada, Redwolf.

Intentó tomar más espuma, pero Jared la agarró del brazo y se lo sujetó alrededor de la cintura. Las burbujas se elevaron entre ellos.

—Estás empapado —dijo ella sin aliento.

—Tú también —respondió él riendo.

Pero la sonrisa desapareció de sus labios al darse cuenta de lo cerca que estaba de ella y de lo transparente que era su top. Maldición, podía sentir la generosidad de sus pechos, la dureza de sus pezones…

Sin pensar en lo que hacía, descendió hasta ella y la besó. Casi se le escapó un suspiro. Los labios de Ava eran tan cálidos y suaves como él recordaba. Y ella parecía dispuesta.

Jared intentó con todas sus fuerzas no tocarla, pero era inútil. Ella se arqueó hacia él mientras le devolvía el beso, separando los labios y explorando con su lengua.

Era una locura rechazar una invitación semejante.

No, una locura no. Era imposible.

Sujetándole las dos muñecas con una mano, pues sabía que si ella lo tocaba se derretiría en un charco sobre el suelo de la cocina, le deslizó la otra por debajo del top y subió por su pecho. Ella dejó escapar un gemido ahogado contra su boca… el gemido que siempre lo había vuelto loco de deseo y él le tomó un pecho a través del sujetador.

Los dos quedaron en aquella postura, ella de espalda contra el

fregadero, él metiéndole el muslo entre las piernas y masajeándole el pezón, ambos comportándose como dos adolescentes con las hormonas descontroladas.

Hasta que el teléfono sonó.

—¿No tienes que responder? —preguntó ella, apartándose ligeramente. Sus ojos despedían llamas verdes y tenía los labios sonrosados y húmedos por el beso.

—El contestador recogerá el mensaje.

A través de una roja neblina de deseo, le llegó su propia voz de la cinta.

«*Ha llamado a Redwolf Industries. Por favor, deje su mensaje después de oír la señal. Gracias*».

Y entonces se oyó la voz de una mujer. Una mujer irritada pero seductora.

«*—Jared, cariño, ¿dónde estás? Te he estado esperando, sentada sobre este duro…*».

Jared soltó a Ava y maldijo en voz baja mientras se lanzaba hacia el contestador y lo apagaba. Era miércoles. La noche que pasaba con Tina.

Se volvió hacia Ava y odió lo que vio.

Estaba cruzada brazos, con una expresión adusta en el rostro.

—Parece que tienes planes.

Él soltó una prolongada exhalación.

—Me olvidé por completo cuando Lily se puso enferma.

—No tienes que darme explicaciones.

—No pensé que…

—No es asunto mío —bajó la vista al suelo y volvió a mirarlo—. Te dejaré limpiar este desastre. Buenas noches.

Se dio la vuelta y salió de la cocina, dejando a Jared con su particular lucha interna. Quería llamarla e ir tras ella. Quería hacerle el amor, allí mismo, en el suelo, del modo que había imaginado mil veces. Pero no podía. Su ira y su rencor estaban desapareciendo, pero había una razón más importante para mantenerse lejos de ella.

Ava no le pertenecía. Nunca le había pertenecido.

Debería haber estado con Tina, se reprendió a sí mismo mientras agarraba un rollo de papel de cocina y empezaba a secar el suelo. La relación con Tina era muy simple y distaba mucho de ser

satisfactoria, pero siempre era fiable. Y él había aprendido a valorar esas cualidades en una aventura sexual.

Pero no deseaba a Tina. No deseaba a ninguna otra mujer. Ahora no. No después de que ella hubiera vuelto a su vida. No después de haberla tocado de nuevo y haber olido su piel.

No. Deseaba a Ava. Debajo de él, pronunciando su nombre.

Se pasó una mano por el pelo. Nada había cambiado, ni siquiera el deseo de tenerla en su cama o en su corazón. Pero estaba seguro de una cosa: iba a luchar con todas sus fuerzas para que semejante deseo no se hiciera realidad.

Capítulo 7

Ava empujó el carrito vacío por el pasillo de conservas del supermercado por tercera vez aquella tarde.

¿Por qué había vuelto? No al supermercado, sino a Paradise.

La pregunta no dejaba de acosarla. No era por la boda de Rita. Eso lo había sabido desde que se bajó del avión una semana atrás. La boda de su hermana había sido la excusa que había estado esperando, pero no el propósito.

No, había vuelto para enfrentarse a Jared. Para contarle finalmente la verdad. Y para averiguar si él todavía sentía algo por ella o si su precipitada marcha cuatro años atrás había acabado con todos los sentimientos.

Pero después de la noche anterior aún no tenía respuestas claras.

En los últimos días, Jared y ella habían seguido con sus vidas sin entrar en discusiones íntimas. Durante el día, él se quedaba con Lily, jugando con ella y leyéndole cuentos. Por la noche, Ava la acunaba y le cantaba nanas para que se durmiera. Más tarde, cuando la casa estaba en silencio, Jared y ella se reunían en el salón y hablaban un rato antes de retirarse a sus respectivas habitaciones.

El encuentro de la cocina pesaba en ambos, pensó Ava, recordando cómo el deseo brillaba en los ojos de Jared. Seguro que su propia mirada reflejaba lo mismo.

—Mi marido y yo queremos comprar la propiedad de Thompson cuando esté a la venta.

La voz aguda de una anciana en el pasillo contiguo llamó la atención de Ava al instante. Se acercó a los botes de remolacha para

escuchar.

—¿Ben Thompson va a vender su rancho? —preguntó otra mujer —. Ha sido su dueño desde hace muchos años.

—Se dice en el pueblo que no puede seguir manteniéndolo.

—¡Qué lástima!

—No para Cari y para mí, Sara.

—¡Sheri-Ann, eso es terrible! —exclamó la mujer llamada Sara.

—Se lo tiene merecido. Ha tratado fatal a sus trabajadores y a sus hijas peor aún.

Ava sintió una punzada de tristeza. Sí, su padre no era un ejemplo de amabilidad, eso era cierto. Pero era su padre, después de todo y no había nada más ofensivo para una persona que insultaran a su familia, con razón o sin ella.

—Algunos dicen que es un hombre distinto desde aquel accidente de coche hace años —dijo Sara.

—No sé nada de eso, pero ¿hasta qué punto puede cambiar un hombre de su edad?

Las mujeres continuaron discutiendo mientras se alejaban por el pasillo. Ava miró a su derecha, con un nudo en el estómago. Enseguida aparecerían por el pasillo donde estaba ella y se darían cuenta de su presencia y de que las había oído. Una parte de ella quería ver las caras que ponían. Pero otra parte quería salir de allí antes de crear una situación de lo más embarazosa.

De modo que al final optó por empujar el carrito en dirección contraria, hacia las verduras. Intentó pensar en otra cosa, pero su mente no paraba de darle vueltas a la conversación recién oída. Por mucho que quisiera estar de acuerdo con esa anciana llamada Sheri-Ann, no podía evitar preguntarse si su padre había cambiado realmente. Y si así era, ¿podría darle ella una oportunidad para demostrarlo?

* * *

-¿Está seguro?

—Ahora mismo estoy en el registro civil, señor Redwolf.

Jared estaba sentado tras su escritorio, iluminado por los últimos rayos de sol. Se echó hacia delante y agarró con fuerza el

teléfono.

—Podrían haberse casado fuera del estado.

—No —dijo el detective privado—. Mi amigo del FBI lo ha comprobado.

—¿Qué pasa con el certificado de nacimiento de Lily?

—No aparece ningún padre. Sólo la madre. Se lo repito: esa señora jamás se ha casado.

Jared murmuró una maldición y se echó hacia atrás en la silla giratoria. Se apartó de la mesa y se giró hacia los grandes ventanales que ofrecían una espléndida vista de sus tierras.

—¿Por qué demonios me dijo entonces que…?

No llegó a acabar la pregunta porque el detective lo interrumpió con un gruñido.

—Tal vez encuentre esto interesante.

—¿El qué?

—En todo el tiempo que la señorita Thompson ha vivido en Nueva York, no ha tenido ni una sola cita.

—¿Puede repetirme eso? —le preguntó, seguro de no haberlo oído bien.

—Hemos investigado y no hemos descubierto nada. Y ya sabe lo meticulosos que somos.

Sí, Jared lo sabía. Después de darle las gracias, colgó y se frotó la mandíbula. No sabía cómo reaccionar ante aquella desconcertante noticia. Por un lado lo alegraba saber que ningún otro hombre pudiera reclamar a Lily. Por otro, estaba horrorizado de que Ava no hubiera salido con nadie en cuatro años. Pero la emoción que le hervía la sangre volvía a ser la ira.

Ava le había mentido hablándole de su marido.

Había vuelto a mentirle.

Por un breve segundo se preguntó si también sería falso que Lily fuera su hija. Pero aquella duda desapareció al instante. Podía verse a sí mismo, a Muña y a su madre en Lily. Y lo más importante: podía sentirlo.

Entonces, si no había otro hombre, ¿por qué se había ido a Nueva York? ¿Por pensar que él no podría mantenerlas a ella y a su hija? ¿O habría algo más?

Se levantó y se acercó a la ventana para contemplar el atardecer. ¿Cómo podían haberse complicado tanto las cosas? Estaba furioso

con la mujer que le había dado a Lily. Estaba furioso con la mujer a la que deseaba más que nada en el mundo. Estaba furioso con la mujer cuya presencia bastaba para hacerlo feliz.

¿Dónde estaría su resolución cuando más la necesitaba?

Apretó los puños a los costados. Quería ver a Ava y echarle en cara lo que había descubierto. Y sin embargo, no quería oír la respuesta. Lo único que quería, lo que había querido desde que la vio en la tienda de la señora Benton, era tenerla en sus brazos, susurrarle al oído y apretarla contra su cuerpo.

Una vez más.

Para recordar y olvidar.

Una vez más para conseguir sacarla de su mente y su alma.

Masculló una palabrota y se encaminó al único lugar donde podía recuperar su cordura.

* * *

La luna llena iluminaba el sendero que serpenteaba por la colina. Junto a Ava, Tim Donahue, el fornido capataz de Jared, abría el camino mientras a lo lejos se oían los escalofriantes rugidos de los pumas.

Pero estar en medio de aquella tierra salvaje no era la única causa por la que a Ava le latía frenéticamente el corazón. A unos metros, tras una hoguera encendida, estaba el sweat lodge de Jared, una especie de sauna utilizada por los indios americanos. Consistía en una estructura en forma de cúpula sostenida por postes de madera. Ava había oído hablar a Jared de aquello, pero nunca le había visto construir uno. Nunca se había mostrado dispuesto a hacerlo en el rancho de su padre. Aunque su padre jamás se lo hubiera permitido.

—Ya hemos llegado, señorita.

—Gracias, Tim —respondió ella, sonriéndole.

—No va a alegrarse mucho de verla aquí. Tiene que darle un poco de tiempo.

—No tengo mucho tiempo.

Tim sonrió.

—¿Sabe una cosa, señorita Thompson?

—Ava, por favor.

La sonrisa de Tim se ensanchó aún más.

—Él quiere perdonarla.

A Ava le costó un momento asimilar lo que Tim había dicho.

—¿En serio?

Tim asintió.

—Pero no sabe cómo. Supongo que tiene miedo. Pero usted lo ayudará, ¿verdad, Ava?

Sin esperar una respuesta, se llevó una mano al ala del sombrero, le hizo un guiño y se alejó sendero abajo.

Ava permaneció inmóvil, pensando en lo que le había dicho y preguntándose si sería cierto. Finalmente se dio la vuelta y se acercó a la pequeña tienda. El humo era intenso y podía oír un sonido profundo, rítmico e increíblemente hermoso que salía del interior.

Era Jared. Y estaba cantando algo, una especie de cántico religioso.

¿Para qué? Era un misterio.

Ava se preguntó si sería mejor ir en busca de Tim y volver a la casa. Pero algo en su interior fue más fuerte que su sentido común y la arrastró al interior, sintiéndose como si profanara un lugar sagrado.

Una ráfaga de intenso calor la sacudió mientras el olor a humo y salvia le abrasaba la nariz. Tragó saliva y se frotó los ojos para aclararse la vista. Estaba oscuro y la única luz procedía de varias piedras candentes amontonadas en una fosa.

Sudorosa, esperó a que sus ojos se acostumbraran a la escasa luz. Entonces lo vio. Estaba sentado delante de las piedras, desnudo, con la cabeza agachada y el pelo largo y negro cayéndole por debajo de los hombros.

—¿Jared?

Él levantó lentamente la mirada. Tenía el rostro empapado de sudor y sus ojos brillaban con una pasión que Ava no había visto hasta entonces.

—Parece que estás destinada a encontrarme desnudo —dijo con voz ronca.

—No es mi intención, te lo prometo.

—¿Estás segura?

Ella cometió el error de dudar un segundo y una peligrosa sonrisa curvó los labios de Jared.

—Bien, pues esta vez me niego a cubrirme —dijo él—. Estás en mi santuario.

—Cierto —dijo ella. El calor de la estancia le abrasaba la piel, mientras que la intensidad de su mirada le abrasaba el corazón.

—Y además ya lo has visto todo antes, ¿verdad? —Vertió un chorro de agua sobre las rocas, provocando una nube de vapor.

—Bueno…

—Me refiero a los atributos masculinos, Ava. ¿Tu marido era como yo?

—¿Qué quieres decir?

Jared se levantó. Su piel desnuda relucía a la tenue luz.

—¿Su piel era tan suave como la mía o tenía vello?

Ava tragó saliva con dificultad.

—No lo…

—¿No lo recuerdas?

Ella no intentó responderle. ¿Cómo podía hacerlo, estando frente a él, sometida al escrutinio de su mirada? Tan apuesto, tan alto, tan fuerte, tan orgulloso y varonil… Las piernas lo empujaban hacia él, los dedos le picaban por la necesidad de tocarlo, de acariciar su musculoso pecho y hundirse en sus cabellos, de sujetarlo por la nuca y atraerlo hacia su propia boca.

—Estábamos hablando de tu marido —dijo él duramente, cruzándose de brazos.

—Lo sé —dijo ella, sintiendo que se le encogía el corazón.

—¿Era tan alto como yo?

—No.

—¿Su mirada recorría cada centímetro de tu piel, como hace la mía?

—Jared…

Él no estaba dispuesto a dejarlo.

—¿Sentías lo mismo que conmigo, Ava? ¿Sentías lo mismo cuando estaba dentro de ti?

Ava se puso aún más colorada de lo que estaba por el calor. Las piernas empezaron a flaquearle peligrosamente y su mirada volvió a recorrer el cuerpo entero de Jared.

—Puede que… podemos vernos en la casa para hablar…

—Estás incómoda —era una afirmación, no una pregunta.

—El calor es agobiante.

—Con el calor se limpia el alma. Así podemos preguntarnos qué es lo que más deseamos… y de qué deseamos librarnos —se apartó un hilillo de sudor que le caía por el cuello—. Pero yo sé lo que te hará sentirte más cómoda.

—¿Ah, sí?

—Quítate la ropa.

—¿Qué? —preguntó con voz ahogada.

—Quítate la ropa, siéntate a mi lado… o debajo de mí —sus ojos brillaron amenazadoramente— y… hablaremos.

Ava esperó a que la recorriera un estremecimiento de pavor, pero no fue así. Había ido a hablar de Lily y de lo que pasaría tras la boda de Rita, pero también había ido para estar con él, junto a él e incluso debajo de él, si su propuesta era en serio. La verdad era que cuando no estaba cerca de él, cuando no podía oír su voz, se sentía perdida, desconectada del mundo. Jared Redwolf había sido una parte demasiado importante de su vida, tanto como hombre de carne y hueso como una fantasía a la que ella se había vuelto adicta.

—¿Meditando? —preguntó él.

—Tan sólo sopesando los pros y los contras.

Él soltó una risa misteriosa.

—Deberías saber que conmigo los pros superan con creces a los contras —apretó los labios—. Aunque quizá no lo recuerdes…

—Lo recuerdo —lo afirmó con tanta vehemencia que le provocó una sonrisa a Jared.

—Yo podría guiarte —dijo él, recorriéndola con la mirada.

—¿Qué quieres decir?

—Con tu ropa. Yo podría guiarte —arqueó una ceja—. Primero debes quitarte los zapatos y los calcetines. Aquí no sirven para nada.

Ella se mordió el labio y saboreó su propio sudor. Si empezaba aquello, si hacían el amor, ¿dónde acabaría?

No se le ocurrió ninguna respuesta y no quiso buscarla. Estaba preparada para recibir el tacto de aquel hombre. Era su destino y su derecho. Se agachó y se quitó los zapatos y los calcetines.

—Ahora tu chaqueta —ordenó él con voz suave.

Ella lo miró a los ojos y con manos temblorosas, obedeció.

—Lo siguiente es tu camisa.

Lentamente, se desabotonó la blusa blanca, se la quitó y la dejó caer al suelo.

Jared bajó la mirada hacia el sujetador rosa de seda, humedecido por el sudor.

—Los vaqueros —dijo, apretando la mandíbula.

Ava se desabrochó el botón y se bajó la cremallera sin apartar la mirada de él. Con el corazón resonándole en los oídos, se deslizó los vaqueros por las piernas. No sintió el menor frescor cuando los arrojó a un lado.

Jared rodeó las piedras y se detuvo delante de ella. La mirada le ardía de deseo.

—Te ayudaré con estas dos últimas cosas.

Ella asintió y mantuvo los brazos separados de los costados. Sus defensas habían desaparecido y estaba a merced del hombre al que había amado durante tanto tiempo. Jared sonrió lentamente y le desabrochó el sujetador con una sola mano. Ava no pudo evitar devolverle la sonrisa. Él había hecho lo mismo la primera noche que pasaron juntos y ella no lo había olvidado.

Pero la sonrisa se esfumó en cuanto Jared le quitó el sujetador y la dejó desnuda de cintura para arriba.

El calor le bañó los pechos y le provocó un hormigueo en los endurecidos pezones. Jared le puso una palma sobre el vientre y presionó hacia abajo, hasta el borde de las braguitas. Ava contuvo la respiración, expectante, preguntándose si la sensación sería tan maravillosa como recordaba.

Pero Jared no le deslizó la prenda por las caderas, sino que metió una mano por debajo, por dentro de la tela húmeda.

Ava dejó escapar el aire con los ojos fuertemente cerrados. Sentía la boca de Jared a escasos centímetros de la suya, su aliento perfumado con salvia…

—Estás muy caliente.

—Es por ti —murmuró ella.

—¿Qué has venido a decirme, Ava? —preguntó él, sin responder al halago.

Ella negó con la cabeza sin abrir los ojos.

—No lo recuerdo.

Los dedos de Jared bajaron aún más, hundiéndose en el vello púbico y alcanzando la fuente de humedad.

—¿Seguro que no lo recuerdas?

Ella sólo pudo asentir. No estaba segura de si se acordaba de su propio nombre.

—¿Era algo sobre tu vida? —preguntó él, moviendo los dedos sobre el clítoris.

Ella se arqueó hacia atrás y movió las caderas hacia delante, suplicándole en silencio que acabara con aquella tortura y deslizara los dedos en su interior. Nunca en su vida había deseado nada tanto como que Jared la penetrase de cualquier modo posible.

Él le acarició el cuello con la boca, pero sin llegar a besarla.

—¿Era algo de tu marido?

—¿Qué? —El eco de la pregunta resonaba en su cabeza—. ¡No!

Él llevó la boca hasta la suya.

—Sabes que no voy a dejar este tema.

—Jared, por favor…

—Háblame de tu marido.

—No hay ningún marido, ¿de acuerdo? —declaró, casi gritando.

—¿No?

—¡No! —Abrió los ojos y lo miró. El deseo que la consumía era casi doloroso—. Nunca ha habido nadie, sólo tú.

Jared la miró fijamente unos segundos y asintió.

—Eso es lo que quería oír —dijo, e introdujo los dedos en ella.

Ava ahogó un grito. Necesitaba aire, necesitaba mucho más… Movió las caderas, sacando y metiendo los dedos en su cuerpo mientras se esforzaba por no pensar. No iba a castigarse por haber confesado la verdad. No, estaba contenta por haberlo hecho. Y no iba a preguntarse por qué a Jared no parecía sorprenderlo la revelación. No iba a hacerse esa pregunta porque en esos momentos no le importaba. Lo único que quería era el tacto de Jared. Había pasado mucho tiempo desde que la tocara por última vez.

Jared movió los dedos como si la conociera por dentro tan bien como por fuera, como si supiera cómo hacerla gritar de deseo. Pero no la besó, no habló, ni siquiera gimió mientras jugaba con su cuerpo. La mantuvo sujeta contra él, profundizando cada vez más con sus dedos.

Destellos de puro placer recorrieron a Ava, anticipando el

inminente orgasmo. Sonrió para sí misma. ¿Cómo era posible desear el clímax y al mismo tiempo no desearlo? Fuera como fuera, no tenía mucha elección, pues eso dependía de Jared, quien empezó a apretar la piel ultrasensible que se escondía bajo los húmedos pliegues.

Ella intentó contenerse, pero era inútil. Una corriente eléctrica la traspasó, arrasando sus sentidos. El temblor fue tan violento que creyó romperse en añicos. Respirando agudamente mientras la sacudían las últimas olas de placer, se apretó contra él.

Pero sólo por un momento.

No quería descansar. Quería que su cuerpo estuviera lo más sensible y húmedo posible cuando él la penetrara.

—Jared —murmuró, deslizando las manos hasta su entrepierna y agarrando su miembro endurecido.

—No —dijo él. Se apartó y retiró las manos, dejándola completamente desesperada.

Ava lo miró con la respiración entrecortada y el sudor cayéndole por el cuello y los pechos.

—¿Por qué te paras?

Los ojos de Jared eran fríos y desapasionados.

—Te he dado lo que necesitabas.

—¿Y qué hay de lo que tú necesitas?

Él negó con la cabeza y pasó a su lado, levantó la puerta de lona y la lanzó sobre lo alto de la tienda.

—Aquí no. Ni ahora.

Ella no entendía lo que estaba sucediendo, por qué de repente Jared se comportaba de un modo tan frío y distante.

—Podemos volver a la casa y…

—No —la interrumpió él—. No quiero recibir placer de ti.

—¿Qué?

—No confío en ti, Ava —salió de la tienda sin cubrirse—. Y no creo que nunca confíe.

Empapada de sudor y desprovista de todo pensamiento racional, Ava se quedó en la entrada de la tienda y vio cómo se alejaba, adentrándose en la noche, tan atractivo, desnudo y cruel.

Capítulo 8

Jared encontró a Muña en el taller de su abuela, tiñendo las plantas y juncos que había recogido en los cañones y riachuelos cercanos al rancho. Se quedó unos momentos observando cómo transformaba los carrizos en el pigmento rojo oscuro, algo digno de admiración. Las largas trenzas de su abuela colgaban por debajo de sus hombros mientras les hablaba cariñosamente a las plantas, pidiéndoles que le concedieran el derecho de tejerlas en una de sus cestas.

—¿Dónde están? —preguntó en voz alta y suave, dirigiéndose a Jared. No se dio la vuelta, pero era obvio que había sentido su presencia.

Acostumbrado a la extraordinaria percepción de su abuela, Jared ni siquiera sonrió. Se adentró en el taller y se dejó caer en una silla.

—Han ido a comer a casa de Ben, por algo sobre la boda de Rita.

Muña asintió.

—¿Se ha llevado Ava a Estrellita?

—Sí.

—¿Ya se ha recuperado?

—Eso piensa su madre.

Muña levantó la mirada y observó a su nieto.

—¿Desearías que te hubiera invitado?

—¿Qué? —Las palabras de su abuela lo dejaron perplejo—. ¡No!

—¿A qué se debe la ira que siento que emana de tu espíritu?

Jared se pasó una mano por el rostro. La sensibilidad de su

abuela podía ser extremadamente útil en muchas ocasiones, pero en aquel momento no hacía más que llenarlo de frustración.

Ava se había ido una hora antes al rancho de su padre y se había llevado a Lily con ella. Después de que se fueran, Jared se había encerrado en su despacho con la intención de acabar el trabajo que se le acumulaba en la mesa. Pero intentar trabajar en su estado actual era completamente inútil, de modo que había ido a los establos y después al taller de Muña.

No estaba preparado para reconocerlo, ni siquiera a sí mismo, pero su abuela tenía razón. Estaba furioso… furioso porque Ava no le había pedido que las acompañara, furioso porque no sólo echaba de menos a Lily, sino también a Ava.

Ava.

¿Aquel nombre lo estaría acosando para siempre?

—Está creciendo —el comentario de su abuela lo devolvió a la realidad.

—Lo sé. No puedo creer que mi hija…

—No me refiero a Lily —corrigió Muña—. Es Ava.

—¿Ava?

—Se está convirtiendo en una mujer independiente.

—¿Qué quieres decir?

Muña sumergió una hebra de sauce en el agua y dejó que se ablandara.

—Ha elegido el perdón por encima del resentimiento y del odio —le lanzó a su nieto una mirada reveladora—. Creo que aferrarse a unos sentimientos tan destructivos es propio de los niños.

Jared apretó los labios con irritación.

—¿Estás insinuando que eso es lo que he hecho yo?

—No me corresponde a mí decirlo, pero…

—Pero de todos modos lo dices.

—Jared, lo has hecho muy bien por ti mismo. Por nosotros dos. ¿Por qué sigues guardándoles rencor a Ava y a su padre?

—Ben Thompson se merece todo mi odio y más —mascullló él entre dientes.

—¿Pero con qué fin? ¿Qué esperas conseguir con eso?

De repente el taller se volvió opresivo. Jared sintió cómo las paredes de color naranja pálido se cerraban en torno a él.

—Quiero que ese hombre sufra tanto como nos hizo sufrir a

nosotros.

Muña negó tristemente con la cabeza.

—Ben Thompson nunca ha sido la causa de mi sufrimiento.

—¿Por qué dices eso? —Jared soltó un bufido de burla y le dio un puntapié a una rama de sauce—. Vivíamos en una chabola en sus tierras antes de que nos echara a la calle.

—Vuelvo a repetir que él nunca me ha hecho sufrir —insistió Muña con orgullo.

—Si no es sufrimiento, ¿cómo lo llamarías entonces?

—Una ola, una piedra en las apacibles aguas de un río.

—Más bien una roca afilada, con la que uno podría desgarrarse la carne si no se tiene cuidado.

—Yo no te he educado para que veas la vida de ese modo.

—Será la herencia de mi padre, entonces —dijo él levantándose.

Una expresión de tristeza cubrió el rostro de Muña.

—Te quiero, Jared. Pisa con cuidado la tierra que estás sembrando.

Jared sintió una punzada de irritación. Se quedó allí un momento, viendo cómo Muña volvía a su labor. Sabía que su advertencia ponía fin a la conversación.

Su abuela era muy sabia, pero también era demasiado amable e indulgente. Pero a pesar de sus consejos, estaba dispuesto a que Ben Thompson pagara por lo que había hecho. No sólo a Muña y a él mismo, sino también a Ava y a Lily.

Salió del taller y se dirigió directamente a su despacho. Una vez allí, agarró el teléfono y marcó el número de su abogado. Iba a asegurarse de que cuando el rancho de Thompson estuviera en venta, él sería quien hiciera la primera y más elevada oferta.

* * *

Hacía cuatro años que no volvía allí.

Con un nudo en la garganta, Ava contempló su viejo dormitorio. Nada había cambiado. El mismo color amarillo cubría las paredes, la misma cama de columnas de arce seguía en el centro de la habitación, con aquel edredón blanco, verde y amarillo que había tenido desde los doce años. Las mismas lámparas y el mismo

escritorio. El mismo olor a flores secas y a gomas de borrar. Y la misma estantería de madera con los corazones verdes que ella había pintado cuando estaba en décimo grado.

Sonrió al recordar lo que estaba escrito en la parte de atrás de la estantería.

Ava quiere a Jared.

Y en mayúsculas:

SIEMPRE.

La sonrisa se desvaneció al pensar en la noche anterior. Después de la humillación sufrida, no debería sentir nada más que rencor hacia Jared. Primero la había tratado con ternura y pasión, para después dejarle claro que ya no tenía interés en ella.

La tristeza la invadió y las lágrimas amenazaron con afluir a sus ojos. Tiempo atrás, él la había amado tanto…

—Bonito póster de Van Halen, hermana —dijo Rita, entrando en la habitación.

Rita… Era en ella en quien debía concentrarse. En ella y en su inminente boda.

—La verdad, no puedo creer que guardaras estas cosas hasta los veinte años —se burló su hermana dándole un codazo.

—Ni yo puedo creer que papá las haya conservado desde entonces —dijo ella riendo.

—Sí, bueno, eso demuestra lo mucho que te ha echado de menos.

—Claro.

—Es cierto, hermana.

Ava se sentó en la cama. El abultado colchón se hundió bajo su peso, como siempre.

—¿Lily aún está viendo el rancho?

—Sí —respondió Rita sentándose a su lado—. El abuelo no la suelta de la mano.

Ava sintió una punzada de envidia. Su padre nunca la había tomado a ella de la mano. Ni una sola vez.

—Nunca la había visto tan feliz.

Rita sonrió.

—Encontrarse con un padre y un abuelo en la misma semana hace feliz a cualquier niña.

—Sobre todo a una niña como ella.

—Lleva mucho tiempo deseando tenerlos, ¿eh?

—No sabes cuánto —dijo Ava con un suspiro.

—Me alegra de que Sakir y yo decidiéramos casarnos. —Rita le hizo un guiño—. Gracias a eso habéis venido Lily y tú.

—Bueno, la promesa de ver a su tía Rita fue fundamental.

—Qué niña tan afortunada.

Ava se echó a reír. Era maravilloso poder hablar con su hermana menor.

—Por cierto, ¿dónde está tu misterioso jeque?

—Ha tenido que irse del pueblo por un asunto urgente. Pero te manda recuerdos.

—¿Entonces no voy a conocerlo hasta el día de la boda?

Rita se levantó y se acercó a la ventana.

—Es muy posible.

—Tú lo quieres, ¿verdad, Rita?

—Por supuesto.

El tono inquieto de Rita preocupó a Ava. No le gustaba que aún no hubiera conocido al hombre con el que su hermana iba a casarse. Sentía que era su obligación como hermana mayor y como dama de honor, someter al novio a un duro interrogatorio para asegurarse de que era digno de Rita.

—Será mejor que bajemos —dijo Rita con una radiante sonrisa —. Podemos echarle una mano a María mientras la acosamos con preguntas sobre su relación con papá.

—Aún no logro asimilar eso.

—¿El qué? ¿Cómo ha pasado papá de ser un fanático xenófobo a estar saliendo con una imponente mujer mexicana?

—Sí, eso mismo.

Rita se echó a reír y le tendió una mano.

—La gente cambia, ¿no crees?

Ava le tomó la mano y dejó que su hermana la levantara de un tirón.

—Sí, pero nunca imaginé que papá pudiera.

—Yo tampoco, pero así ha sido y ahora te toca a ti perdonarlo. Dale una oportunidad para explicarse y disculparse.

Ava la siguió a la puerta y por el pasillo, sintiendo cómo la tensión crecía en su interior. Si su padre había cambiado, ¿por qué no había podido hacerlo antes, cuando Jared formaba parte de ella y la amaba con locura? Podría haber sido un padre para Lily y tal vez un marido para ella…

Un marido.

La palabra se quedó grabada en su mente. Había olvidado lo que dijo Jared la noche anterior… y lo que ella le había confesado. ¿Por qué no parecía haberlo sorprendido descubrir la verdad?

Mientras bajaba las escaleras se juró en silencio que le preguntaría por su falta de reacción en cuanto volviera a verlo aquella noche.

—Igual que en los viejos tiempos, chicas.

Al pie de la escalera estaba su padre, vestido con unos vaqueros y una camiseta. Estaba sonriendo y ofrecía su mano arrugada y bronceada. Ava se puso rígida.

Rita la agarró de la mano y le dio un apretón.

—Hola, papá —dijo Ava con vacilación—. Gracias por invitarnos a comer.

—Gracias a ti por venir, Ava —respondió su padre ensanchando la sonrisa—. Y por traer a mi nieta.

* * *

—Hemos visto a la tía Rita y al abuelo y el rancho y todos los animales —dijo Lily, antes de recostarse en la almohada y bostezar.

Jared arropó a su hija hasta la barbilla y metió los bordes de la manta por debajo del colchón, como a Lily le gustaba. Se estaba acostumbrando demasiado a aquella rutina tan maravillosa.

—¿Viste ese árbol tan grande que hay junto a la puerta de la cocina? —le preguntó, sin añadir que fue allí donde Ava y él se dieron su primer beso.

—Sí, seguro que crece hasta llegar al cielo, ¿verdad?

—Seguro que sí.

—¿Y sabes qué?

—¿Qué?

—También he visto a María.

—¿María? ¿Quién es María, Estrellita?

—La novia del abuelo.

Jared dudó, inseguro de haber oído bien.

—¿Tu abuelo tiene una novia?

Lily asintió lentamente.

—Es de México y es muy guapa y hace una comida buenísima con maíz y queso.

Desconcertado y un poco irritado, Jared se echó para atrás en la silla. ¿Ben estaba saliendo con una mexicana? ¿Ben, uno de los peores xenófobos de Paradise? Imposible. Lily debía de estar equivocada.

—Hora de leerte tu cuento, Estrellita.

Era Muña, que acudía a leerle el cuento a Lily tal y como había prometido. Jared no tuvo más remedio que tragarse las preguntas que quería hacerle a su hija.

Muña ocupó la silla que él había dejado libre y sonrió.

—Mi Estrellita va a conocer su futuro antes de dormirse. No te importa, ¿verdad, Jared?

—No, claro que no —se inclinó y besó a Lily en la frente—. Buenas noches, cariño.

—Buenas noches, Jared —respondió la niña con una sonrisa.

Mientras se alejaba por el pasillo, le llegó la voz de Muña:

—Dime otra vez en qué mes naciste, Estrellita y hablaremos de tu futuro…

* * *

Jared pensó en bajar a la cocina a tomar un bocado, pero desistió y se dirigió hacia su habitación. Una vez allí, salió al balcón. Necesitaba respirar aire puro para sentirse mejor.

Obviamente Ava había tenido la misma idea, pensó al verla en el balcón contiguo, apoyada en la barandilla mientras contemplaba el cielo nocturno. Llevaba un top blanco de seda y un pantalón de pijama a juego y el pelo largo y rubio le caía suelto por los hombros. Parecía una criatura de otro mundo, tan hermosa que

Jared tuvo que reprimirse para no saltar la barandilla y tomarla en sus brazos.

—¿No puedes dormir?

Ava dio un respingo y se volvió hacia Jared con una mano en el pecho.

—Me has asustado.

—Lo siento.

—No pasa nada —dijo ella riendo—. ¿Lily está bien? ¿Ha protestado mucho para irse a la cama?

—En absoluto. Muña está con ella. Parece que tienen un futuro que consultar antes de que Lily pueda dormirse.

Ava se apoyó de espaldas contra el balcón y sonrió.

—Me había olvidado de eso.

—Pero creo que se quedará dormida enseguida. Parecía muy cansada.

—Ha tenido un día fantástico.

—Eso he oído.

La noche veraniega era fresca y una ligera brisa soplaba sobre la llanura.

—Escucha, Ava. Aprecio que dejes que se quede aquí, aun cuando ambos sabemos que ya no tiene gripe.

Ella se encogió de hombros.

—Mereces pasar tiempo con ella.

—¿Quieres decir antes de volver a Nueva York?

—Sí.

—Creo que irse de Paradise es una mala idea.

—Mi trabajo está allí. Si no fuera así, tal vez podría considerar…

—¿Considerar qué? ¿Venirte a vivir con tu padre?

—Tal vez.

—¿Y yo?

Ella le dedicó una cálida mirada.

—Sí.

Jared no supo qué fue lo que lo golpeó, pero sí supo que no podía detenerse. Saltó con facilidad al balcón de Ava y la tomó posesivamente en sus brazos.

—¿Qué otra cosa te mantiene en Nueva York? No tienes pareja y sé que nunca la has tenido.

—Yo… ¿Cómo lo sabes?

—No fue fácil descubrirlo, Ava.

—Pero ¿por qué has…?

—Quería saber si había alguien más que pudiera reclamar a mi hija.

Ava bajó la mirada.

—Claro…

—Mi única pregunta es: ¿por qué me mentiste?

Ella negó con la cabeza y se volvió.

Mientras el viento se arremolinaba en torno a ellos, Jared deslizó un dedo bajo su barbilla y le hizo girar la cabeza hacia él.

—No querías que yo fuera en tu busca, ¿verdad? Sabías que si me hacías creer que estabas con otro hombre, nunca iría por ti, ¿no es cierto?

—Sí —confesó ella con los ojos inundados de lágrimas.

—Maldita seas, Ava.

Se inclinó y la besó con una determinación feroz. Estaba duro como una piedra, dispuesto a hacerle el amor allí mismo, contra la pared, bajo el cielo negro.

—¿Por qué has tenido que volver? —le murmuró contra su boca.

—Lo siento —susurró ella, pasándole la lengua por el labio inferior—. Lo siento. Lo siento mucho…

Pero él ya no podía oírla. Sólo le llegaban los sonidos del placer. Llevó las manos hasta su cintura y le quitó el top blanco por encima de la cabeza. No llevaba sujetador. Sus pezones se ofrecían, oscuros e hinchados.

Su erección fue casi dolorosa.

Mientras se quitaba la camisa, se dio cuenta de que no podía hacerlo con calma y lentitud. No después de lo que habían experimentado en la sauna. No después de la noche de frustración por la que él había pasado.

La necesitaba, necesitaba devorarla, consumirla y no le importaba lo que sucediera después, al día siguiente, la semana próxima… La miró a los ojos y le tomó los pechos con las manos, deleitándose con su tamaño y textura. Sabía que a ella siempre le había encantado que la tocara allí y lo demostró presionándose contra sus palmas.

Jared usó los pulgares para jugar con los pezones, endureciéndolos hasta que la oyó gemir, un sonido profundo y

cavernoso que le abrasó el pecho de deseo.

No importaba lo despacio que quisiera ir; no podría esperar mucho más.

Se arrodilló y le desabrochó el pantalón del pijama, besándola la piel desnuda que iba revelando. El vientre de Ava sabía cálido y dulce y él le lamió el ombligo y la incitó a mover las caderas.

Y todo mientras su olor femenino lo embriagaba.

No, no podía esperar más.

Se puso de pie, la agarró por las caderas y se presionó contra ella, presionando el miembro erguido contra sus muslos.

—Basta —susurró ella—. Te quiero dentro de mí.

Jared gimió y metió la mano en el bolsillo trasero de sus vaqueros, en busca del preservativo que sabía que guardaba allí. Lo abrió a ciegas, mientras ella lo besaba como si quisiera hacerle el amor con la boca, diciéndole en silencio lo que tenía que hacer.

Sin perder más tiempo, se bajó la cremallera y se puso el preservativo; y entonces la penetró.

Ava creyó que había muerto y subido al cielo. Gritó bajo la noche, como si Jared no sólo hubiera invadido su cuerpo sino también su alma. Y quizá así había sido. Tenerlo en sus brazos y en su interior era una sensación tan familiar que le entraron ganas de llorar de emoción.

Pero él no le dio oportunidad para derramar lágrimas. Agachó la cabeza y le atrapó un pezón con la boca. Sus acometidas se hicieron cada vez más frenéticas, mientras pasaba la lengua alrededor de la punta rosada.

Ava echó hacia atrás la cabeza y contuvo la respiración, sintiendo cómo una subliminal burbuja de calor crecía en su útero.

Destellos de rojo deseo estallaban en su vientre y se propagaban hacia abajo. Sintió que el miembro y los músculos de Jared se endurecían y tensaban aún más mientras le golpeaba las caderas con la entrepierna.

Las olas de placer la anegaban, una tras otra, dificultándole la respiración, arremolinándose en su interior… hasta que finalmente sucumbió y dejó escapar un jadeo gutural.

El clímax la golpeó con sorprendente fuerza.

Un torrente de sangre atronaba en sus oídos, pero aun así pudo oír el largo gemido de Jared al lanzar su última y furiosa embestida.

Los momentos siguientes transcurrieron envueltos en una neblina difusa. Los dos respiraban agitadamente y la brisa nocturna les refrescaba la acalorada piel.

—Siempre me han encantado los ruiditos que haces —susurró él.

—Espero que no hayamos despertado a Lily —dijo con una sonrisa.

Jared se echó a reír.

—Querrás decir que esperas no haber despertado tú a Lily.

Ella se apartó y le dio un golpe amistoso en el brazo. Él la miró con una ceja arqueada.

—Tú has sido la más ruidosa, Thompson. Admítelo.

—Tú tampoco has sido muy discreto —respondió ella.

—Tranquila —se inclinó y la besó dulcemente en la boca—. Nuestra hija tiene el sueño pesado.

«*Nuestra hija*», pensó ella. ¿Se atrevería a derretirse allí mismo, bajo la intensa mirada del hombre al que tanto amaba?

—Hoy ha tenido un día formidable.

—Sí, eso me dijo.

—Odio decirlo, pero estaba muy entusiasmada por tener un abuelo.

Jared apretó los labios y la mandíbula.

—Por favor, no te pongas así —le pidió Ava—. Creo que de verdad ha cambiado, Jared.

Él se puso rígido, se apartó y se subió rápidamente la cremallera.

—¿Tenemos que hablar de tu padre ahora?

—¿Por qué estás tan enfadado con él? Si hay alguien que debiera estarlo soy yo.

—Ese hombre es un farsante.

Ava se sintió de repente muy desnuda. Se agachó para recoger su ropa y la presionó contra sus pechos.

—Mi padre puede ser muchas cosas, pero mantiene su palabra.

—¿Qué significa eso?

—Os acogió a Muña y a ti hasta que estuvisteis listos para iros del rancho, ¿no?

—Tu padre nos echó a patadas de sus tierras una semana después de tu marcha.

Una corriente de rabia pura recorrió lentamente las venas de Ava.

—¿Qué?

—Igual que no quería mirar a su nieta mestiza, tampoco quería mirar al padre mestizo de la niña.

Ava sintió que el horror se le concentraba en la garganta.

—No, imposible. Él no pudo hacer algo así.

—Lo hizo.

Ava apenas podía mantenerse de pie. No quería creer lo que Jared había dicho, no quería pensar que su padre hubiera hecho algo tan horrible. Pero en el fondo sabía que era cierto.

Y después de un día como aquel…

Suspiró, profundamente decepcionada. Había mantenido una conversación maravillosa con su padre después del almuerzo. Él se había disculpado por todo lo que había hecho, pero no había dicho nada de lo que Jared mencionaba.

Con la vista fija en el suelo, se apartó de Jared.

—¿Adónde vas? —preguntó él.

—A ver a Lily —respondió ella, poniéndose el top.

—¿Vas a volver aquí?

Ella dudó. Quería volver, pero estaba tan cansada, insegura y decepcionada consigo misma y con su padre que necesitaba estar sola.

—No creo que sea buena idea.

—De acuerdo —dijo él sin ocultar su amargura.

El aire nocturno pareció hacerse más frío y húmedo de repente.

—Jared, es por el bien de Lily. Si se despierta temprano y nos ve juntos, podría… —Podría albergar las mismas esperanzas que su madre, pensó.

—Lo entiendo, Ava. —Jared agarró su camisa y saltó por encima de la barandilla de vuelta a su balcón—. Que pases una buena noche —se despidió antes de entrar en su habitación.

Y ella se quedó sola de nuevo, viendo cómo se iba.

Pero esa vez había sido ella quien lo había echado.

Luchó por contener las lágrimas. Cielos, ¿qué clase de futuro tenían, de tener alguno?

«*Que pases una buena noche*».

Se rió amargamente. Una buena noche… Ya no sabía lo que era eso.

Capítulo 9

Jared escuchó con atención cómo Ava hablaba con su padre por teléfono. Ella no sabía que él la estaba escuchando y mejor que fuera así. A las siete de la mañana la había oído en la cocina, haciendo café y descolgando el teléfono sólo para volver a colgarlo al segundo siguiente. Él estaba en el porche, contemplando el amanecer y cuando oyó que empezaba a hablar acercó la silla a la puerta.

—Necesito saber la verdad, papá.

La verdad. Jared casi se rió en voz alta. Aquel hombre no reconocería la verdad ni aunque estuviera sentado encima.

—Entiendo que Lily estuviera cansada y quisiera irse a casa —siguió Ava, claramente inquieta—. Pero yo habría esperado unos minutos más. Necesitaba oír todo lo que tenías que decir.

Jared se levantó y miró por la ventana. La luz del sol iluminaba la cocina y una pálida Ava estaba sentada en un taburete, con una expresión de pena y confusión.

—Pero ¿por qué? —preguntó con voz ahogada—. ¿Por qué hiciste que se marcharan?

Jared se quedó perplejo. Se lo había dicho. Ben Thompson le había contado la verdad.

—¿De verdad esperas que me crea que has cambiado… que de pronto has perdido tus prejuicios raciales de toda la vida?

Al oír la apenada voz de Ava, Jared sintió cómo la ira crecía en su interior. No quería oír más. Quería subir a su despacho y refugiarse en el trabajo. Pero no podía cruzar la cocina sin que Ava

lo viera. Tendría que ir hasta la puerta principal.

Cuando estaba bajando los escalones del porche, oyó que la puerta de la cocina se abría con un chirrido.

—¿Jared?

Demasiado tarde. Se volvió y la vio. Tenía los ojos enrojecidos.

—¿Estabas escuchando? —le preguntó ella.

Él asintió, esperando un reproche seguro.

Pero ella no lo acusó ni reprendió. Se limitó a sentarse en la silla que él había dejado libre y dejó escapar un prolongado suspiro.

—Lo siento.

—¿Por qué? —preguntó él duramente.

—Por todo eso. Las mentiras, los secretos, lo que mi padre os hizo a ti y a Muña…

—Todo eso se acabó.

—No, no se ha acabado. No entre nosotros dos.

Tenía la voz ronca por la frustración y sus ojos lo miraban tan implorantes como la noche anterior.

—No voy a perdonarlo, si es eso lo que me estás pidiendo —declaró él con firmeza.

—¿Qué pasa conmigo, entonces? —le preguntó ella, frunciendo el ceño con melancolía.

Jared dejó escapar un suspiro.

—Ava…

—Hola, mamá. Hola, Jared.

Su encantadora hija salía en ese momento por la puerta. Los miró a los dos, extrañada. Jared se apresuró a ofrecerle una mano. No quería que la pequeña percibiera la tensión.

—Buenos días, Estrellita.

Ella fue hacia él al instante, como si supiera a quién pertenecía.

—Hoy quiero ir al lago.

—Al lago, ¿eh?

—Quiero ver a mis ranas.

Ava se levantó y se obligó a sonreír.

—Yo te llevaré esta tarde, Lil.

—No —dijo Jared rápidamente, levantando a Lily en brazos—. Te llevaremos los dos.

La pequeña soltó un chillido de alegría y enterró la cara en el pecho de su padre.

* * *

-Va a llover.

—¿Cómo lo sabes, mamá?

Los tres estaban sentados bajo un árbol junto al lago. Habían dispuesto un picnic a base de *sandwiches* de pavo y botellas de limonada.

—Jared me enseñó a ver la lluvia en las nubes, Lil.

—¿Cómo? —preguntó la niña, mirando a Jared con los ojos muy abiertos.

—Mira. —Jared le señaló una nube cargada—. ¿Ves esas manchas oscuras de la nube?

La niña asintió con entusiasmo.

—Eso significa que va a llover.

—¿Cómo lo has aprendido?

—Me lo enseñó mi abuelo. Y a él se lo enseñaron sus ancestros.

—Yo también quiero tener «*ansestos*» —dijo Lily.

—Cariño ya los tienes —le aseguró Ava—. Rita y… el abuelo.

—¿Cuántos «*ansestos*» tienes tú, Jared? —le preguntó, agarrándolo de la mano.

—Cientos, creo.

—Yo también quiero tener cientos.

—Bueno —dijo él con una cariñosa sonrisa—. Puedes tener los míos, Estrellita.

—¿De verdad? —preguntó la niña, dando un respingo.

—Claro que sí —respondió Jared mirando a Ava.

Llena de entusiasmo, Lily echó a correr colina abajo, persiguiendo una mariposa.

Durante unos minutos ni Ava ni Jared hablaron. Se limitaron a mirar hacia donde Lily estaba buscando las ranas. Tal vez ellos también estaban buscando… las palabras.

—Tenemos que decírselo —dijo él, rompiendo el silencio—. Tiene que saberlo.

—Lo sé.

Ava estaba nerviosa. Finalmente empezaba a darse cuenta de por qué había vuelto a Paradise. Para enfrentarse a la verdad.

Jared tenía razón. Era el momento. Y él también merecía la

historia completa. Merecía saber el trato que ella había hecho con su padre y por qué se había marchado realmente de Paradise.

El estómago le dio un vuelco. Él jamás lo vería como un acto de amor, como un sacrificio.

—No pienso esperar mucho más tiempo, Ava.

—Lo sé —volvió a decir ella, antes de volverse a seguir contemplando a su hija.

—Mañana tengo que ir a San Antonio para una exposición de mis cestas.

—Es estupendo, Muña —dijo Ava, admirando las obras de arte que Muña había dispuesto en la mesa del comedor después de la cena—. Son impresionantes. Estoy segura de que venderás muchas.

—No se trata de vender —replicó Muña. Se sentó junto a la mesa y se echó hacia atrás las trenzas—. Se trata de la colocación de las piezas. Hay que asegurarse de que encuentran su camino a casa.

Ava arqueó una ceja.

—¿A casa?

—Cada cesta tiene un dueño antes de que esté acabada.

—¿En serio?

Con una ligera reverencia, Muña levantó una cesta tejida con tres tonalidades de azul y la presionó contra su corazón.

—Cuando esta cesta era sólo hebras y plantas, estaba en su estado más crudo y verdadero. Sólo entonces podía unirse verdaderamente a su igual.

Estado crudo y verdadero, pensó Ava. ¿Se estaría refiriendo Muña a Jared y a ella?

—¿Y cómo encuentra una cesta su igual? ¿Cómo se reconocen el uno al otro?

—Sienten una necesidad mutua. Una necesidad que sólo entre los dos pueden saciar —les sonrió, primero a Ava y después a Jared y se levantó con agilidad de la silla—. Buenas noches, pequeños míos —dijo, antes de colocar la cesta en la mesa y salir del comedor.

* * *

Jared caminaba hacia su sweat lodge bajo la lluvia. Se sentía mejor en el exterior, en contacto directo con la Naturaleza, que encerrado un minuto más en el interior.

Una hora antes, había estado entre Muña y Ava, sintiendo el diálogo tácito que cargaba el ambiente. Uno a uno se habían marchado, dejando aquella turbulenta energía en el comedor, sin duda con la esperanza de que no los seguiría.

Muña había ido a la habitación de Lily, donde la pequeña había exigido varios cuentos antes de acostarse. Ava se había retirado a su dormitorio y Jared se había refugiado en su despacho. Tras dos horas trabajando, vio el informe de una familia de tres miembros, padre, madre e hija, que querían asegurar su futuro económico. Eso le recordó a Jared su propia y extraña situación familiar. Se había impacientado y finalmente decidió ir a darse un baño de sudor.

Pero antes de salir de la casa, se detuvo en la puerta de Ava y tuvo que reprimir el impulso de llamar.

Cuando vio a lo lejos la tienda, echó a correr para cubrir los últimos metros. Estaba cansado de luchar contra esa atracción, contra el deseo que sentía por Ava. ¿Por qué no podía simplemente admitir que la necesitaba, que si ella decidía volver a Paradise él no se privaría de verla, que le haría el amor siempre que pudiera?

La puerta de lona de la tienda había sido alzada y colocada sobre el techo y Jared se detuvo antes de entrar. La última vez que estuvo allí había escapado de Ava. ¿Habría dejado ella la puerta así?

La respuesta le llegó nada más entrar, en forma de la visión más sensual que había visto en su vida.

Ava.

Allí estaba. Sonriéndole, completamente desnuda, con el pelo cayéndole por los hombros y los pechos. De pie sobre las frías rocas entre las que había varias velas encendidas.

La visión le contrajo el pecho a Jared. Era inútil resistirse; era absurdo hablar. Se desnudó y fue hacia ella.

—Estoy en mi estado crudo y verdadero —dijo con un ligero atisbo de sonrisa.

—Yo también —los verdes ojos de Ava brillaban con malicia.

Jared alargó una mano y le tomó un pecho. Soltó un gemido de deseo.

—Eres tan hermosa…

—Gracias —respondió ella con una dulce sonrisa.

—Me alegra que hayas vuelto.

—Creo que tenemos algo que acabar.

—Sí —le acarició los labios con el pulgar. Unos labios con los que había fantaseado durante cuatro años—. Este lugar es muy especial para mí. Aquí es donde rezo y bailo.

—¿Y donde haces el amor? —se apresuró a preguntar ella, un poco aprensiva.

Jared se inclinó y rozó ligeramente su boca con la suya.

—Nunca he hecho el amor con una mujer aquí.

Ava sintió que se derretía contra él. Apoyó la cabeza en su hombro y experimentó aquella sensación tan familiar de protección. Pero el calor aterciopelado de su boca la atraía irresistiblemente, de modo que lo besó con una pasión que llevaba reprimiendo demasiado tiempo, deslizando las manos por su musculoso pecho hasta su cuello.

No podía creer que hubiera tenido el valor suficiente para ir allí, para estar completamente desnuda en el espacio sagrado de Jared y suplicarle que le hiciera el amor.

Pero ésas eran las cosas que hacía una mujer enamorada.

Jared se apartó un momento para mirarla a los ojos. Ava casi podía oír las notas de una flauta india, retumbando en su pecho y en su útero.

—Mi espíritu baila con el tuyo —dijo él, con los ojos brillándole de puro deseo. Un deseo que Ava comprendía.

Con toda la pasión que colmaba su alma, lo besó por el cuello, notando su pulso acelerado al pasarle la lengua.

Jared murmuró algo incomprensible y ella sintió su dureza contra el vientre. Bajó hasta su pecho y le tomó un pezón entre los dientes. Jared gimió y presionó sus caderas contra ella.

Ava sintió que se estaba derritiendo de dentro afuera, completamente líquida. La pasión que ardía entre ellos siempre había sido así, pura y primitiva y a ella le encantaba.

Llevó una mano hacia abajo y le agarró el miembro. Jared volvió a gemir y la agarró por la muñeca. Sus ojos se encontraron a la tenue luz de las velas y él le sonrió al tiempo que le hacía mover la mano arriba y abajo… lentamente al principio, pero cada vez

más rápido. También se aceleró su respiración, sus ojos ardían y no paraba de pronunciar palabras y frases escandalosas… que sólo consiguieron excitar aún más a Ava.

De repente Jared la soltó y movió la palma sobre su vientre. Abajo, más abajo, hasta llegar a su entrepierna. Muy lentamente, introdujo un dedo entre los húmedos rizos y entre sus pliegues carnosos.

Ava gimió y su puño se cerró con fuerza alrededor del miembro de Jared.

—No puedo esperar más —susurró con voz ronca—. No me hagas esperar más. No me hagas suplicar, Jared.

—¿Quieres esto? —dijo él, sacando el dedo y volviendo a meterlo—. ¿Lo deseas?

—Sí —respondió ella sin aliento.

Él la hizo tumbarse de espaldas sobre la alfombra que cubría el suelo de tierra.

—¿Llegarás al orgasmo conmigo?

Ella asintió, sin poder hablar. El cuerpo no le permitía pronunciar palabra, anticipándose a lo que más ansiaba.

Después de ponerse un preservativo, Jared se colocó sobre ella y la penetró lentamente, mirándola a los ojos. Ava se dio cuenta de que había algo más tras aquella mirada de color gris. Algo triste y dulce al mismo tiempo.

La intensidad que los unía era tan fuerte que Ava quiso apartar la mirada, pero sabía que no debía hacerlo. El amor fluía por sus venas mientras él se movía en su interior. Le rodeó la cintura con las piernas y lo presionó más contra ella. Al principio las embestidas de Jared eran débiles, pero poco a poco se hicieron más rápidas. El sudor cubría su frente mientras amoldaba su cuerpo al de ella.

—Recuerdo esto —murmuró él, agarrándola por los glúteos y levantándole las caderas.

Aquella vez Ava no pudo contener las lágrimas y dejó que afluyeran a sus ojos y resbalaran por sus mejillas. Ella también lo recordaba. Era como si el tiempo no hubiera pasado.

¡Dios! ¿Cómo podría saber Jared alguna vez cuánto lo amaba ella?

La lluvia golpeaba el techo de la tienda como los tambores de una tribu y Jared siguió el ritmo de las gotas. Ava se estremeció

violentamente. Prolongar el clímax era casi imposible.

Entonces gritó, gritó su nombre y se rindió en una poderosa convulsión.

—Ava… Nahesta —murmuró él mientras empujaba una última vez, antes de lanzarse con ella al vacío.

Se desplomó sobre ella, respirando con dificultad, con la piel tan caliente y protectora que Ava deseó que se quedaran así para siempre.

Pero, estando entre sus brazos, Ava no pudo evitar preguntarse qué pasaría a continuación. ¿Jared se marcharía sin decir una palabra? Sin embargo, sus miedos desaparecieron cuando él se tumbó de costado, la estrechó en sus brazos y la mantuvo fuertemente sujeta contra su cuerpo.

Ava dejó escapar un suspiro, un suspiro que había estado conteniendo desde que se marchó de Paradise.

Escuchando los latidos de Jared, que poco a poco se iban calmando, se permitió relajarse y dormir, sumida en una profunda sensación de paz.

Capítulo 10



Quiero llevarme a Lily.

Ava estaba sentada con Jared y su hija en el porche cuando su hermana propuso cuidar de Lily unas cuantas noches.

—Vamos, hermana —la animó Rita, cruzándose de brazos.

—¿Vas a llevarla a casa de papá? —preguntó Ava con un tono neutral por el bien de Lily, pero lanzándole a Rita una mirada de advertencia.

—Todos queremos pasar tiempo con ella. Y puedo llevarla al ensayo de la boda yo misma.

—Rita, ha estado enferma y…

—Ya no lo está —la interrumpió Rita, guiñándole un ojo a Lily —. ¿Verdad, ratoncito?

—No —dijo Lily negando con la cabeza, mientras se balanceaba en la rodilla de Jared.

—¿Lo ves? —dijo Rita, apoyándose contra la barandilla de madera—. Quiero conocerla bien. Y también papá.

Ava puso una mueca. Por supuesto, quería que Lily conociera a su familia y pasara tiempo con ellos, pero había varias cosas que tener en cuenta. Una de ellas era su padre. Sin ella cerca, ¿sería igual de cariñoso y amable con Lily? Y otra era… que sin Lily y Muña en el rancho de Jared, no había razón para que ella se quedara tampoco.

La noche anterior había sido maravillosa, salvo que una vez que salieron de la tienda y volvieron a casa, se acostaron en sus respectivas camas. Y a ella le habría encantado despertarse en los

brazos de Jared aunque sólo fuera una vez.

Miró a su hija y sonrió.

—¿Quieres irte a dormir a casa de la tía Rita y ver al abuelo?

—¡Sí, sí, sí! —exclamó la niña.

A Ava se le derritió el corazón al ver el entusiasmo de su hija. Después de la boda, la vida volvería a la normalidad. Ellas regresarían a Nueva York, lejos de su familia. Lily merecía pasar tiempo con ellos.

—Está bien —dijo Ava, revolviéndole el pelo a Lily—. Pero sólo un par de noches.

—¡Sí! —gritó Lily—. ¡A casa del abuelo!

—¿Te parece bien, Jared? —le preguntó Rita.

Jared miró a Ava con expresión inescrutable y luego a su hija.

—Desde luego.

—¿Me llamarás cuando Tayka tenga su bebé? —le preguntó Lily, abrazándose a él.

—Pues claro, Estrellita —la besó en lo alto de la cabeza—. Ahora ve a divertirte con tu abuelo y tu tía Rita.

* * *

Jared puso los pies sobre la mesa, ignorando los comentarios, consejos y objeciones que su abogado le repetía por teléfono.

—No me estás escuchando, Blake.

—¿Ha considerado el gasto de un sitio como ése? —le preguntó el abogado.

—Pues claro que sí —después de todo, su trabajo consistía en eso. Si un cliente acudía en busca de consejo para comprar un viejo rancho en ruinas, él se encargaba de hacerlo cambiar de idea. Pero en aquella ocasión no se trataba de los beneficios o las inversiones —. Lo quiero, Blake. No me importa cuánto cueste.

—Señor Redwolf, por favor, escúcheme…

Jared soltó una maldición, bajó los pies de la mesa y se inclinó hacia delante.

—Consígueme ese rancho —dijo y cortó la comunicación.

—¿Qué estás haciendo?

Jared levantó la mirada y vio a Ava en la puerta. Tenía un

aspecto encantador, con una blusa blanca, unos pantalones de color marrón claro y el pelo recogido en lo alto de la cabeza. Fruncía el ceño con preocupación.

—Negocios —respondió secamente.

—¿Vas a comprar otro rancho?

—Es posible.

—¿Dónde? —Entró en el despacho y se acercó al escritorio.

Jared sintió una punzada de culpa, pero la apartó de inmediato. No estaba dispuesto a sentirse culpable por quedarse con aquel rancho. No después de lo que su propietario había hecho. No después de haber pasado años planeando su venganza.

—El rancho está aquí, en Paradise, cerca de Raven Trail.

—¿Raven Trail? Pero es ahí donde está nuestro…

—Ava…

—¿Por qué quieres ese rancho?

—Ya sabes porqué —se levantó y rodeó el escritorio.

—Sí, supongo que sí —con dedos temblorosos, se apartó una pelusa de la camisa—. Pero aún no está a la venta. Mi padre no ha decidido todavía…

—Me temo que no tendrá otra opción. El banco está dispuesto a embargarlo —aquellas palabras le supieron a dulce y deliciosa miel en su boca.

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo contactos.

Estaban tan cerca como la noche anterior, pero esa vez los separaban la ropa y la pena.

—Te hace feliz arruinarlo, ¿verdad? —dijo ella tranquilamente.

—Sí —a Jared no le gustó la expresión de sus ojos. No estaba enfadada; sólo confusa y dolida y él era la causa—. No voy a permitir que sus delitos queden impunes.

—Bien, pues que tengas buena suerte —le dedicó una sonrisa melancólica—. Sólo venía a decirte adiós y a agradecerte tu hospitalidad.

—¿Cómo dices?

—He hecho el equipaje y estoy lista para irme.

—¿Adónde? —preguntó, sintiendo cómo un puño invisible le atenazaba el corazón.

—A casa.

—¿A Nueva York? —Apenas pudo pronunciar las palabras.

—No, a casa de Rita.

Un ligero alivio lo recorrió. Se apoyó contra el escritorio.

—¿No quieres pasar también una temporada en casa de tu padre?

—¿Quieres decir mientras aún no sea suyo?

—Ava, el rancho va a acabar siendo de otra persona.

—Lo sé, pero ¿eres tú esa persona? ¿Ese lugar está destinado a ser tuyo?

—Hablas como Muña —dijo él haciendo un gesto de rechazo con la mano.

—Es una mujer muy sabia.

—Es demasiado indulgente.

Ava no respondió ni se movió. Permaneció mirándolo a los ojos, como suplicándole en silencio que se permitiera olvidar y perdonar.

Pero él no estaba dispuesto a hacer eso.

—Te veré en la boda, Jared —dijo finalmente. Se dio la vuelta y salió del despacho.

Estaba a mitad del pasillo cuando Jared la agarró de la mano.

—No te vayas.

—¿Qué?

—Quédate conmigo —le pidió, aunque no entendía esa necesidad desesperada por ella.

—¿Por qué? Lily se ha ido.

Él se llevó su mano a la boca y la besó en la palma.

—Quédate conmigo. No por nuestra hija, sino por mí.

Nunca había visto una lucha interna como la que percibió tras esos bonitos ojos verdes. Pero la comprendió muy bien. Él sentía lo mismo.

—¿Como en los viejos tiempos? —preguntó ella con una risa amarga.

—No… —La estrechó entre sus brazos—. Como en los nuevos tiempos. En los últimos cuatro años no he hecho más que imaginarnos a los dos en esta casa, solos.

Ava soltó un suspiro y se apretó contra él.

—Quiero hacerlo… —dijo, con una voz rasgada por la necesidad y el deseo.

—Pues hazlo —le presionó la cabeza contra su hombro—. En los

próximos dos días vamos a borrar los cuatro últimos años. Vamos a comer, a beber, a hacer el amor y a hablar de todo lo que ha pasado.

—De acuerdo —susurró y lo besó en el cuello, sobre su pulso acelerado.

* * *

El teléfono de la mesita de noche empezó a sonar, sacando a Ava de su ensoñación. Jared lo ignoró y la besó en el cuello con avidez.

—Puede ser Lily —dijo ella.

Jared soltó una exhalación y se apartó en un segundo. Con una amplia sonrisa, agarró el auricular y miró el identificador de llamada.

—No, es mi abogado. En los negocios no hay horarios que valgan.

En un instante, todo el romanticismo y la intimidad del momento se perdieron. Ava sintió que se encogía en el colchón. Era medianoche y acababan de hacer el amor de una forma increíblemente salvaje y apasionada. Los dos habían quedado exhaustos, sudorosos y abrazados el uno al otro.

—Claro —dijo ella.

—Ava, no…

—No deberías hacer esto —se apresuró a decir, sin pensar.

—¿Hacer qué?

—Comprar nuestro rancho, Jared.

La ternura de su expresión desapareció al momento. Se irguió y soltó un gruñido.

—Así que ahora es «*nuestro*» rancho, ¿no?

—No se trata de mi padre ni de salvarlo —replicó ella. Se sentó también y se cubrió los pechos con la sábana gris—. Se trata de ti. ¿No podemos olvidar el pasado? —Alargó una mano y le tocó el rostro—. ¿No es mejor deleitarnos con lo que tenemos ahora?

—¿Y qué tenemos ahora? —preguntó él arqueando una ceja.

Ava se mordió el labio. No sabía lo que tenían, sólo lo que ella sentía.

—Te quiero, Jared. Nunca he dejado de quererte —se irguió aún

más y alzó el mentón—. He cometido algunos errores y te he mentido. Pero espero que puedas perdonarme.

—¿Y tu padre? —preguntó él secamente—. ¿También debo perdonarlo?

—¿No crees que tu odio esté injustificado?

—No.

—De acuerdo, os echó de sus tierras y era un maldito xenófobo, pero yo no me fui por lo que él me hizo. No del todo.

La luna bañaba la habitación con su pálido resplandor plateado, iluminando la adusta expresión de Jared.

—Cuando mi padre descubrió que estaba embarazada —siguió ella. Tenía el corazón desbocado, pero estaba decidida a ser sincera —, me ordenó que me fuera a Nueva York, pero yo me negué. Me negué hasta…

—¿Hasta qué? —preguntó él, impaciente.

—Hasta que me dijo que os echaría a ti y a Muña si no me iba —inspiró hondo, sabiendo que lo que iba a decir a continuación podría significar el final para ambos—. Tal vez yo no creyera en ti. Tal vez no pensara que pudieras cuidar de nosotras. No lo sé. Estaba realmente asustada por aquel entonces. Pero sí sé una cosa. La principal razón por la que me marché fue para proteger lo que más quería: Muña, Lily y tú.

Al fin lo había confesado todo. Ya no guardaba más mentiras en el corazón.

—Tienes razón, Ava —dijo él. Los rasgos de su rostro estaban duros e inflexibles—. Mi odio ha estado injustificado. Todo este tiempo he creído que te marchaste porque tu padre te obligó.

—Quería venir a decírtelo…

—¿A decirme que no me creías capaz de manteneros a ti y a nuestra hija?

—Jared, tú estabas empezando tu camino al éxito. Yo no quería entrometerme en tus planes. No quería ser una carga para ti…

—¿Nuestra hija era una carga?

—¡No! Por favor, intenta comprenderme. Te amaba demasiado. Quería que tú y Muña estuvierais bien.

—¿Me dijiste antes que habías hecho el equipaje y que estabas lista para marcharte?

Ava se quedó helada al oír esas palabras. El amor de su vida la

estaba mirando lleno de odio. Tuvo que reprimir el sollozo que subía por su garganta para responder.

—Sí.

—Entonces quizá deberías irte.

Ella asintió lentamente y se levantó, llevándose la sábana consigo.

—Está bien, Jared. Me iré. Pero quiero que sepas una cosa: te amo y lamento profundamente todo lo que ha pasado. Pero nada de lo que hagamos cambiará el pasado. Ni yo, ni mi padre ni su rancho…

—Maldita sea —espetó Jared, mirándola con ojos entornados—. ¿Te has acostado conmigo para salvar el rancho de tu padre?

Las lágrimas afluyeron a los ojos de Ava y sintió que se le revolvía el estómago. Tenía que salir de allí, de aquella habitación, de aquella casa, de la vida de Jared.

—Me voy a casa —dijo, recogiendo su ropa con manos temblorosas—. Lily siempre estará en tu vida. Yo no.

Las piernas le flaquearon al pronunciar la sentencia, pero consiguió salir de la habitación.

Capítulo 11

El sol salió un poco antes de lo habitual, pero Jared tenía una resaca demasiado grande como para darse cuenta.

Después de que Ava se marchara la noche anterior, había ido directamente al bar de su despacho. Durante seis o siete horas, había permanecido apoyado en la mesa, intentando olvidar el pasado y a Ava con una botella de *whisky*, lo que resultó del todo inútil.

Se pasó las manos por el pelo y se recostó en la silla. Sabía que Ava no se había acostado con él para salvar el rancho de Ben. Sabía que aún lo amaba. Había visto el amor en sus ojos desde que la encontró en la tienda de la señora Benton…

—Estás comportándote como un niño, Jared Redwolf.

Jared gruñó y miró a su abuela, que entraba en ese momento en el despacho. Muña había vuelto de San Antonio antes del amanecer, había realizado sus meditaciones y luego, obviamente, había hablado con Ava o con Rita mientras se tomaba su té aromático.

—Muña, por favor —dijo con voz cansada—. No lo entiendes.

—Entiendo que tu orgullo ha sido herido —dijo ella, deteniéndose frente al escritorio. Parecía mucho más alta de lo que era.

—Me ha mentido.

—Tenía miedo de hacerte más daño. ¿Acaso no lo ha reconocido?

—Sí, pero…

—¿No eres capaz de perdonarla? ¿A la madre de tu hija?

—Muña… —empezó, con un tono de advertencia.

—¿Y tampoco lo perdonarás a él? —Siguió ella, con unos ojos ensombrecidos por la decepción—. ¿Al abuelo de tu hija?

—Maldita sea, Muña…

—No pienso quedarme callada mientras tú vuelves a arruinar tu vida.

—Fueron ellos quienes arruinaron mi vida.

—Asume tu responsabilidad en esto, Jared. Supera ese odio que albergas por lo que hizo tu padre, o de lo contrario serás un hombre solitario toda tu vida.

Jared apretó los dientes y se giró hacia la ventana para contemplar su finca. El mundo que había creado para él y para Ava, si hubiera tenido el valor para admitirlo.

—Aún la quieres —dijo su abuela, como si le leyera el pensamiento—. Más que nunca.

—Tengo trabajo que hacer —dijo él con un gruñido.

—Sí, tienes trabajo. Más de lo que imaginas —concluyó y salió del despacho.

¿Qué demonios quería su abuela? ¿Que olvidara el pasado? ¿Que los perdonase a todos? ¿Que fuera en busca de Ava y le dijera que la amaba… más que nunca?

—Ni hablar —dijo con desprecio. Se levantó y se dirigió hacia la puerta. De repente el despacho le olía a cerrado. Necesitaba aire puro.

* * *

Bajó los escalones de dos en dos y salió al porche. Pero no tuvo tiempo para llenarse los pulmones de aire fresco, porque enseguida vio que un coche se acercaba por el camino de entrada. Un Ford Bronco. La camioneta de Ben Thompson.

Maldijo cuando el vehículo se detuvo frente a la casa, despidiendo una nube de gravilla. Hacía mucho tiempo que no veía a Ben. Después de su accidente, Jared lo había ignorado siempre que se cruzaban en el pueblo.

Ben salió del coche y se dirigió hacía él.

—Puedes quedarte con mi rancho, Redwolf. No te culpo,

después de lo que os hice a tu abuela y a ti. Pero hacerle daño a Ava…

—Detente —lo interrumpió Jared, impidiendo que siguiera subiendo los escalones del porche—. Lo que pase entre Ava y yo no es asunto tuyo.

—Es mi hija.

—¿Desde cuándo?

Ben se puso rígido y frunció el ceño.

—Tienes que aprender que ser padre es tan gratificante como complicado, sobre todo cuando intentas inculcar a tus hijos los ridículos ideales que defiendes.

—No me pareces la persona más adecuada para dar consejos de paternidad —espetó Jared.

—Está bien, está bien. —Ben se quitó el sombrero Stetson y lo sacudió contra los vaqueros—. Pero estás cometiendo una equivocación mayor de la que yo cometí, Jared. La venganza te convierte en un ser solitario.

Jared resopló con irritación. Primero Muña y ahora Ben.

—Llevo sólo mucho tiempo. Estoy acostumbrado.

—Tal vez, pero ¿es ése el legado que quieres dejarle a Lily?

Jared avanzó amenazadoramente hacia él.

—No te atrevas a hablar de mi hija. Nunca. No tienes derecho después de lo que hiciste.

—Cierto —admitió Ben, con el rostro desolado—. Eso es muy cierto.

—Y tanto que lo es —lo miró fijamente, deleitándose con el momento y con las palabras que siempre había querido decir—. Y ahora lárgate de mi propiedad.

Ben asintió tristemente y se giró para dirigirse hacia su camioneta.

—Una cosa más, Redwolf —dijo mientas se sentaba al volante.

—¿Qué?

—Lamento la clase de persona que era. Y haberos echado a ti y a Muña. Pero mi mayor pesar es haber hecho que mi hija se fuera al quedarse embarazada y privarte de la oportunidad de ver nacer a tu hija —cerró la puerta y se asomó por la ventanilla—. Todo padre se merece eso.

Mientras veía como Ben se alejaba por el polvoriento camino,

Jared se aferró desesperadamente al odio que persistía en su corazón. Pero más adentro, los constantes latidos de otro sentimiento amenazaban con devorar los míseros restos de rencor.

* * *

Eran las cinco en punto y el ensayo de la boda debería haber comenzado una hora antes.

Ava estaba sentada entre familiares y amigos junto al lago, en el encantador escenario que Rita había elegido para la ceremonia. Bajo un frondoso árbol se había dispuesto una mesa con pan, queso y miel, junto a las cincuenta sillas. Ava estaba en la primera fila, alisándose el vestido azul de seda y deseando que las mujeres que tenía detrás se callaran.

—¿Dónde está el novio? —susurró Tilly Edwards.

—A lo mejor no se presenta —dijo Gladys Masón con una risita infantil. Gladys era la cantante en la boda y la única mujer en Paradise con un recogido rubio platino.

—¡Oh, Gladys, eso es terrible!

—Pero muy probable.

—Pobre Rita… —dijo Tilly haciendo chasquear la lengua—. Su familia ha sufrido tanto…

Ava no pudo soportar más. Se levantó y se dio la vuelta. ¡Malditas cotillas! Las miró furiosa, haciendo que se enrojecieran, pero no se molestó en decirles nada. Tenía que encontrar a su hermana.

La encontró en la orilla, sentada bajo un árbol y tomándose tranquilamente un refresco.

—No pareces muy nerviosa —le dijo Ava acercándose a ella.

—No lo estoy —respondió ella con una sonrisa.

—La gente está hablando, hermanita.

—¿Sobre la ausencia de Sakir?

—Eh… sí —dijo con una ligera carcajada.

—Bueno, que hablen. No me importa lo que digan —apuró su refresco y suspiró—. Sakir acaba de llamarme para decirme que tiene que quedarse en Boston por trabajo. Estará aquí mañana.

—¿Y su familia?

—Están en Emand.

—¿Por trabajo también?

—Sí.

Ava sintió un extraño picor. La explicación y actitud de su hermana parecían muy sospechosas. Cualquier otra mujer estaría alucinando por la ausencia del novio.

—Como tú digas, hermanita.

—Parece que no me crees.

—Rita, sólo quiero que tengas un día perfecto, nada más.

—Tranquila —dijo ella, dándole una palmadita en la mano—. Me ha pedido disculpas y me ha dicho que me quiere. Realmente tiene mucho trabajo. Ha dicho que sigamos adelante con el ensayo y que ya lo pondré mañana al corriente.

Ava se moría de ganas por interrogarla sobre su novio y por echarle un sermón. Pero se contuvo. Había visto a demasiadas familias que se rompían por culpa de las opiniones sobre un ser amado, incluyendo la suya propia con Jared. Y no estaba dispuesta a perder a su hermana. Se quedaría con ella, sin importar lo que pasara al día siguiente.

—De acuerdo. Pero ¿quién va a interpretar hoy el papel del novio? ¿Tilly tal vez?

Una sonrisa iluminó el rostro de Rita.

—¿Qué te parece Jared?

—No tiene gracia.

—Lo digo en serio —miró por encima de Ava—. ¿Te importaría, Jared?

—En absoluto.

Ava se quedó sin respiración al oír su voz. Se giró y allí estaba él, enmarcado en el arco florido que se veía a lo lejos, irresistiblemente atractivo con sus vaqueros azules, su camisa negra y su pelo recogido en una cola de caballo.

—¿Asegurándote de que no he dejado el pueblo? —preguntó ella, un poco tensa.

—Tengo que proteger lo que es mío, Ava —dijo él—. Lo sabes muy bien.

—Sí, pero te prometí que siempre tendrías a Lily —se le formó un doloroso nudo en la garganta y quiso abofetearse a sí misma por ser tan sensible—. Después de todo ya he llamado a mi oficina de

Nueva York y he dejado el trabajo para mudarnos aquí permanentemente. De ese modo Lily podrá estar cerca de su padre.

Jared se quedó boquiabierto y negó con la cabeza.

—Ava…

—Así que no tienes necesidad de controlarme, ¿de acuerdo? —Hizo ademán de pasar a su lado, pero él la agarró por la muñeca y la hizo volverse con suavidad.

—No he venido a controlarte —dijo con una adusta sonrisa—. Muña y yo hemos venido a presenciar el ensayo —asintió hacia Rita —, por insistencia de tu hermana.

Ava se giró hacia Rita, quien se echó a reír nerviosamente.

—Escuchadme, chicos —dijo, apuntando hacia los invitados y el cura—. Todo el mundo está esperando. ¿Por qué no ocupáis mi lugar y el de Sakir en el altar?

—¿Qué? —preguntó Jared, casi atragantándose.

—Rita Willow Thompson… —empezó a decir Ava.

—Sería un poco extraño que yo apareciera con un hombre distinto a Sakir —repuso su hermana encogiéndose de hombros—. Vamos, Ava. ¿No vais a salvarme de esta embarazosa situación? Es sólo un ensayo. Consideradlo mi regalo de bodas.

Tanto Ava como Jared miraron perplejos a Rita. Ava estaba a punto de decirle que ni hablar, que lo último que Jared quería era plantarse en un altar con ella, pero él la detuvo con un tirón en el brazo.

—Acabemos con esto de una vez —murmuró Jared y la llevó hasta la multitud.

Rita soltó un extraño chillido y corrió tras ellos, explicándoles a gritos lo que tenían que hacer. Jared y Ava se colocaron al inicio del pasillo y esperaron a que comenzara la música. No se dijeron nada y no se tocaron, hasta que Lily agarró su cesta y empezó a caminar por el pasillo arrojando flores al suelo. Entonces Ava sintió cómo Jared se arrimaba a ella. Levantó la mirada y lo vio sonreír, con una expresión llena de ternura.

Seguro que lo hacía por Lily, se recordó a sí misma mientras avanzaban hacia el cura. Jared quería a su hija, no a ella y cuanto antes lo asimilara, mejor.

—Queridos hermanos —empezó el cura con una poderosa voz que resonó por el agreste paisaje— nos hemos reunido hoy para

celebrar el amor entre este hombre y esta mujer…

A medida que la ceremonia transcurría, Ava se sentía cada vez más débil. Unas risas ahogadas se oyeron entre los invitados cuando ambos pronunciaron los votos, pero entre los dos había un profundo silencio. Se miraban fijamente a los ojos y Ava intentó fingir que aquello era real, al menos de momento. ¿Cuántas veces había imaginado que se casaba con Jared, que le juraba amor eterno?

Pero cuando el cura los declaró marido y mujer y le concedió a Jared permiso para besarla, Ava se quedó completamente rígida. Quería que la besara, que la perdonara por todo y que volviera a desearla. Sin embargo, una triste sonrisa torció los labios de Jared.

—Esperaremos hasta el día de nuestra boda —dijo.

Ava sintió las lágrimas abrasándole la garganta, pero se contuvo. No iba a llorar. Alzó el mentón, le dio la mano a Jared y dejó que la condujera por el pasillo.

—El novio y la novia perfectos —dijo Rita con una sonrisa.

—Voy por algo de beber —dijo Ava. Soltó la mano de Jared y se acercó a la mesa del ponche, que en esos momentos estaba desierta.

Pero no estuvo sola mucho tiempo.

—Se acabaron las huidas, nahtona.

Muña apareció a su lado y le puso una mano en el hombro. Ava deseó más que nunca buscar el consuelo en sus brazos.

—Esta vez no voy a huir —dijo con orgullo—. Sólo voy a darle a tu nieto la libertad que desea.

—No es eso lo que él desea.

—Bueno, seguro que tampoco me desea a mí.

—Te equivocas.

Un repentino soplo de viento rizó la superficie del lago y acarició el rostro de Ava.

—Por favor, discúlpame, Muña. Tengo que encargarme de Lily.

—Cuando mi nieto acuda a ti, escucha su corazón tanto como al tuyo.

—¿Por qué crees que acudirá a mí?

—Lo sé, nahtona.

Ava empezó a alejarse, pero se detuvo.

—¿Vas a decirme lo que significa esa palabra?

Muña sonrió, se puso de puntillas y la besó en la mejilla.

—Significa «hija mía».

Capítulo 12

A los pocos minutos de que acabara la ceremonia, Jared recibió una llamada comunicándole que Tayka estaba a punto de parir. Muña y Lily lo siguieron al rancho en el coche de Ava y todos esperaron sentados fuera del establo a que dos veterinarios ayudaran a nacer a la potra.

Lily saltó del regazo de Jared y chilló de entusiasmo al ver la nueva vida.

—Es preciosa.

—Creo que deberíamos llamarla Nala —dijo Jared—. ¿Qué te parece?

—Me encanta —exclamó Lily y se volvió hacia su madre—. ¿Yo me parecía a Nala cuando nací, mami?

—No, cariño. Tú eras pequeñita y rosada y me sonreíste en cuanto te miré.

Jared sintió un dolor en el pecho. Ojalá hubiera presenciado el nacimiento de Lily, pero eso ya había pasado. Ahora Lily estaba con él y era muy afortunado de tenerla.

Mientras miraba cómo la potra intentaba erguirse sobre sus temblorosas patas, se dio cuenta de que su odio se había desvanecido. En algún momento entre el ensayo de boda y el nacimiento de Nala, la furia de su corazón se había esfumado y en su lugar había aparecido una inquietante sensación de miedo. Miedo de que las tres personas que lo rodeaban pudieran dejar de amarlo si él no actuaba correctamente.

Su abuela, su hija y la mujer a la que siempre amaría.

—¿Quién es ese caballo? —preguntó Lily, señalando un semental negro que estaba en el establo contiguo.

—Es el padre de la pequeña Nala —respondió Jared con una sonrisa.

—¡Oh!

—¿Qué pasa, Estrellita? —preguntó Muña.

—Ojalá yo tuviera un papá.

Jared miró a Ava, quien sonrió con lágrimas en los ojos y asintió. Era el momento de decirle la verdad a su hija.

—Cariño —empezó ella— ya tienes un papá.

—¿Sí? —La niña abrió mucho los ojos.

—Sí —respondió Jared. La levantó y la puso delante de él—. Lo tienes justo enfrente de ti, Lil.

Todo el establo quedó en silencio, incluso Tayka y su potra parecían esperar a que padre e hija se vieran mutuamente.

Lily frunció el ceño, pensativa. Entonces, como una explosión de luz, pareció comprenderlo, sonrió y se abrazó al cuello de su padre.

—¿Estás contenta, Estrellita? —le preguntó él, tragando saliva y conteniendo las lágrimas.

—Todas las noches le pedía a una estrella que tú fueras mi papá, Jared —susurró ella.

—Tu deseo se ha cumplido —la besó en la mejilla—. Y también el mío —apretó a Lily contra él y miró a Ava—. Hay mucho que contar. Vamos a casa a acostar a nuestra hija. Después hablaremos.

Ava asintió, con los ojos brillantes por las lágrimas contenidas.

Tras ella, Muña sonrió.

* * *

Después de acostar a Lily, Ava y Jared salieron al porche y se sentaron en el columpio. Mientras se mecían suavemente, Ava aspiró la dulce fragancia nocturna y rezó porque su inminente conversación tuviera un final feliz.

Pero fuera como fuera, aquella vez no iba a huir.

—Construí esta casa para ti —dijo él, rompiendo el silencio.

—¿Qué? —Se giró para mirarlo, tan atractivo a la luz de la luna.

—Bueno, lo hice pensando en ti —corrigió, observando la tierra

que se extendía ante ellos.

—Ciertamente, los colores y las flores me recuerdan a mí.

—No es sólo eso —dijo él, mirándola a los ojos—. Creía que estaba intentando olvidarte, pero en realidad estaba grabándote en mis recuerdos para siempre.

Ella sonrió y le tomó la mano.

—Yo no necesitaba hacer nada para recordarte.

—Te quiero, Ava —dijo él simplemente.

—Y yo a ti también —respondió ella tocándole la mejilla.

—Siempre te he querido y siempre te querré.

A Ava se le llenaron los ojos de lágrimas mientras lo acariciaba con la punta de los dedos. Jared giró la cabeza y la besó en la mano.

—Lo siento.

—¿Por qué lo sientes? —preguntó ella.

—Nunca tuve un padre, pero sí una madre a la que quería con todo mi corazón. Habría hecho cualquier cosa que me hubiese pedido —le tomó el rostro con las manos—. Siento haberte tratado así. No es el comportamiento propio de un cheyenne. Eres una mujer increíble que sólo quería lo mejor para su hija —se inclinó y la besó con dulzura—. Gracias por cuidar tan bien de ella. Es parte de ti.

—Y de ti también —dijo ella. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas arruinándole el maquillaje. Pero eso no importaba—. ¿Me perdonas?

Él asintió.

—¿Y tú a mí?

—Pues claro que sí —respondió ella, consiguiendo sonreír a pesar de las lágrimas.

—No voy a quedarme con el rancho de tu padre —dijo él, bajando la mirada.

—¿Qué?

—Me he dado cuenta de que no era Ben con quien estaba furioso. Era con mi padre. El miedo a volverme como él hacía que me apartara de las personas a las que más amaba —se recostó en el columpio—. Estoy deseando hablar con Ben. Tal vez pueda ayudarlo a recuperar su tierra.

—Creía que…

—¿Que quería vengarme?

—Sí.

—Ya no. Él forma parte de nuestra familia.

—¿Qué quieres ahora, entonces?

—A ti.

Ella se echó a reír de felicidad y se arrojó en sus brazos.

—Ya me tienes.

—A ti, a Lily y a los otros hijos que tengamos.

—Sí.

—Y la próxima vez… —añadió con la voz ronca por la emoción— yo estaré ahí para ayudar a esos hijos a venir al mundo. ¿Te casarás conmigo, Ava? —le susurró contra los labios.

—Cuando tú quieras —respondió ella con un hilo de voz.

Él la sujetó por la nuca y juntó su boca a la suya en un beso lleno de ternura, afecto y entrega.

Las mismas cualidades que él, por fin, se había permitido ofrecer.

FIN



La autora de *Bestsellers*, Laura Wright ha pasado la mayor parte de su vida sumergida en el mundo de actuar, de cantar y de baile de salón y competitivo. ¡Pero cuando comenzó a escribir, sabía que había encontrado el verdadero deseo de su corazón! (Aparte de un nuevo bebé). Junto con cuatro hermanos y muchos gatos, Laura creció en Edina, Minnesota, y aunque encontró aventuras en localidades como Nueva York, Ohio, Milwaukee y San Diego, ella finalmente encontró su «norte verdadero» en Los Ángeles con su marido, actor de teatro. Laura cree sinceramente en la familia, los amigos del corazón y la energía curativa del amor, y espera que ella en sus libros refleje esos valores.